PQ8549
.B49
N6

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA

BOOK CARD

Please keep this card in book pocket

IA-NOCHE-EN-FERRA

ATLTLE

RP | AC | AE | AV | See over | S | AC | AV | Order No:

UNC | No. Copies:

LC | IP

Author: Blanco,

Title: Una no

0870

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8549
.B49
N6

182

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00041418304

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT

UNA NOCHE EN FERRARA

PQ8549
.B49
N6

ó

LA PENITENTE DE LOS TEATINOS.

JH

NOVELA ORIJINAL

POR

EDUARDO BLANCO.

CARACAS.

IMPRENTA FEDERAL.

Calle de Carabobo.—Esquina de la Torre.

1875.

A

Mi Padre.

Si algo soi, á ti lo debo: si no soi más, la culpa es mia.

Este libro es obra tuya: he aquí el único mérito que á mis ojos encierra.

Acéptalo como una prueba de mi cariño y respeto.

Eduardo Blanco

JUAN QUEVEDO,

GOBERNADOR DEL DISTRITO FEDERAL.

—

Hago saber que el ciudadano Eduardo Blanco se ha presentado ante mí, reclamando el derecho exclusivo para publicar y vender una obra de su propiedad, cuyo título ha depositado y es como sigue :—"Coleccion de novelas orijinales por Eduardo Blanco"— Y que habiendo prestado el juramento requerido, lo pongo por la presente en posesion del privilejio que le concede la lei de 8 de Abril de 1853, sobre producciones literarias, teniendo derecho exclusivo de imprimirla, pudiendo él solo publicar, vender y distribuir dicha obra por el tiempo que le permite el artículo 1º de la citada lei.

Dado, sellado con el sello de la Gobernacion del Distrito, firmado de mi mano y refrendado por el secretario del Despacho en Carácas á 7 de Setiembre de 1875, año 12º y 17º.

Juan Quevedo.

El secretario,

Velasquez Level.

PRÓLOGO.

Este prefacio que he querido escribir, impulsado por doble estímulo, el de mi afecto al autor y el de la admiracion que me inspira la obra, no es una pájina resplandeciente; es el modesto vestíbulo de la novela UNA NOCHE EN FERRARA, Ó LA PENITENTE DE LOS TEATINOS. Si algun rayo luminoso luce en él, cierto que no ha emanado de la inspiracion amistosa, ni menos de la hipérbole, que como jenio dominante de la época, ofusca con falso brillo y desdora aun á las obras de mérito efectivo: no, es el reflejo de las claridades que difunde en el interior del santuario la luz de un injenio engalanado con las primacías del carácter y del corazon.

Bella historia evocada al murmullo de las ondas del Adriático, bajo el cielo trasparente de Italia, se muestra siempre ataviada con la

pompa de un estilo abundoso, patético, colorido, que es como la emanacion floral de aquellas campiñas y el verbo expontáneo de las pasiones trájicas y tumultuosas de la tierra de las grandezas artísticas.

Y tal conformidad, tanta armonía, tan perfecto acuerdo entre el pensamiento y el estilo, he ahí uno de los más singulares aciertos del distinguido escritor, que con paso seguro apenas si acaba de penetrar en el imperio del arte y ya esmalta su blason literario con la limpia ejecutoria discernida á sus merecimientos.

Unidad de plan, delineacion majistral de los caracteres, interés progresivo, vuelo sereno, lirismo pomposo, transiciones dramáticas, movilidad de afectos, contraste de pasiones, diálogo injenioso y chispeante son excelencias que manejadas con fácil cultura, campean en la obra y la colocan en la categoría de una verdadera creacion estética.

Severísima crítica acaso tendria derecho á exijir en el estilo cierta ondulacion más sensible, que comunicando mayor movimiento al ritmo de la frase, siempre ámplia, enérjica y viril, la alijerase con el donaire de la variedad métrica de los períodos, dote tan preciada en los buenos hablistas, y atributo de la índole jenerosa de la lengua castellana.

Cuando merced á las relevantes prendas del escritor se haya depurado en absoluto su

gusto, en el crisol de las lecturas clásicas, entónces, comunicando más elasticidad al nervio de la frase y cadencia menos monótona al ritmo del concepto, su estilo lucirá aquellas bellezas de gracia y de soltura que logran dar á la pluma el perenne estudio de nuestros buenos autores, el exámen comparado de sus obras, la práctica no interrumpida de escribir y la atencion perseverante al movimiento y á las formas literarias del siglo.

Al recorrer las bellas pájinas impregnadas con los suspiros de Leonora y el funesto amor de Güido y la característica hidalguía de San Germano, se ve brillar el hilo de oro de la trama que nos guia misteriosamente á la catástrofe, desarrollada hábilmente, y que se epiloga en medio á la calma y serenidad de un cuadro idílico, secreto ideado por el autor, acaso para esquivar el escollo en que naufragan la jeneralidad de los novelistas contemporáneos en el desenlaze de sus obras.

Siga al señor Eduardo Blanco recorriendo la senda que con éxito tan feliz ha comenzado á trillar, y quedará refrendado por el público intelijente el juicio que en otros dias, á la sombra de la intimidad, formuló su amigo

FRANCISCO G. PARDO.

I.

FERRARA.

En el confin setentrional de la Romania, sin importancia en nuestros dias, pobre hoi de nombre, aunque rica de gloriosos recuerdos, levanta aún sus negros muros, sobre el canal Panfilio, la antigua residencia de los duques de Este; no altiva y orgullosa, como sus ya olvidados soberanos, sino postrada y sin aliento tras larga esclavitud.

La mano del progreso con su encantada brocha, no ha logrado borrar de la fisonomía de esta reina destronada el tinte misterioso y austero que sombrea sus palacios, que la sirve, puede decirse, de mortaja, y que imprime á su grandioso aspecto, el sello de la más profunda melancolía.

Aun en medio del eléctrico ruido de la presente civilizacion, algo extraño, que entristece el espíritu, se experimenta al llamar á sus puertas. Una voz quejumbrosa que parece escaparse de un abismo de tres siglos de humillacion y de silencio, os murmura al oído: "A que vienes? no has de encontrar aquí lo que imajinas..... todo pasó...." Y el aldeano enfermizo que de los pantanos de Comacchio lleva á Ferrara su mezquina cosecha, como el viajero soñador que, atraído por el recuerdo de otros tiempos, llega á pisar aquel suelo, se sienten abatidos al penetrar en el recinto de esta ciudad monumental, que "*triste, desierta, abandonada,*" como dice Valery, "*respira todavía una especie de magnificencia de corte.*"

A nuestro turno penetremos en Ferrara; mas no en la época de sus soberbios duques; ni en los aciagos dias de la invasion de la Romania por el terrible bastardo pontificio, á quien Maquiavelo concede tan elevadas dotes como crímenes le echa en cara la historia; ni en esos veinte lustros de soberbio esplendor que la exhibieron ante el mundo como la jenerosa protectora de las letras y las artes, engalanada con los lauros de Ariosto, de Boïardo y del Tasso.

Dos siglos se han interpuesto entre nosotros y los últimos destellos de aquella época brillante; por lo que no hai temor de que ensordezcan nuestro oído con la algazara de las fiestas, las maldiciones de las víctimas de Nicolas III; ni los gritos de embriaguez y furor del sanguinario Hércules; ni los tristes lamentos del cautivo poeta; ni todo aquel estruendo de armas, excomuniones

y enconadas rivalidades, que precedieron al aniquilamiento de su grandeza y á su completa sumision á la teocracia romana.

Aquellos públicos regocijos, con sus ruidosas explosiones, sus brillantes torneos, sus crímenes sin cuento y sus himnos triunfales, no turban ya los ecos de sus antiguos palacios ni de sus plazas silenciosas. Del casco de oro y de la réjia púrpura de tan fieros señores, triunfó el negro birrete y el austero sayal que fué á servirla de mortaja. Tras los pesados muros del castillo ducal, donde cayó inmolada Parisina, un delegado de la Santa Sede, cubierto con el capelo de los miembros del Sagrado Colejio, empuña cauteloso el cetro que Clemente VIII arrancó de las manos del último de aquellos dejenerados príncipes; y desde entónces el silencio del claustro y la tristeza de las tumbas, sustituyen la alegria, la animacion y el esplendor de la lujosa corte de los Este.

La sombra de la tiara, como un paño mortuorio, se extendió sobre sus glorias; el prosaísmo y la abyeccion mataron la poesía de dos siglos de luz y de entusiasmo: el estro de sus bardos espiró sufocado entre monótona salmodía: el buril y los pinceles de sus grandes maestros no fueron reemplazados: Garofalo dejó de tener imitadores: Ariosto durmió por largo tiempo el sueño del olvido. La austeridad monacal no produjo sino desaliento y egoísmo. De altiva, Ferrara se trocó en pusilánime; de orgullosa, en humilde. No más franqueza osada, sino cobarde hipocresía; no ya vuelo de halcon, sino aleteo de murciélago. Todo pasó, me-

nos la sombra que convirtiera en noche el dia radiante de sus glorias.

Leccion terrible para los pueblos cuya frívola grandeza juzgamos imperecedera, cegados por el orgullo; pues ¿qué son ellos en su lucha con el tiempo? Juguete frájil en manos de un titan: ayer astros rutilantes, emporios de ciencia y de riqueza; mañana ruinas que, cuando más, indicarán sobre la tierra su ya olvidada existencia, ó rebaño de esclavos envilecidos, perezosos é idiotizados, que siguen como autómatas la corriente de los siglos.

II.

EL ENVIADO ROMANO.

Como la mayor parte de las víctimas de esas rápidas é inexplicables mutaciones de la fortuna, Ferrara se abandonó sin murmurar á su nuevo destino; y hasta llegó á olvidar que habia brillado un dia, á la par del más adelantado de los pueblos de esa península itálica, ante la cual la historia artística de todo el universo puede apenas compararse á una sola de las pájinas de sus propios anales.

La festiva cortesana cayó esta vez para no levantarse: dió, mansa, al yugo, el cuello antes erguido; trocó la réjia púrpura por el místico velo de las pupilas del vaticano; huyó del ruido y de las fiestas; é ¡inexplicable metamórfosis! la ciudad orgullosa, á la que sus antiguos soberanos habian acostumbrado á la perpetua ajitacion de una corte sibarita y guerrera, que, de la danza y del torneo, la hacian pasar á sangrientos combates y monstruosas abominaciones, sin que diera, al fin, más importancia al estruen-

do de las armas, que á las escandalosas aventuras de la depravada Lucrecia; esa misma Ferrara, trascurrido algun tiempo bajo su nuevo vasallaje, llegó á mirar con asombro la más insignificante novedad que pudiera turbar su profundo letargo.

Esto sentado, no debe ser extraño que á mediados de 1769, época en que figura esta historia, tomara en aquel pueblo las proporciones de un acontecimiento, el rodar presuroso de un carruaje tirado por dos flacos rocines cubiertos de sudor y de polvo, que, después de penetrar al galope por la Puerta Romana, y de recorrer bajo el constante chasquido del látigo del conductor, la ancha calle de la Giovecca, fué á detenerse ante los fosos del castillo ducal.

A pesar de la brillante lumbre que derramaba el sol desde el zenit sobre las desiertas calles, fué grande el sobresalto que produjo en los tranquilos ferrarenses la aparicion de aquel carruaje, la impaciencia de su encintado postillon y el forzado galopar de los rocines, blancos de espuma y jadeantes de fatiga. El alarma cundió con rapidez, y fué sobre todo entre los vecinos de la ya citada calle de la Giovecca, donde se hizo sentir más hondamente. A proporcion que el carruaje se acercaba cerrábanse las puertas de las tiendas para abrirse en seguida; abríanse ventanas y balcones para cerrarse de nuevo; ojos hermosos y azorados brillaban tras flotantes cortinas; más de una nariz enmohecida bajo la doble sombra del claústro y la capucha, fué expuesta al sol desde lo alto de las rejillas de un convento; más de un avaro sorprendido en la grata tarea de acariciar la acu-

ñada sangre de sus clientes, rompió la llave de su caja en la precipitacion de ocultar su tesoro; más de un *Pater* y un *Ave* brotaron incorrectos de labios temblorosos; no pocas *madonnas*, olvidadas en oscuros rincones, recibieron de súbito el beneficio de un candil; y despreciando la prudencia, pobres y ricos, mercachifles y banqueros, nobles y plebeyos, canónigos y legos, atropellándose entre sí, se lanzaron á la calle, airados unos, pálidos otros, todos conmovidos y dilijentes, cual si sorprendidos de improviso trataran de defenderse de una irrupcion de bárbaros. Mas no bastaba á satisfacer la excitada curiosidad, ver pasar el carruaje; era necesario averiguar lo que encerraba, saber adonde iba, de donde podia venir, y por qué, sin dar aviso prévio, tal importuno huesped se aventuraba á rodar por las calles con el desembarazo de quien no sabe que incomoda.

Aguijoneados por el diablillo de la curiosidad, los más audaces corrian tras el carruaje, examinaban como expertos las herraduras de los caballos y el surco de las ruedas estampadas en el lodo; y como si hubieran descubierto la clave del enigma, tornaban á correr jesticulando, en pos de la ruidosa máquina que motivaba tanto escándalo; mientras que los menos dilijentes, contentándose con mirar, atónitos, pasar el huracan, prorumpian en preguntas y conjeturas en voz alta, de la más orijinal incoherencia.

En menos tiempo del que fuera imajinable, la plaza del castillo se pobló de curiosos, que, á juzgar por la precipitacion con que corrieron á agruparse frente al macizo alcázar, habria podido creerse

que aun imperaba en el ducado de Ferrara la noble casa de Este, y que el sucesor de Borso, el sanguinario Hércules, daba á su pueblo el terrible espectáculo del castigo del hijo de Lionell y de sus trescientos partidarios, á quienes el verdugo debia amputarles una mano, arrancarles un ojo y, así mutilados, entregarlos luego á los favoritos de la corte, para que recibieran de aquellos el rescate que quisieran imponerles. Pero notable decepcion habria sufrido el que tal cosa se hubiera imajinado. La hermosa época habia pasado ya: ni cadalsos, ni fiestas que hicieran palpitar el corazon. Para espíritus menguados, pueriles causas de sorpresa. Un viejo carruaje, como un torbellino de polvo habia cruzado aquellas calles, rechinando sobre los ejes, como el antiguo carro de Faramundo; y detenido al fin, estaba allí, á la vista de todos, mudo é impasible, como una roca entre el oleaje de la impaciente multitud.

Examinado minuciosamente por todas y cada una de las individualidades de tan respetable concurso, resultó del análisis de aquel grosero compuesto de ruedas, ejes, polvo, caballos y arneses que el objeto detenido era un carruaje como otro cualquiera; su conductor un hombre; el postillon un muchacho; y los que lo habian seguido con tan caluroso empeño, una turba de imbéciles. Esta consideracion habria desalentado por completo á los menos curiosos, si la imprevista circunstancia de estar vacío el carruaje, no diera motivo á sospechar que, si en todo aquello habia misterio, ya no era allí donde debia ocultarse. Por esta vez la lójica debia darse por satis-

fecha. En realidad, el pájaro habia volado de la jaula, y fué, no al más curioso sino al más dilijente y de mejores piernas, de estos aficionados á descubrir incógnitas, al que cupo la suerte de ver salir del perseguido vehículo y desaparecer entre las sombras de la ancha poterna del castillo, á un hombre de treinta y ocho á cuarenta años, de gallarda apostura, de ojos audaces y soberbia altivez, que debió recordarle, si aun no habia olvidado por completo las patrias tradiciones, el desdeñoso jesto y la insolente superioridad de sus primeros señores.

Dos ojos ven por mil cuando es la multitud la que investiga, á la cual, menos exijente que el incrédulo apóstol, le basta con saber que otros han visto para dar fe de un hecho; ora pueda su fallo levantar la maldad hasta la gloria, ó sepultar la virtud en el desprecio. Bastó, pues, con un solo testigo que hubiera visto y reconocido al extraño viajero, para que circulase con rapidez su nombre, que á la verdad poco simpático, á juzgar por los calificativos nada lisonjeros que volaron á agruparse ante sus títulos y su noble apellido, habia motivo para sospechar que gozaba entre la plebe de no escasa impopularidad.

La nueva de la llegada de tan ilustre personaje avivó la curiosidad y exajeró las conjeturas que corrian sobre tan inesperado suceso. Interrogado el conductor, que se pavoneaba en el pescante con la cómica majestad de un soberano, apenas se dignó hacer saber lo que nadie ignoraba: que habia entrado á la ciudad por la Puerta Romana, y que no estaba de humor de satisfacer

deseos plebeyos, de suyo fastidiosos y poco levantados. Entre tanto las horas trascurrian; el sol abrasaba la acalorada multitud; el enigma tardaba en descifrarse, y la impaciencia contenida amenazaba con hacer explosion, cuando de súbito y como al impulso de una misma mano, los numerosos templos de Ferrara echaron á vuelo sus campanas; el cañon resonó conmoviendo los cimientos de la vieja fortaleza, y el Subdelegado Romano, desde lo alto de uno de los balcones del castillo ducal, anunció á los fieles ferrarenses, en medio del asombro que produjo este estruendo inesperado, la exaltacion al trono pontificio, de Laurencio Ganganelli, bajo el nombre apostólico de Clemente XIV.

Eduardo Blanco

III.

LA PRIMERA PIEDRA.

Mientras que en la plaza del castillo era saludado el nuevo Papa, con víctores y aclamaciones de entusiasmo, y entre capuchas de monjes, mantos de beatas y faldillas de aprendices de convento corria por la ciudad la fausta nueva de la eleccion de Ganganelli; una mujer de elegantes contornos, cubierto el rostro por un espeso velo, y ajena al parecer á la fanática alegría de la plebe, se dirijia con andar presuroso á la iglesia de los Teatinos, cuyas sonoras campanas, á la vez que saludaban al nuevo soberano, invitaban á *vísperas*. A juzgar por la inquietud que revelaban los movimientos de esta desconocida; por el esmero que ponia en ocultar el rostro, bajo los negros pliegues de su velo de encajes; y por la equívoca sencillez de su vestido, que aunque modesto en la apariencia, mal disimulaba la aristocrática distincion de su porte; fácil era adivinar que ella

se esforzaba en sostener el más severo incógnito. La débil claridad del crepúsculo que coloreaba apenas las elevadas flechas de las torres, favorecia tal propósito; y podemos asegurar que la misteriosa dama confiada un tanto en la virtud de su difraz, comenzaba á tranquilizarse, cuando acertó á tropezar frente á la plaza de San Gaetano con un grupo de jóvenes señores que del castillo ducal descendian por la Giovecca haciendo compañía al noble Enviado del Cónclave, cuya enbajada continuaba festejándose con todo el entusiasmo del más cumplido fanatismo. El aire distinguido y el andar señoril de la desconocida, no pasaron sin despertar la curiosidad de esta falanje de amañados galanes y de prácticos aventureros. Por un movimiento simultáneo, el grupo se detuvo, y diez ojos inquisidores, chispeantes de libertina audacia, se fijaron en ella con profunda avidez.

—Mira Sforzzi, mira, esclamó el más aturdido de los compañeros del Enviado Romano (menudo abate, rosado y presumido), indicando á su amigo, la misteriosa desconocida: No creo que más soltura y más gracia hayan desplegado á tus ojos esas bellas romanas, á quienes hace media hora que no te cansas de ponderarnos.

—En realidad, mi querido Borelo, exclamó Sforzzi sorprendido, y tratando de disimular la turbacion que repentinamente se apoderó de su ánimo: en realidad, hai algo que seduce y fascina en los movimientos de esa mujer; pero no dudes por eso que en el gran mundo de Roma sea tan comun esa gracia como escasa es en Ferrara.

—Y sin embargo, añadió otro, yo me atreveria á apostar á que ninguna de esas hermosas á quienes nuestro amigo, el marqués, ha cortejado por diez meses bajo los castaños de la villa Borghese, lo ha impresionado tanto como esa tímida gacela que se aleja de nosotros cual si temiera que la diéramos caza.

—¡Qué diablo! ya lo creo, agregó un tercero, golpeándose la frente en homenaje á su tardía penetracion: á no estar todos ciegos, ya debíamos haberla reconocido.

—Tiene razon Mansini; pero caso de faltarnos los ojos, Sforzzi nos diria su nombre sin tomarse el trabajo de levantarle el velo.

—Y ¿por qué yo, y no otro de ustedes? exclamó el marqués, siguiendo con magnética fijeza las caprichosas ondulaciones del vestido de la desconocida.

—Porque si no eres tan voluble como reza tu fama, contestó riéndose Borelo, debias adivinarla sin verla.

—Oyéndote hablar de esa manera, arguyó contrariado el marqués, que á su turno habia reconocido á la misteriosa dama, podria creerse con razon que soi á la condesa, lo que su viejo marido fué á los piratas de Corfú.

—Ni más ni menos, caro mio, su constante perseguidor.

—Aunque con menos suerte, agregó Almonte, otro de los compañeros del marqués.

—¡Oh! exclamó Sforzzi, mordiéndose los labios con reprimida indignacion; teneis la lengua demasiado suelta.

—Es posible; sin embargo, no creia á la condesa tan devota, tornó á decir Borelo, pero en todo caso debe irse con cuidado, porque el viejo conde es un Otelo capaz de tener celos del mismo Ganganelli.

—Exajeras, le replicó Mansini, si San Germano fuera tan celoso como aseguras, habria debido empezar por poner á raya á Güido, su sobrino.

—A Güido Salvi? á ese sempiterno soñador? á ese sobrino inmaculado, que el viejo conde nos impone, como el vivo contraste de lo que él llama mis locuras?

—No hai otro que yo sepa.

—Por nuestro nuevo Papa, exclamó atolondradamente Borelo con finjida exaltacion; primero me pondria á raya á mí, que jamás me he acercado á su mujer.

—Con devotas intenciones, caro abate, agregó Mansini.

—Te equivocas; la proverbial severidad de esa bella condesa, es una barrera que rechaza toda galante pretension; verdad es, añadió con malicia, que no ha faltado quien haya pretendido vencerla; mas por lo que hace á Güido Salvi, seria preciso que el conde hubiera perdido la chaveta para temerle.

—En la confianza está el peligro! se aventuró á decir el menos parlachin de los cofrades de Borelo; no es tan despreciable el tal sobrino, para dudar que pueda interesar el corazon de una mujer casada sin afecto, con un hombre que puede ser su padre; y si hemos de creer lo que ya se murmura, del *corzo* de puerta Po al *corzo* de puer-

ta Mare, y de la puerta Reno á la puerta de los Anjeles, no es con ojos esquivos, con los que á Güido ve Leonora.

—Misericordia! exclamó Borelo haciendo un aspaviento de finjida sorpresa.

Los ojos del marqués se inflamaron, y la afectada indiferencia con que al parecer seguia la acalorada charla de sus amigos, desapareció de improviso.

—No es cierto lo que dices, exclamó encolerizado; y miente quien lo murmura y quien lo pregona.

—Pues no es la vez primera que llega á mí ese extraño rumor, dijo Borelo frotándose las manos con nerviosa excitacion; sin encontrar, sea dicho sin reparo, defensores tan apasionados como tú, mi querido marqués.

—Oh! no hables así, dijo Almonte terciando de nuevo en la conversacion; tanta lijereza al tratarse de la esposa de San Germano, es faltar á todas las consideraciones á que son acreedoras las canas de un anciano y el honor de un caballero.

—Mil perdones, mi reverendo, le contestó Borelo haciendo á su interlocutor una profunda y burlesca cortesía; mil perdones, pues solo la picante charla de estos caballeros ha sido causa de que vuestro humilde servidor se olvidase de la severidad de vuestros juicios.

—Impertinente, dijo Almonte encojiéndose de hombros.

—Sea como fuere, que á fé poco me importa, agregó Mansini; sostengo que no tiene mal gusto

esa bella Leonora si en realidad se ha prendado de Güido.

—Qué diablo! rujió Sforzzi, ¿desde cuándo una hipócrita virtud ha podido convertirse en elemento de seduccion?

—Permitidme manifestaros, volvió á decir Almonte, que lo que suponeis es imposible. Güido Salvi, menos la vida, debe al conde cuánto es y posée; y si le conociérais como yo, sabríais que es incapaz de arrojar una mancha tan negra sobre la frente de su protector.

—Mira Almonte, dijo el abate, haciendo un jesto de impaciencia, para cartujos tenemos ya bastante con esa turba de hipócritas que nos exhortan desde lo alto de su pretendida moral: deja en paz nuestras lenguas que no hacen sino lamer lo que otros han mordido, y guarda para ti lo que quieras regalarnos.

—A pesar de cuánto digan, tornó á exclamar el marqués, interrumpiendo á Almonte que se aprestaba á fulminar sobre Borelo una tremenda filípica, no creo capaz á la condesa de descender hasta Salvi.

—Veo con placer que eres más constante de lo que te suponen, volvió á decir Borelo.

—Lo que soi es más justo.

—Convenido, agregó el abate, disfraza como quieras al travieso hijo de Vénus, que no por eso lucirán menos sus flechas.

Y arreglando con esmero los ajados pliegues de sus puños de encaje, acercóse al marqués, y con el tono más melífluo que pudo dar á su aguda

vocecilla, que á veces remedaba el silbo de la víbora, añadió mui quedito al oído de aquel:

—Los zelos te han mordido el corazon; veremos qué le arrancan.

—Desprecio, murmuró Sforzzi.

—Excusa de la impotencia.

—Pues, odio y sangre, si es lo que deseas.

—Oh! ya eso es otra cosa, contestó el diabólico abate cambiando de actitud y entonacion; y á fe que me complaces, pues te aseguro que estoi más que fastidiado de la monótona existencia que en tu ausencia he corrido. Por quien soi, que no nací para esta vida triste, de aventuras sin escándalo y de cobarde hipocresía. Necesito emociones, más ruido de estocadas que de copas; en una palabra: la febril voluptuosidad de la galantería francesa en los buenos tiempos de mi colega, el abate Dubois.

—Me veo tentado á creer, dijo Sforzzi contemplando fijamente á Borelo, que estás más loco y aturdido que cuando te dejé.

—Qué cuernos ni qué locura! moriré de fastidio antes de calarme el capelo, si no me ayudas á galvanizar esta muerta ciudad y á arrancar las caretas á esa cohorte de inmaculados á lo Salvi, que nos miran como á escapados del infierno, unicamente porque gozamos de la vida cual le place á nuestra soberana voluntad, y no como le cuadra al guardian de San Benedetto, que recomienda la maceracion de la carne como el único placer no prohibido por los cánones.

—El despecho, mi atolondrado abate, díjole

(1).—IMPRENTA FEDERAL.

Mansini á media voz, hasta por sobre de una hábil diplomacia hace á veces traicion á los secretos más íntimos; procura, pues, enfrenar el que sientes, si no quieres que creamos....

—Que eres tan perspicaz, como espiritual es Almonte? agregó Borelo interrumpiéndole.

—Cuidado, señor Abate, dijo Almonte amostazado, que es peligroso abusar de la lengua.

—No hai que reñir, señores, exclamó preocupado el marqués, y con la vista fija en la fachada de los Teatinos por una de cuyas puertas habia desaparecido la condesa, añadió para sí:

—Singular devocion; si en la vida de esa mujer hai realmente un misterio, tengo el presentimiento de que puedo penetrarlo esta noche.

—La luna nos ha dejado á oscuras, dijo Mansini en alta voz, siguiendo la direccion de la mirada del marqués.

—Pero supongo, añadió este, sin aparentar comprender la alusion de Mansini, que no querrán ustedes prolongar por más tiempo esta estacion.

—Carece ya de objeto, replicó Borelo con malicia.

—Pués prosigamos nuestra marcha.

Y el grupo se puso en movimiento. Escenas de otro jénero atrajeron la atencion y despertaron la verbosidad de los aturdidos compañeros del marqués, únicos seres que en aquella ciudad daban muestras de vida. Por lo que hace á Sforzzi, una nube sombría velaba su semblante y preocupado y caviloso seguia á sus amigos, sin tomar parte en las varias discuciones que provocaba entre ellos la desusada animacion de la plebe,

ni exitar por su parte, como tenia de costumbre, la sátira incisiva del abate quien, con su voz burlona y sus amargos sarcasmos, sabia poner á prueba la mansedumbre de aquel pueblo.....

Borelo era uno de esos tipos que bastan para caracterizar toda una época. Una de esas criaturas orijinales que nuestro siglo, nueva conformacion moral brotada de entre los surcos hechos por el arado de la revolucion de 89, no alcanzó á conocer. En una palabra, era el modelo perfecto de uno de aquellos galanes tonsurados que parecian cosidos al tontillo de las marquesas de la Rejencia, y que lucian como parte del equipo de la favoritas de Felipe de Orleans y más tarde de las queridas de Luis XV. Fresco, rubio, delicado y travieso; de ojos vivos y brillantes, de labios rojos y voluptuosos y de manos de niña; engañaba facilmente cuando queria engañar, como espantaba siempre que se dejaba conocer; medio cordero y medio lobo, hombre de iglesia y de aventuras, mal hallado con la sotana y soñando con la mitra: Borelo, como muchos de sus colegas, habia tenido la desgracia de venir á este mundo después del conde ó príncipe su hermano; por lo que no encontrando á su alcance la espada de sus abuelos, que el primojénito se habia ceñido al cinto; ni los caudales vinculados en su familia, que otro más dilijente habia atrapado, tuvo que conformarse, como se conformaban todos, con poner su ambicion bajo la ejida del *soli-deo* y esperar resignado la púrpura sagrada ya que no habia tenido la fortuna de ser el elejido para calarse la profana. Pero nuestro abate, hombre de mundo

y de recursos intelectuales, suplia esta manifiesta parcialidad de la suerte que injusta lo relegaba á un segundo término nada lisonjero, iluminando con la antorcha del escándalo su oscura posicion. Mientras le caia el capelo para el que de antemano parecia amoldada su cabeza, aplacaba en el juego, el amor y el vino los arrebatos de una inquieta ambicion; se vengaba de la fortuna, haciéndola á veces cómplice de sus propios caprichos; y, aturdido, rodaba de los salones al garito, del gran mundo á la taberna.

Tal era el travieso compañero del marqués, su inseparable desde hacia muchos años y el cómplice de sus más ruidosas aventuras.

A medida que Borelo y sus alegres camaradas se alejaban de la plaza de San Gaetano, más obstinado en su silencio se mostraba el marqués. Apenas uno que otro monosílabo articulado con nerviosa impaciencia le habian arrancado sus amigos; su espíritu, levantado de súbito en alas del despecho á la rejion abrasadora de los celos, vagaba incierto de la conviccion á la duda, sin que de esta alternacion de sentimientos alcanzaran á distraerle las extravagantes aventuras que narraba el abate, los frecuentes altercados de este con Almonte, ni la gastronómica enumeracion de vinos y manjares, de que en breve gustarian en la taberna de maese Carpinetto, famosa entre las mejores de Ferrara por las salsas y guisos con que habia ganado su patron las buenas gracias de monseñor el cardenal delegado.

Borelo por su parte, afectando la más completa trivialidad, seguia con diabólico placer, la lucha

que el orgullo y los zelos libraban en el alma de su amigo, lucha que él exitaba por medio de alusiones irónicas, cada vez que lo juzgaba necesario.

Pero esta situacion no duró largo tiempo; cuando menos fuera de esperarse, hizo el marqués un brusco movimiento de impaciencia, como quien cansado de dominar un sentimiento que le duele expresar, se deja al fin arrebatar por él á despecho de sí mismo; acercóse al abate en cuyo brazo fué á apoyarse familiarmente, y alejándolo algunos pasos de sus otros amigos:

—Vamos, Barelo, dijo: deja á un lado toda indigna rencilla, sé sincero por lo menos una vez en tu vida, y dime sin ambajes hasta donde es verdad cuanto acabo de oir.

—Te esperaba, amigo mio, dijo Borelo con alambicada ironía.

—Oh! tú sabes, continuó Sforzzi dando expansion á sus ocultos sentimientos, que mi debilidad por esa mujer no ha conocido límites; que hace tres años la sigo, la asedio y la doi caza como un leon hambriento á la presa deseada; tú sabes que no he omitido medio ni sacrificio, para acercarme á ella y robarle el corazon. Todo eso, lo sabes tú, Borelo; pero lo que aun ignoras, es la profundidad de la pasion que me ha inspirado, las humillaciones que por ella he sufrido y..... no lo vas á creer.... las lágrimas que me ha hecho derramar.

El abate hizo un jesto, como si lo hubiera mordido una serpiente.

Sforzzi continuó:

—Te asombra esa debilidad? Oh! yo mismo

no he podido explicármela. Y ni la vergüenza de verme constantemente rechazado, ni la ausencia, en que busqué á su seduccion remedio sin hallarlo, ni el desprecio mismo que la merezco, han podido curarme de una pasion vehemente, absurda, loca, que me arrastra hácia esa mujer con la irresistible atraccion del abismo.

—Oh! murmuró Borelo, creo oir hablar mi corazon.

—Qué dices? preguntó el marqués.

—Que eres un bello modelo de sentimentalismo.

—Te burlas de mí?

—Líbreme el diablo.

—Oh! búrlate cuanto quieras que lo merezco, y mucho. Lo que acabo de oir, si no es la obra de una infame calumnia, que sabré castigar, me arranca la última ilusion y me entrega sin piedad á los azotes del ridículo. Yo casi le habia perdonado sus desdenes, mientras creia que emanaban de su pureza; pero si es otro amor el que la escuda... mide mi humillacion, y no prolongues por más tiempo la duda, escarneciendo la verdad.

—Con que realmente te ha herido el corazon esa hermosa condesa! exclamó Borelo sin poder dominar la cortante entonacion de sus sarcasmos. Cuánta felicidad sin que yo lo supiera!

—No te comprendo, dijo Sforzzi tratando de sondear con su mirada penetrante el alma del abate.

—Oh! yo creia que todo el aparato de tu afecto por ella, no era sino la obra de un capricho pasajero, pero jamás el resultado de una pasion tan formidable como la que demuestras. Créemelo,

si se llegara á sospechar que has abandonado nuestros buenos principios por seguir la escuela de Platon, tendrian de sobra tus amigos con qué reir á tus expensas.

—Eres implacable; pero guárdate de esgrimir contra mí armas semejantes.

—Perfectamente! ahora me amenazas, contestó riéndose el abate.

—Te doi simplemente un consejo.

—Que no cuadra bien á los que como yo saben reirse de este mundo y del otro. Sin embargo, guardaré el secreto que me confías, y en obsequio á tu aire de amante desgraciado, trataré de complacerte, sin que por ello creas que me intimiden en algo, los cuatro rivales importunos y otros tantos necios que has enviado al infierno.

—Y bien? dijo el marqués reprimiendo su indignacion. Aun no has dicho nada.

—Qué quieres saber?

—La verdad, la verdad sin embozo, de cuanto acabo de oir respecto á la condesa.

—Pues sábelo de un golpe, exclamó el abate estremeciéndose: Güido Salvi es su amante.

El marqués oprimió con fuerza el brazo de Borelo, y deteniéndose de súbito, exclamó mordiendo las palabras que articulaba:

—Si mientes, me pondrás en el caso de arrancarte la lengua.

—Poco ganarias si lo hicieras, contestó con desden el abate, porque otros en mi ausencia gritarian hasta aturdirte, que no siempre al halcon toca la mejor presa.

—Me exasperas, abate.

—No es otro mi deseo.

—Con qué objeto? exclamó el marqués fuera de sí.

—Para no tener que avergonzarme en lo adelante de haber sido tu amigo.

—Oh! pierde cuidado! quedarás satisfecho.

—Bravo, marqués! danos una trajedia en toda regla y te perdono hasta.....

—Silencio! dijo Sforzzi. La curiosidad de nuestros compañeros está alerta.

La conversacion volvió á hacerse jeneral; pero antes de llegar á la taberna de Maese Carpinetto, el marqués, que caminaba como por sobre ascuas, halló un pretexto plausible para separarse momentáneamente de sus amigos; y haciendo un prudente rodeo para alejar toda sospecha, se dirijió á los Teatinos.

José Martinez

IV.

UN ESPÍA TERRIBLE.

Nada habia de censurable en que la condesa de San Germano, reconocida como una de las más piadosas damas de Ferrara, asistiera á las vísperas de los Teatinos; ni habia motivo alguno autorizado que pudiera malear esta muestra de devocion no extraña á los antecedentes de tan noble señora. Pero el misterio de que en esta ocasion se habia rodeado; la inquietud que traicionaban sus movimientos; su andar acelerado, incierto, y la manera furtiva, puede decirse así, de escurrirse entre la multitud, daban motivo á suponer que algo grave y desusado la acontecia; y para ojos inquisidores como los del marqués y de sus íntimos habia bastante para formular todo un proceso á la inquieta

devota, y de sobra con que excitar la curiosidad de un corazon mordido por los zelos.

La condesa por su parte, aunque llena de turbacion al deslizarse entre la multitud que invadia la plaza de San Gaetano, no dejó de notar el grupo que la espiaba y de reconocer sus peligrosas individualidades; por lo que acelerando el paso cuanto le fué posible, trató de conjurar el peligro de ser reconocida, oponiendo á la perspicacia del marqués y de sus favoritos el velo de la distancia.

Alarmada y recelosa aun después de alejarse de ellos y de asegurarse de que no era seguida, llegó á las puertas de la iglesia; atravesó una de sus naves con la misma rapidez con que habia atravesado la plaza; escojió para arrodillarse la parte más oscura del templo, á la que daban doble sombra los negros tabiques de un monumental confesionario, vacante á la sazon, de la sotana que de ordinario lo ocupaba; y abriendo un libro de oraciones, quedó sumida en mudo y relijioso arrobamiento.

No era tampoco de extrañarse la predileccion que dispensaba la condesa á las sombrías naves de los Teatinos, si se atiende á que, para ciertas almas, el recojimiento es una necesidad, y la oracion, léjos del ruido y de la fiebre de la vida, en el misterio de pobre y óscura capilla, á la luz melancólica de una lámpara que agoniza, y al compás monótono de una campana que de lo alto de una torre lanza á lo léjos sus clamores, brota del corazon con más fervor que á la esplendente claridad de esas basílicas suntuosas engalanadas por el arte, donde el orgullo humano, que cree alcan-

zarlo todo, y que insensato mide la grandeza divina por la humana soberbia, pretende estar más cerca del Dios á quien adora.

A medida que las campanas repetian sus tañidos, la iglesia, hasta entonces desierta, fué llenándose de devotos, encendiéronse los cirios, poblóse el coro de monjes, y principiaron las vísperas, sin que de todo ello se diera cuenta la condesa, quien, sumida en extática meditacion, tampoco habia sentido el ruido que hicieron al abrirse las puertas del confesionario para dar entrada á un hombre.

Tanta era su inmovilidad, que á no distinguirse bajo el velo de encajes que la cubria, el estremecimiento angustioso de su seno, se la habria podido tomar por la estatua del recojimiento velando sobre el sepulcro de la muerta esperanza.

Fijos los ojos en el libro que sostenian inmóviles sus manos, debian leer mui despacio ó no ver lo que en él estaba escrito, porque ni una sola vez durante media hora, habia vuelto una pájina ni levantado la mirada.

Al observador ménos prevenido que en aquel instante hubiera fijado en ella la atencion, no habria dejado de sorprenderlo la inmovilidad de aquellas bellas formas, que parecian haberse petrificado en el momento de abrir al cielo un corazon lleno de amarguras, y sin más pruebas habria deducido que, en el fondo de aquella alma tan entregada al acetismo, debia existir una falta mui grande para que con tanta contricion tratara de hacérsela perdonar.

Después de largos salmos y repetidos cánticos

las vísperas tocaban á su fin, sin que hasta entónces se hubiera revelado en aquella mujer la mas pequeña notacion de vida; cuando de súbito y como si despertara de improviso de un profundo letargo, se estremeció violentamente al sentir á su espalda los pasos vacilantes de un hombre, en quien Borelo habria reconocido á Güido Salvi, y que pálido y conmovido se detuvo junto á ella, buscando en el sombrío confesionario un apoyo á su frente.

El libro de oraciones, mal seguro entre las manos que lo sostenian, se deslizó de ellas hasta caer sobre las baldosas del pavimiento; un lijero rubor, cual un matiz crepuscular, se extendió con rapidez sobre las blancas mejillas de la devota, quien haciendo un brusco movimiento como para jurar de un golpe las tempestuosas emociones que ajitaban su seno, sacudió los encajes que sombreaban su rostro, levantó la cabeza iluminada por un rayo de inefable esperanza, y sus grandes ojos negros, húmedos, suplicantes se fijaron en Güido, con tal expresion de amor y reconocimiento, que para resistir al poder fascinador de esta mirada, tímida á la vez que radiante, tuvo aquel que apoyarse de nuevo en las molduras del confesionario, de donde con eco cavernoso acababa de escaparse un rujido.

—Oh! bien lo sabes, Dios mio, que aún no habia desesperado, murmuró la condesa elevando al cielo sus bellos ojos inundados de lágrimas.

Las planchas del confesionario crujieron.

El conmovido galan vaciló un instante, luego haciendo un doloroso esfuerzo, dió hácia ella dos

pasos, y trémulo de emocion dejó caer junto al libro de oraciones una hoja de papel mal doblada y escrita de lijero.

Detenida por ese poderoso instinto de las almas apasionadas, que las hace adivinar lo que los sentidos ni aún siquiera perciben, fluctuó algun tiempo la condesa en recojer aquellas líneas cuya proximidad, como la de las llamas de un incendio, le abrasaban el corazon; pero decidiéndose de pronto, en un arranque de desesperacion, recojió el papel, é inclinándose hacia la zona iluminada por un cirio, devoró aquellas líneas que apenas podian traducirse así:

"Leonora: Después de dos semanas de absoluta reclusion y de íntimos y supremos combates, no sé aún dónde hallar la enerjía que me falta, para mostrarte mi desgarrado corazon. Hoi, como ayer, como siempre que trato de rebelarme contra la embriaguez á que por nuestro amor se abandona mi espíritu, me abruma la debilidad del pecado; arrastrado por ella y por tus lágrimas, que bien sabes que me son irresistibles, me encuentro de nuevo en tu presencia: es decir, ante esas lágrimas que he tratado de no ver, por temor de faltar á los repetidos juramentos con que en mi desesperacion he pretendido fortalecer mi flaqueza.

"Héme aquí como siempre, débil y cobarde ante el deber, que reclaman de mí el honor y la conciencia. Sé tú la fuente; devuélveme el valor que me falta.

"La lucha en que vivimos hace ya tanto tiempo, entre la austeridad exijida por el más sagra-

do de los deberes, y el delirio de un amor tan impetuoso como insensato, acabará por desequilibrar mi razon. En vano pido al cielo fuerzas que oponer al más dulce y peligroso de los dos sentimientos que combaten en mi alma; y á mi viciada debilidad, siquiera un argumento, una excusa, que atenúe por lo menos los reproches de la conciencia; pero esta súplica no ha sido oída; acaso porque el cielo haya cerrado sus puertas á las preces de los impenitentes. Oh! nada me escuda. Por lo menos, ten piedad de mi alma que es tuya; no abandones nuestra suerte futura á mi exhausta enerjía; á esta vacilacion constante en que mi espíritu se ajita sin reposo.

"Ya que juntos luchamos, ayudémonos mutuamente.

"De hoi mas, evítame Leonora, como á tu demonio tentador; acúsame ante Dios y los hombres por todos los dolores que he llevado á tu alma, y deja que para siempre me aleje de ti, del conde, de aquellas íntimas veladas de familia, en que nuestras almas apasionadas sabian mentir con los labios para besarse con los ojos. Que no vuelvan esas horas de intimidad y de abandono de que tanto hemos abusado: en ellas, como en todos los instantes en que el amor pueda mirnos de nuevo, surjirán siempre entre tu mirada seductora y mi alma apasionada, los blancos cabellos de un anciano respetable cuyo recuerdo aún me llena de vergüenza y me abruma de remordimientos.

"Es demasiado tentar á Dios, Leonora; salvémonos, si aún es posible, del abismo á donde hemos descendido. Pero ámame siempre, siempre!

Tu amor es para mí la vida, en el remordimiento es verdad; pero hai infiernos que no se cambian ni aún por el mismo cielo: uno de ellos, Leonora, es este en el que hoi se debate tu—GÜIDO."

Al terminar la lectura de esta carta, la condesa inclinó, abrumada, la cabeza, como si los remordimientos de su amante al caer sobre su corazon lo hubieran rebozado. Sus convulsas manos se juntaron suplicantes, y dos gruesas lágrimas, desprendiéndose de sus ojos, corrieron dilijentes á apagar aquellas líneas de fuego.

Tras un breve silencio, el órgano tornó á dejar oir sus postreros acordes, como si el cielo lleno de induljencia para nuestras miserias, tratara por este medio misterioso de ofrendar su perdon al sincero arrepentimiento. Güido sintió penetrar en su alma el bálsamo consolador de aquellas celestiales armonías; con paso vacilante volvió á apoyarse en el confesionario, de cuyo seno tenebroso brotaban sordos y confusos ruidos; é inclinando á su vez la cabeza como quien ha agotado en un supremo esfuerzo toda la enerjía del espíritu, trató de confortar en la oracion su alma atribulada; pero sus labios se mostraron rebeldes, murmurando tan solo el nombre de Leonora.

Las últimas vibraciones del órgano se apagaron al fin; los cánticos cesaron; monjes y legos con mensurado andar, juntas las manos y bajas la capuchas, fueron dejando el coro, donde aún resonaban sus austeros acentos. La multitud se alejó silenciosa; la iglesia quedó desierta, y el monaguillo de servicio apagaba los últimos círios que aún humeaban, cuando la condesa hasta entonces

abismada en sus penas, notó el silencio del templo y la oscuridad que la rodeaba. Un extraño sentimiento de temor se apoderó de su ánimo; con nerviosa rápidez recojió el libro de oraciones; y poniéndose de pié en medio de las sombras, á las que apenas diputaba su imperio una mezquina lamparilla que ardia frente á un altar, se dirijió al confesionario.

—Ven, ven, murmuró suplicante, apoyando en el hombro de Güido su mano helada y temblorosa; será la última vez, te lo prometo.

—Oh! piedad, exclamó Güido estremeciéndose al contacto de aquella mano adorada, á la que tantas veces habia acariciado con sus labios.

—Piedad me pides! ¿la tienes tú de mí?

—Leonora.....

Una blasfemia mal reprimida brotó por las rejillas del confesionario.

—Además, prosiguió la condesa con profundo abatimiento, esta será mi última súplica.

—Y los juramentos hechos? y mis remordimientos? exclamó Güido con desesperacion.

—Y mi amor y mi felicidad y mi martirio para ti nada valen?

—Leonora, Leonora mia, abusas de tu poder fascinador.

—Y tú, mi única dicha y mi sola esperanza, habrás de abandonarme así, sin el último adios?

—Dios mio, Dios mio! exclamó Güido elevando al cielo sus manos suplicantes; tú lo sabes, Señor, que no puedo resistir á sus lágrimas; que todos los votos de mi arrepentimiento no bastan á conjurar la seduccion de su palabra.

La condesa, sorprendida por el tono angustioso de su amante, se detuvo cortada; pero venciendo luego esta primera timidez, se acercó al oído de Güido, y envolviéndolo en la onda embriagadora de su aliento, murmuró dulcemente:

—Y bien, irás? me lo prometes?

—Me abrumas, exclamó Güido, dominado por la suprema seduccion de Leonora. Y haciendo un esfuerzo, no ya para vencer el encanto que enloquecia su alma, sino para romper los sagrados lazos que le ataban al deber, añadió delirante: Sí, iré: iré aunque el cielo me maldiga y me trague el infierno.

Un rujido profundo, acompañado de sacrílega imprecacion, resonó en la nave solitaria, y un hombre cuyas facciones no era posible distinguir entre las sombras que le rodeaban, apareció de improviso á las puertas del confesionario que se abrieron con estrépito.

La condesa aterrada dejó escapar un grito. Su amante, no menos sorprendido, se interpuso como para protejerla, entre ella y la mirada rencorosa del terrible aparecido; y el monaguillo que apagaba los cirios, sin darse cuenta de tan extraños ruidos, huyó veloz á la apartada sacristía, creyendo, en sus adentros, haber oído al diablo solazarse en los Teatinos.

Un silencio angustioso se siguió á la aparicion del singular testigo de tan peligrosas intimidades; é inmóvil, como si la sorpresa los hubiera petrificado á entrambos, la condesa y su amante contemplaron á aquel siniestro personaje, que les arreba-

(2).—IMPRENTA FEDERAL.

taba el secreto de sus amores, con esa fijeza tenaz del que no quede creer lo que miran los ojos.

Pero una sospecha más espantosa aun que el sombrío aparecido, embargó de súbito el alma de Leonora. Aquel hombre que se habia ocultado para espiarla y que luego se mostraba airado reprochándole sus faltas, debia tener derecho para hacerlo; y ese derecho no podia reconocerlo ella en otro que en el conde. Esta reflexion la dejó exánime; sus piés flaquearon, y con el rubor en la frente iba á caer de rodillas implorando perdon para su cómplice, cuando Güido, á quien no habia asaltado la sospecha que anonadaba á la condesa, exclamó lleno de indignacion:

—Quienquiera que seais, sois un miserable.

—Cuidado! articuló con voz amenazante el misterioso fantasma, presentando al impetuoso jóven la punta de una espada.

Leonora respiró; no era aquella la voz de San Germano.

—Sois un infame, prosiguió Güido con creciente exaltacion, que pagareis con la vida el secreto que nos habeis robado.

—Tendrás cuanto deseas, mortal afortunado, pues que te hallas en vena de que nada te niegue la fortuna, le contestó el desconocido; y volviéndose á la condesa que á una señal de Güido se alejaba, añadió con el mismo sarcasmo, lanzando sobre ella como el postrer insulto, el pañuelo que destrozaba en sus crispadas manos: Y vos, bella devota, cubrios mejor el rostro, no vaya á traicionaros vuestro eterno candor.

La presencia de algunos monjes á quienes el

supersticioso monaguillo habia alarmado y que en aquel momento se aprestaban á recorrer la iglesia, armados de hizopos y de cruces, contuvo á Güido que ébrio de cólera se lanzaba sobre el desconocido á arrancarle la lengua.

—*Vade retro*, Satanás, exclamó en coro la comuninad frailuna, ajitando los hisopos y presentando las cruces, pero sin atreverse á descender las gradas del presbiterio; *Vade retro.*

Una extridente carcajada, diabólica y cortante cual si realmente fuera Satanás quien la hubiera arrojado, resonó siniestra en los vacios ámbitos del templo; y embozándose en su capa como entre nube sombría, el desconocido dió dos pasos para alejarse. Güido lo detuvo mostrándole el pañuelo que habia recojido del suelo, y refrenando la ira que lo ahogaba, exclamó con voz sorda:

—Mirad, lo acepto como prenda de vuestro infame proceder, para devolvéroslo mañana enrojecido en vuestra sangre.

—No siempre ha de sonreirte la fortuna, contestó el desconocido.

—No importa, pero ya que conozco tu alma, quiero saber tu nombre y mirarte la cara.

—Eres mui curioso.

—Aléjate, demonio, repetian los monjes agitando indignados los hizopos y las cruces, aléjate.

—Oye, prosiguió Güido sintiendo agotarse su paciencia: si ellos te han reconocido, yo tambien quiero hacerlo, ven! Y tomando del brazo al sombrío aparecido que se prestó á dejarse conducir, se dirijió con él hácia la humilde lamparilla que iluminaba el inmediato altar.

—Héme aquí, dijo desembozándose el misterioso desconocido al acercarse á la luz; héme aquí, y cuidado, no vayas á morirte de espanto.

—Sforzzi! exclamó Güido retrocediendo.

—Y bien, ¿qué más deseas? replicó desdeñosamente el marqués.

—Oh! después de vuestro nombre, vuestra vida.

—Esa segunda parte es menos fácil, porque para llegar á ella, hai que tropezar primero con la punta de una espada.

—Llegaré, estad seguro.

—Lo veremos.

—Mañana.

—Cuando gusteis.

—A las seis.

—Convenido.

—Tras los muros del cimenterio.

—Enhorabuena, allí estaremos más cerca de la muerte.

Y cambiando entre sí, una de esas miradas terribles y siniestras que sólo al odio le es dado caracterizar, se alejaron de los Teatinos.

V.

LA TABERNA DE LA DAGA DE HIERRO.

Todo en este mundo nuestro tiene su razon de ser, razon más ó menos justificada, más ó menos remota, oculta á veces, manifiesta de ordinario, siempre existente. Así pues, como todas las cosas, y más que muchas de las que defiende la perversion ó el extravío de nuestro limitado intelecto, la taberna de Maese Carpinetto, el mui honorable repostero de Monseñor, el cardenal Delegado, tenia justas razones para ostentar en su muestra una daga desenvainada; á la que el tiempo, la lluvia y los retoques del pincel de un refractario de la verdad artística, habian convertido en jeroglífico, indescifrable, sin la ayuda del letrero explicativo que le servia de marco, y que dejaba entrever toda una historia; historia que á dar fe al testimonio de más de un anticuario, remontaba bien atrás en los anales de Ferrara.

Pero esta historia, ignorada por unos, mal sa-

bida por otros y acaso despreciada por muchos, no daba en el año de gracia de 1769 más importancia á la taberna de Maese Carpinetto, que la que pudieran darle en nuestros dias los antiguos pergaminos de Enguerrand de Coucy á un triste gana-pan.

La proteccion que dispensaba Monseñor á las salsas y guisos de la *Daga de hierro*, pesaba con más fuerza en el ánimo de los comensales de la taberna, que todas las historias y tradiciones y consejas que pudiera encerrar en sus fastos. Y esto no es de extrañarse si se atiende, por una parte, á que los caprichos de los poderosos, cualesquiera que aquellos sean, encuentran siempre imitadores entre los abonados á la bajeza cortesana; y por la otra, á que los espíritus superficiales, que son los que más abundan, pasan por sobre ciertos detalles sin concederles la menor atencion. De donde resulta que ellos se encuentran á cada paso sorprendidos por la causa ó la razon de un hecho cualquiera, cuando con despreciar un poco menos la aparente trivialidad de los matices, adivinarian lo que ignoran sin pasar por la pena de calificar de prodijios los fenómenos más naturales.

Esto, ó cosa parecida, acontecia á los parroquianos de la *Daga de hierro*, quienes gustando de las salsas y paladeando el vino de la bodega, ponderaban la lonjevidad de la taberna y la buena suerte de Maese Carpinetto; sin saber á qué precio habia comprado este, la estabilidad y buena fama de su honrada profesion.

Hé aquí un punto á todas luces digno de ser esclarecido: ya por la enseñanza que de él se deri-

va, cuanto porque íntimamente ligada la taberna á todas las peripecias que en el trascurso de seis siglos conmovieron el patrimonio de la casa de Este, era aquella, para 1769, un verdadero monumento de antigüedad entre los pocos iniciados en su historia.

Gran número de crónicas hacian remontar al siglo XI la fundacion de la taberna de la *Daga de hierro*, y con ella, la de la dinastía Carpinetto, que tras el vencimiento de los Torrelli, que habian poseído á Ferrara desde 1080, apareció á la par de la casa triunfadora de Este, pesando cada una á su manera en los destinos de aquel pueblo.

A esto se añadia, lo que todos sabemos, pero que tengo por oportuno repetir: que no es posible que juntos y en paz puedan vivir dos soberanos en un mismo territorio; mucho más, cuando difieren en principios y propósitos, y tienen por añadidura, como en el caso á que nos referimos, la codiciada industria de esquilmar ese manso rebaño que, andando el tiempo, se ha llamado pueblo. Como lójica consecuencia de esta similitud de industrias, la guerra no tardó en estallar entre las nacientes dinastías; solapada y perseverante de parte de la menos ilustre; violenta y cruel de la otra parte, la cual no podia tolerar que sus aliados, los *señores*, de lobos que eran se cambiasen en corderos, y fueran á su vez trasquilados al frecuentar la citada taberna. Agrégase á esto, que tan luego como la Italia fué dividida por la gran contienda suscitada entre el imperio y las ciudades cansadas de extranjera y larga dominacion, los Carpinettos, encontrando á sus contrarios ya

afiliados en el partido güelfo, abrazaron por espíritu de antagonismo el opuesto bando que, vencedor por entonces en algunos Estados, gracias á la victoria de Monte Aperto alcanzada por el terrible florentino Farinata de los Urzinos, dió por algun tiempo carta de pase á sus especulaciones financieras.

Sin embargo, fácilmente se comprenderá, que no fué dulce la vida para aquellos imprudentes taberneros; y que á esta lucha desigual se debió en gran parte la rapidez con que por mucho tiempo y de padres á hijos, se sucedieron los infortunados Carpinettos, á quienes el destino parecia haber condenado de antemano á morir de una manera trájica y violenta.

Reputados por eternos conspiradores, las cabezas de algunos de estos desgraciados rodaron sobre el cadalzo entre los gritos y las imprecaciones de una estúpida turba que no comprendia ó finjia no comprender, que aquella sangre era la suya propia. Esta fué la época del respeto á la dignidad individual; luego vino la del desprecio. Un Carpinetto muere estrangulado en su taberna á manos de un *condottiero*. Otro baja al sepulcro, compelido por un furioso puntapié que, á imitacion de Neron, el hombre del puntapié monstruo, le aplica en el estómago un conde de Montefalco, de humor alegre y carácter jovial. Mas tarde otro, por haber servido un vino no del agrado de sus exquisitos parroquianos, es condenado en el acto á tragarse un tonel de la sustancia rechazada; y menos feliz que el duque de Clarence, á quien siquiera le dejaron elejir el malvacía, tuvo

que ahogarse en el menos apetitoso de los productos de su bodega. La enumeracion de los que terminaban de una manera tan pomposa, era larga y socorrida, sin contar con los que de modo menos noble morian debajo del mostrador ó en la cocina, atravesados por el mismo asador en que sus antecesores doraban las perdices con que se regalaban delicados paladares. Pero esto valia poco, apenas si se notaban tales hechos, que pasaban como exuberancias de buen humor. Los Carpinettos insistian, y, fieles á las tradiciones de familia y de raza, tras el Carpinetto muerto, el Carpinetto vivo abria de nuevo la taberna con las sacramentales de lei en las defunciones de los herederos de San Luis: "El rei ha muerto! viva el rei."

Sucedia á veces, que al Carpinetto que heredaba al difunto, se le ocurrian algunas travesuras, y que en descargo y homenaje á su finado antecesor, mezclaba en el vino ó en los manjares que habian de confortar á uno ó más parroquianos escojidos, ciertos polvos ó gotas prodijiosas que tenian por resultado llevar en breve plazo al cementerio la salud mas recomendable.

En medio de todo esto y en el curso de esta lucha encarnizada, la taberna continuaba llamándose "*Le Delizie della amicizia,*" que era su primitivo nombre; y fuerte en el empeño de sucumbir antes que doblegarse, la dinastía Carpinetto atravesaba los siglos, sin que pudieran destronarla la rivalidad de sus cofrades en oficio ni la rudeza de los golpes que recibia.

Pero llegó un dia, dia menguado como les llega

á los pueblos, en el que, perdida la fe en la causa que defienden y con ella la nativa virilidad y hasta el criterio, extraviado por la opresion, se arrodillan cobardes ante la tiranía que los abruma, para no provocar ni aún con la física arrogancia las insensatas iras del opresor.

Un Carpinetto, filósofo á su manera, ó á la de aquellos que estiman por filosofía dar al traste con el honor, siempre que de ello reporten inmediata utilidad, vino á ocupar el trono que dejara vacante la muerte desastrosa del último de aquellos incontrastables caracteres que por mas de tres siglos se habian mantenido firmes, sin cejar jamás ante el absolutismo ó la desgracia; y como está probado que toda innovacion ha menester de un filósofo que la conciba y que luego la encamine á los fines propuestos, el filósofo apareció cuando menos era de esperarse.

Alfonso I de Ferrara, unido por el papa Alejandro VI á la viuda de Juan Sforzza, señor de Pesaro, de Alfonso de Aragon y de otro afortunado cuyo nombre no recuerdo, festejaba con públicos y espléndidos regocijos su alianza con los Borgias, precisamente en la época en que Gaetano XVII, ó lo que es lo mismo, el cuadrajésimo Carpinetto, presidia, ya entrado en años, la taberna de "*Las delicias de la amistad.*" Las fiestas á que Ferrara se entregó en honor de la nueva duquesa fueron, como hemos dicho, espléndidas, y de consiguiente, turbulentas las veladas de la taberna de Maese Carpinetto. Ocho dias hacia que el sueño habia huido de los ojos del digno tabernero, á quien toda su actividad no bastaba en aquellos

momentos para satisfacer cumplidamente las exijencias de los innumerables parroquianos que invadian la taberna. El vino corria como de fuente inagotable; nobles y plebeyos lo apuraban con exceso; la noche extendia su manto, saludada con gritos de embriaguez; y el dia nacia en el horizonte, festejado por vocerías de júbilo, agudos lamentos é iracundas exclamaciones que, cual inmenso y discordante coro, se escapaban por las ventanas y claraboyas de "*Las delicias de la amistad*"; mientras que el dilijente tabernero, en pié y de guardia, como experto piloto enmedio de la borrasca, esquivaba hábilmente los escollos que á cada sacudimiento de aquella mar ajitada, amenazaban destrozar su frájil nave.

A pesar de tanta habilidad como prudencia, Maese Carpinetto, excitado por ocultas simpatías y por los odios de su raza, se dejaba arrastrar á veces hasta ejecutar las peligrosas evoluciones que le valieron en Montiel una corona á Trastamara.

Pero por muchos que fueran sus amaños, no tardó en descubrirse que la manera con que Maese Carpinetto hacia mediar su justicia, era de suyo apasionada, pues que á los más altos señores siempre les tocaba el honor de ser tratados como al rey Don Pedro, mientras que sus contrarios, les asistiera ó no razon, de vencidos se trocaban en vencedores, de víctimas en victimarios.

Este juego, peligroso para cualquiera otro menos sospechado de parcialidad, que el conocido tabernero, aceleró la caída de Gaetano XVII. Un marqués de carácter violento, poco acomodaticio con la equidad justiciera de Maese Carpine-

tto, fué el escojido por la fatalidad para poner definitivamente punto á la gloriosa época de aquella orgullosa dinastía.

En el último dia de las fiestas consagradas á la nueva duquesa, la média noche sorprendió á la taberna, convertida en verdadero campo de batalla; mesas, botellas, vasos, bancos y taburetes, capas de terciopelo y jubones de lana rodaban confundidos por el suelo, de donde se levantaba, como inmenso clamor, aturdidora vocería cargada de imprecaciones y juramentos. La riña se habia hecho jeneral, y sin distincion de clase ni fortuna llovian porrazos y se repartian estocadas. Maese Carpinetto, como el jenio del desórden, presidia la resfriega desde lo alto del mostrador, único mueble que no habia perdido su aplomo; y desde allí se lanzaba en son de mediador cada vez que tenia por conveniente prestar oculta ayuda á los jubones de lana, que con manos y bastones oponian débil resistencia á las espadas y dagas de sus contrarios, siempre agresores.

Pero observando este manejo por el marqués, de jénio quisquilloso, tan luego como el triunfo se hubo declarado por las capas de terciopelo, impuso silencio á sus turbulentos camaradas; y agarrando por el coleto al tabernero, que rodó del mostrador al suelo con toda la dignidad de una verdadera testa coronada, exclamó hundiendo su daga en el pecho del desgraciado Carpinetto:

—Señores! si habeis notado lo que yo, creo no ofenderos, libertándoos de semejante belitre.

Y aplicando un puntapié al cadáver que yacia á sus piés, añadió señalando con ademan terrible

los jubones de lana que, pálidos y consternados, se apresuraban á escaparse de la taberna:

—Y tu, vil canalla, clávate en la memoria, que pisas esta casa por la última vez.

El cadáver de Gaetano XVII con la daga del marqués clavada en el pecho, fué expuesto por tres dias en la sala de la taberna á donde todo Ferrara se apresuró á pagar el tributo debido á la curiosidad. Luego, el heredero del difunto obtuvo como única concesion á sus quejas, permiso para dar sepultura á su mártir projenitor; pero antes de entregarlo á la madre comun, extrajo el hierro homicida del pecho de su padre; limpió la sangre que destilaba la ancha hoja de la daga, y guardó esta cuidadosamente, como un recuerdo vivo que debia en lo adelante templar su alma en el fuego de la venganza.

Pero el incauto Carpinetto no contaba con que habia nacido filósofo y que á su ciencia estaba encomendada la reforma de aquellos viejos hábitos de improductiva dignidad, que tantas desgracias habian costado á su familia.

Por primera vez después de cuatro siglos, la taberna estuvo cerrada algunos dias, durante los cuales profundas reflexiones mantuvieron ceñudo y caviloso al nuevo poseedor. La voz del egoísmo, grito salvaje que ensordece en el alma los más nobles sentimientos, se sustituia á la firme entereza reclamada por el dolor. La escasez de fortuna; las exijencias del oficio; la familia, en fin, esa urna sagrada en que guarda todo hombre los tesoros de su ternura y de su honra, y que la perversion y la debilidad profanan al tomarla

cómo pretexto y no pocas veces como inocente cómplice de ruindades cometidas, perturbaban el cerebro de Maese Carpinetto; quien, cobarde para trillar á su vez el camino de sus abuelos, y ambicioso en demasía para conformarse con las precarias utilidades que la animadversion de sus contrarios permitia realizar á su taberna, se esforzaba en hallar una salida á tan multiplicadas contrariedades. La filosofía utilitaria vino en su ayuda, y el oscuro camino en cuyas sombras perdia el tabernero la razon, se iluminó de súbito al claro resplandor de ese astro rutilante al que los empecinados llaman de atrás impudencia, y los utilitaristas, habilidad.

Maese Carpinetto habia pensado mucho; algo mui extraordinario era de esperarrse que produjera su cerebro: los hechos no tardaron en justificarlo plenamente.

Al espirar el décimo quinto dia de clausura, la taberna se abrió de nuevo; pero esta vez, pintada y retocada como para una fiesta: los muebles rotos, habian sido reparados; las caserolas, estañadas; la bodega, surtida, y el suelo, sobre el cual habia corrido tanta sangre, raspado, encerado y luego pulido como un espejo veneciano. Toda sombra del pasado habia sido borrada; toda reminsicencia proscrita; y para que nada faltase á aquella obra de completa rejeneracion, el antiguo lema de *Las delicias de la amistad* habia sido sustituido por una nueva muestra, en cuyo campo rojo se ostentaba desnuda una daga de hierro.

Esta fué la gran fórmula encontrada por Maese Carpinetto, para conquistarse en el porvenir per-

durables seguridades. La idea era profunda, orijinal y filosófica; y en justicia mereció bien los aplausos de las jeneraciones posteriores el levantado injenio que pudo concebirla.

Los años corrieron. Ferrara pasó á manos de nuevos soberanos; y, relegados los Este al ducacado de Modena, fueron completamente olvidados, en tanto que la dinatía Carpinetto, mas hábil ó mejor cimentada, conservó todavía por mucho tiempo el cetro de sus abuelos. Un Carpinetto de línea directa poseia en 1769 la "*Daga de hierro,*" y fiel imitador del filósofo, su antepasado, que tan sábiamente habia reformado los viejos procederes de su familia, mantenia el renombre de la taberna á una altura recomendable.

VI

LAS TRAVESURAS DEL ABATE.

Después de la aventura de los Teatinos, el marqués de Sforzzi habia ido á reunirse con sus amigos en la *Daga de hierro;* y sombrío en medio del aturdimiento que los humos del Asty y del Velletri producian en Borelo y sus alegres camaradas, asistia indiferente á la cena suculenta con que Maese Carpinetto, mediante, bien entendido, un puñado de escudos, les regalaba en la sala principal de su taberna.

El último Carpinetto era un hombre de mediana edad y de mediana talla; rojo como un rábano; de cabellos negros y abundantes; de ojos vivos y de mirada astuta; dilijente, inquieto, halagador, económico, osado, y acomodaticio. Sus narices siempre al viento como las de un perro de caza, parecian buscar con ansia una pista perdida;

mientras que su boca, de labios gruesos y sensuales, se mantenia constantemente replegada por una eterna sonrisa. Un pantalon de pana color de castaña, una chaqueta de idéntica tela y color, zapatos con hebillas de plata, un gorro de algodon y un delantal tan blanco, como lo eran sus dientes, componian su equipo ordinario.

Hacia ya mas de diez minutos que se hallaban á la mesa los alegres convidados de Maese Carpinetto, sin que una sola palabra se le hubiera escapado al marqués, y sin que hubieran podido arrancarle una sonrisa las agudezas y excentricidades de sus festivos compañeros; cuando la impaciente curiosidad del abate, no satisfecha con el prolongado mutismo de su amigo, hizo explosion de súbito:

—Carpinetto, exclamó Borelo tras un sorbo de vino y después de haber deshuesado gartronómicamente una perdiz de Comacchio, hidrópica de hongos: mira si en tu bodega, cueva ó cava, como sea mas honroso llamarla, dejó olvidada Theodorico una botella de *Falerno* con que resucitar á este pobre marqués, que, como el rei ostrogodo, va á morir de melancolía.

—Excelencia, dijo con prontitud Maese Carpinetto, luciendo sus blancos dientes, siempre dispuestos á quedar descubiertos; el rei no dejó una gota, ni aquí, ni en otra parte, pero en cambio y si lo permitís, el noble vino de Troyes hará lo que esperábais del Falerno.

Y esto diciendo, oyóse la sonora explosion de un alambreado corcho; y una mano maestra

escanciando una botella, llenó de blanca espuma y de hirviente topacio la copa del marqués.

Sforzzi mojó los labios en la espuma del champaña, y sacudiendo la cabeza como para arrojar de la memoria todo importuno recuerdo, exclamó volviéndose á Borelo:

—Tienes razon, caro abate, preferible es aturdirse; y á fe mia que lo he de conseguir.

Y de un sorbo dejó vacía la copa que Maese Carpinetto se apresuró á llenar sobre la marcha.

—Si no deseas otra cosa, le replicó el abate, bebamos una vez por cada una de tus conquistas y las mias; y tendremos de sobra con que reventar diez veces.

El marqués inclinó la cabeza y una nube sombría se extendió de nuevo sobre su frente.

—Principiemos, dijo Mansini; pero por órden cronolójico.

—Qué diablo! exijes demasiado de nuestras memorias, replicó Borelo. Ya no recuerdo á punto fijo cuál fué mi primer amor.

—Y vos, marqués? preguntó Bonasorte, el mas jóven de los convidados; tambien habreis olvidado quién os inspiró vuestra primera pasion?

—A mí? dijo Sforzzi levantando la cabeza y vaciando con rapidez la copa; si mal no recuerdo, fué el diablo.

—Linda pareja! exclamó riéndose Borelo.

—Bebamos por ella, agregó Mansini.

Maese Carpinetto aplaudió con entusiasmo, y las copas se apuraron hasta la última gota.

—Si me lo permitís, dijo á su turno el vecino de Bonasorte, yo os daré el nombre de la más

honrosa conquista de nuestro amigo el marqués.

—Aqui todo es permitido, se apresuró á decir Borelo, menos pedir permiso y decir necedades.

—Eso es hablar! exclamó Maese Carpinetto, para quien el abate era una verdadera autoridad.

Sforzzi prestó atencion.

—La condesa de Novi! añadió el que habia ofrecido declararlo.

Una estrepitosa carcajada estalló al oirse este nombre, y sobre el ruido que produjo, se oyó la voz del abate exclamar dominando el estrépito:

—Eres un gran zopenco, mi carísimo Tadeani; la Novi era un astro eclipsado cuando el marqués la unció á su carro.

—Pero no así la Stori, ni la Sarpi, dijo Sforzzi picado.

—No del todo, es verdad, le replicó Borelo, pero ya estaban en menguante.

—Bebamos por esas dos hermosas pues que alguna luz tenian, exclamó Mansini, quien arrastrado por una sed insaciable habria bebido con igual entusiasmo por el infierno y por la corte celestial.

—Eres un impertinente, dijo Sforzzi al abate; amenguas á la Stori, por que no quiso admitir tus galanteos.

—Oh! no creas que lo he olvidado; pero ten entendido que la culpa no fué suya.

—Pues de quién, mala lengua?

—De su cochero, que se le opuso abiertamente, replicó Borelo provocando una nueva libacion.

—Viperina salida, dijo Almonte contemplando al abate con desdeñoso jesto.

—Oh! te habia olvidado, mi sempiterno detrac-

tor, añadió Borelo lanzando á su interlocutor una mirada de profundo desprecio; no parece que recuperas el uso de la lengua sino para acariciarme con ella.

—Champaña! Carpinetto, champaña! exclamó Mansini con violencia atrayendo sobre sí la atencion jeneral: ¿quieres hacerme morir de sed, gran belitre?

—Primero moriria yo de pena, excelencia, replicó el tabernero; y en la precipitacion por servir á Mansini, tropezó con un mueble, dirijió mal la botella y una ola de champaña se desbordó como hirviente catarata sobre la cabeza del marqués.

—Miserable! exclamó Sforzzi aplicando á Maese Carpinetto un terrible revés que hizo perder el equilibrio al tabernero y caer sobre una mesa cargada de cristales que rodaron al suelo con estrépito.

—Golpe de maestro! exclamaron algunas voces.

—Peligro de hacer cabriolas, añadió Mansini.

—Cuida de tus narices, mi querido Carpinetto, agregó Borelo! que aunque cortas y retorcidas, no son de despreciar.

—Perdonad, excelencia, tartamudeó Carpinetto levantándose del suelo con el rostro amoratado, las narices sangrientas y una enorme protuberancia en medio de la frente, capaz de dar envidia á un unicornio: un paso mal dado es siempre una fatalidad.

—Si no fuera porque te hace gracia ese hermoso chichon, dijo Mansini al tabernero, te exijiria que con él regalases mi apetito en una salsa de pepinos.

—Y para mí seria un verdadero honor, poderos complacer, excelencia, contestó el tabernero con dulzura; pero es el caso que empiezo á cobrar cariño á este naciente cuerno, y ya no puedo conformarme con la idea de perderlo.

Y como si nada hubiera acontecido, sirvió de nuevo el champaña, aunque con menos precipitacion, y corrió dilijente á la cocina en solicitud de otros manjares que ofrecer á sus huéspedes. Pero apenas hubo salvado el quicio de su laboratorio culinario, fuera ya de la opresion que sobre él ejercian la altivez de sus nobles parroquianos junto con las rudas libertades que con frecuencia se tomaban, la fisonomía de Maese Carpinetto sufrió notable cambio: sus ojos, de súbito enrojecidos como ascuas, se hundieron bajo la contraccion violenta de las cejas; los músculos maxilares, comprimidos por la ira, abultaron sus carrillos; y sus dientes, siempre exhibidos, desaparecieron tras dos gruesos labios, apretados como los de una serpiente.

—Pronto, exclamó con voz terrible, pronto la galantina de faisan, ó les quemo los sesos en el horno.

—Está lista, dijo con rapidez el cocinero.

—A la mesa con ella y con mil rayos, añadió el terrible Carpinetto tirando de la oreja con brutal desenfado á un desgraciado marmiton que tuvo la osadía de mirarlo á la cara. ¿Has oído, belitre?

Y como aquellas almas depravadas, que comercian hasta con la tolerancia de todos los ultrajes, disfrazando de fidelidad la cobardía, haciendo

pasar por adhesion el indiferentismo peculiar á una innata vileza, y que de humildes con los fuertes, se convierten en crueles con los débiles, sobre los cuales vengan los ultrajes y las humillaciones que de otros reciben; Maese Carpinetto, el tipo más perfecto de esos hongos animados, repartió á diestro y siniestro entre los pinches y galopines de su cocina, improperios y punta-piés con la violencia de un energúmeno; y abandonando luego el campo de sus fazañas, corrió á su aposento, abrió un antiguo armario y de una gaveta secreta, cuyo resorte hizo saltar con rapidez, sacó con mano trémula una daga de hierro que de padres á hijos se conservaba en su familia desde hacia muchos siglos.

—Oh! exclamó blandiendo aquella arma terrible que reflejó en su pulida hoja la torva mirada del tabernero; quién me diera poder para mojar esta noche tu lengua en salsa roja! Creo que te daria tal cantidad, que tu apetito y el mio quedarian satisfechos. Pero qué me detiene? quién lo estorba? oh! una vez por todas, véngate, Carpinetto!

Y poseído del vértigo de la venganza, corrió á la puerta donde, como petrificado, se detuvo de improviso al oir la voz de Mansini que gritaba desde la mesa:

—Carpinetto, alma de perro, ¿donde has ido á esconderte? ¿se ha agotado el champaña de tu cueva, ó quieres que reviente de sed, gran tunante?

El miserable tabernero dejó caer la daga que empuñaba, y sus labios temblorosos murmuraron:

—Sí, es la providencia quien me salva, no desoigamos su voz; la prudencia de diez jeneraciones no debe ser traicionada en un momento de ofuscacion.

Luego, haciendo desaparecer, no sin trabajo, las huellas que en su fisonomía habia impreso la ira, voló á satisfacer los deseos de Mansini.

—Hermosa escena, marqués, decia Borelo cuando Maese Carpinetto, repuesto como por encanto de sus ocultas iras, entró de nuevo en la sala. Si el resto de la aventura que acabas de contarnos, termina de una manera tan dramática como su comienzo en los Teatinos, mereces una corona de laurel y el aplauso de tus amigos.

—Pero es el caso que hasta ahora hemos oído á secas esa historia por demás interesante, dijo tristemente Mansini, gracias á ese unicornio de Carpinetto que nos ha abandonado cuando más le deseamos.

—Necesidades imperiosas, excelencia, tartamudeó Maese Carpinetto luciendo á labios desplegados sus blancos dientes hasta entonces ocultos.

—Calla! no tienes derecho á tener necesidades que nos priven de tus servicios, le replicó Mansini, quien poniéndose de pié añadió con la pesadez de un cerebro alcoholizado:

—Vamos, señores, es necesario hacer honor á nuestro amigo Sforzzi y á su estrella aventurera. Esta primera libacion por el afortunado San Germano.

Las copas se chocaron entre vivos aplausos.

—No he terminado, agregó Mansini después de presentar su copa á Carpinetto que la llenó

discretamente. Bebamos esta segunda por la bella Leonora, tan cruel para con unos, como piadosa para con otros.

—Bravo, Mansini, estás inspirado, exclamaron algunas voces.

—Dejadme terminar, prosigió el orador manteniendose de pié con dificultad; los elojios extemporáneos falsean el criterio más firme y.....

—Los que falsean son tus piés, agregó Bonasorte interrumpiéndolo; y si quieres terminar con algo más picante que cuanto llevas dicho, alívialos del peso de tu cabeza y de tu estómago.

—Eres un mozo de provecho, mi querido Bonasorte, contestó Mansini dejándose caer sobre su asiento; en realidad estoi mas cómodo así, para beber como propongo hacerlo á vuestras señorías, por Güido Salvi, el dichoso amante de la condesa.

—No, no, exclamaron en coro todos los convidados menos Almonte; ese honor toca al mraqués.

—Justicia seca! murmuró Maese Carpinetto haciendo á su vez con la cabeza un signo afirmativo.

—Nada hai perdido, replicó Mansini; *el órden del producto no altera los factores*; bebamos por el marqués.

—De ninguna manera, exclamó Sforzzi con altanería, brindemos por Salvi que mañana cenará con Pluton.

—Eso es hablar! agregó Carpinetto.

—Este querido marqués es una joya inapreciable, mis amigos, exclamó Borelo en cuyas móvi

les facciones se pintaba una alegría feroz. ¿Quién nos hubiera dicho esta mañana que nos estaba reservada esta cosecha de emociones? Yo siento que mi espíritu renace y como en mejores tiempos torna á desplegar sus alas, gracias al soplo de huracan con que las sacude esta dramática aventura; no pongais valla á su vuelo, y tendreis para reir, por lo que os resta de vida.

—Supongo, caro abate, que tras de todo ese preámbulo hai una gran idea? dijo Tadeani.

—Si que la hai, le contestó Borelo, pero no vayas á creer que la degrade hasta pedir neciamente permiso para hacértela conocer.

—Silencio, señores, gritó Mansini; Borelo tiene una idea. Carpinetto, champaña! para mojar los pensamientos del abate; puesto que es suya, debe estar candente y hai necesidad de refrescarla. Venga, pues, el champaña; que venga, ó no escucho.

—Por el contrario, agregó Tadeani; vuélvete todo orejas que el abate va á pronunciarnos un sermon de cuaresma.

—Suelta á volar tu idea, caro abate, y que no haya mas interrupciones, exclamó impaciente Bonasorte.

—Antes contestadme con franqueza, dijo Borelo dirijiéndo á sus aturdidos compañeros una mirada interrogadora: ¿No exita vuestra curiosidad la dulce entrevista de la devota con su amante?

—Algo mas que curiosidad siento yo removerse en mi alma, dijo Mansini; pero deja que la aplaque.

Y sus labios sedientos se hundieron en la espuma que se desbordaba de la copa.

—Ese algo mas que sientes, es acaso envidia? preguntaron algunos.

—Me habeis ahorrado el trabajo de confesarlo, contestó Mansini. Pero veamos á donde quiere llegar este travieso abate.

—A proponeros.... ó mejor dicho, agregó Borelo cambiando de intencion, á confesaros que se me ha ocurrido ser testigo de esa escena de amor.

—Hasta allá no creo que pueda alcanzar tu ciencia prodijiosa. El palacio del conde es una fortaleza, y San Germano es un centinela que no duerme.

—Y si sobornásemos al centinela, ¿que dirias?

—Antes de todo, que estás loco de atar, cuando se te ocurre semejante idea, contestó Mansini.

—El abate ha perdido la chaveta, exclamó Tadeani.

—Sois todos unos ganzos, gritó Borelo impaciente. Sostengo que si quereis asistir conmigo á la entrevista de Güido con su amada, San Germano no se opondrá; antes por el contrario, será de la partida.

—Eso tiene sus muelas, dijo Mansini.

—Te engañas: nada me parece tan sencillo. San Germano es un hombre cortés y no sabrá negarse á la exijencia de unos cuantos caballeros como él, que por medio de una esquela finamente redactada le pidan el permiso de asistir á tan apasionada entrevista.

—Pero yo no toleraré semejante locura, dijo Sforzzi con severidad.

—Semejante infamia! que es mas propia la calificacion, agregó Almonte indignado.

—Como parte ofendida, mi querido marqués, contestó Borelo con irónica sonrisa, tienes derecho perfecto de abogar por tu contrario; ya que abrigas el capricho de que sea tu mano y no una extraña, la que lo despache al infierno. Sin embargo, al proponer lo que has rechazado, creí salvarte la vida... Pero en cuanto á este inbécil de Almonte, querria que alguien me dijera, con qué derecho se permite contrariar mis ideas.

—Con el que le asiste á todo hombre honrado cuando se trata de impedir una infamia, exclamó Almonte poniéndose de pié, airado y amenazante.

—Está visto que no terminaremos bien, dijo Borelo reprimiéndose con dificultad y mirando de soslayo á su interlocutor.

—No será mia la culpa, si el término á que te refieres no es inmediato, tornó á decir Almonte.

Y pidiendo á Maese Carpinetto la capa y el sombrero que al entrar á la taberna habia entregado á su cuidado, añadió volviéndose á sus otros compañeros:

—Vosotros todos, sin advertirlo, os dejais arrastrar por ese insensato hácia un abismo al que ningun hombre de honor puede acercarse sin retroceder espantado.....

—Deten la lengua, Almonte, dijo Mansini interrumpiéndolo. No hables asi del abate, de esa dulce criatura á quien yo, si fuera Ganganelli, ya habria canonizado.

—Piensa tú lo que quieras, prosiguió Almonte,

que en cuanto á mí le conozco lo bastante para no servir de cómplice á las iras de su envidia.

—Imbécil! exclamó Borelo con desprecio.

—¿Sabeis porqué abriga tanta zaña contra Salvi? Yo os lo diré.

—Cállate, gritó Borelo palideciendo, no apures mi paciencia.

—Lo diré, repitió Almonte sin hacer caso de las amenazas del abate. Porque menos afortunado.....

—Almonte! exclamó Borelo cortándole con vehemencia la palabra. No me fuerces á cerrarte la boca.

—Inténtalo si puedes, pero antes, es necesario que todos sepan, que has pretendido á la condesa, y que fuiste despreciado por ella.

Al oir esta terrible acusacion, Borelo quedó por un momento como aturdido; pero reponiéndose inmediatamente, cuando todos esperaban verle saltar como un tigre, se desplomó sobre su asiento arrojando una carcajada tan franca y tan estrepitosa, que el mismo Almonte, que no esperaba esta salida, quedó desconcertado.

—Hele ahí de relieve! exclamó el abate ahogado por la risa. Lo he picado hasta hacerle arrojar la última imbecilidad. *Ecce stultus!!*

—Seré cuanto se te antoje, menos tu cómplice farsante, contestó Almonte en son de retirada.

—Que las sombras te traguen! exclamó Borelo haciéndole una burlesca cortesía.

—No me abandones, Almonte, exclamó Mansini deteniéndole. No consideras, ingrato amigo, que he menester en breve de tus buenos oficios?

—Oh! no os vayais así, agregó Sforzzi, quien durante el altercado de sus dos compañeros no habia desplegado los labios. Juntos hemos venido, y por mutuo decoro debemos salir juntos. Además de que tiempo sobrado habrá mañana para que dilucideis con el abate lo que dejais pendiente.

Almonte no contestó una palabra; tiró á un lado la capa y el sombrero, y fué á ocupar su asiento, felicitado por un aplauso jeneral.

Mansini propuso beber incontinenti por la condescendencia de aquel carácter tan altivo como complaciente. Bonasorte hizo un elojio pomposo de las sobresalientes cualidades que adornaban á Almonte; Tadeani no quedó atrás; propuso como homenaje á su amigo el marqués, la reconciliacion inmediata de aquellos dos caracteres, que calificó enfáticamente de levantados; y al acordado compás de los elojios, circulaba el champaña como una inmensa franja de bullidora espuma.

En medio del ruido que produjeron tan estrepitosas manifestaciones, Borelo hizo á Maese Carpinetto una señal de intelijencia, y so pretexto de ir á escojer por sí mismo á la bodega el vino con que queria sellar la paz que en breve vendria á proponer á Almonte, abandonó la mesa.

A la altura á que los humos del Astty, del Velletri y del champaña habian levantado los espíritus de los compañeros del marqués, era de temerse á cada momento una catástrofe; por lo cual Maese Carpinetto, que conocia por experiencia propia los peligros á que se expone siempre toda persona

discreta entre aturdidos, vió como gracia del cielo la indicacion que le hiciera el abate; y tomando una bujía, se apresuró á seguirlo, lleno á la vez que de recelo, de invencible curiosidad.

Como prático de la casa, Borelo se dirijió resueltamente á la bodega de la taberna; pero apenas hubo interpuesto entre su real persona y sus acalorados camaradas, una gruesa puerta y toda una muralla de ladrillos, se detuvo, y volviéndose al tabernero, que inquieto le seguia, exclamó con el tono mas azucarado que pudo dar á su aguda vocecilla:

—Carísimo Carpinetto, si no has dejenerado de tu raza, se te presenta esta noche la ocasion de dar con una prueba de destreza, una dulce expansion á tu alma oprimida.

—Por complaceros, excelencia, yo haré cuanto esté de mi parte, contestó el tabernero tratando de leer en los móviles ojos del abate la oculta intencion de tan melífluo exordio.

—Guarda tus zalamerías para quien no te conozca como yo, y contéstame francamente.....

—Bien sabeis, señor abate, que la franqueza es mi debilidad.

—Confiesa, pues, que tus dientes tienen hambre de morder algo esta noche; y que seria para ti una ventura darles pasto abundante.

—Exelencia....

—Nada de subterfujios; es una justa represalia á la que tiene pleno derecho ese cuerno que te ha brotado de la frente como una exuberancia de intelectualidad, y que no quisiste regalar á Mansini.

—Oh! exclamó Carpinetto acariciándose el chichon; fué recio el golpe....

—Cómo no? el marqués tiene la mano dura, pero en cambio yo tengo blando el corazon; y en prueba de ello, ya que no puedes pagar á Sforzzi en la misma moneda, por no tener un cuño á tu disposicion, voi á proponerte el medio de desquitarte á tus anchas.

La fisonomía del tabernero se iluminó de rojos resplandores, y mostrando sus blancos dientes con el jesto peculiar del *booldog* dijo al abate con suavísima dulzura:

—Señor abate, sois mui bueno.

—Abandona ese tono, amigo mio, que vas á enternecerme, exclamó Borelo; tiempo tendrás de sobra para expresarme tu reconocimiento. Por ahora, dime antes que otra cosa, si conoces el palacio San Germano.

—Como á mis manos, señor abate.

—¿Y seria posible, apoyándose en las molduras de la fachada, trepar al primer piso y curiosear por entre las rejas de un balcon lo que pasa en el interior?

—No lo sé á punto fijo, pero si lo quereis, puedo ensayarlo.

—Eres un hombre precioso, Carpinetto; cuando yo sea obispo he de hacerte canónigo.

—Y cuando seais papa, excelencia?

—Oh! para entonces cuenta con el capelo rojo. Ahora, dame con qué escribir cuatro letras.

—Pasad á mi escritorio, monseñor.

—No, aquí mismo; es cosa de un instante.

Y como el tabernero facilitase á Borelo lo que

le habia exijido, y este hubiera llenado toda una pájina de una letra torcida y contrahecha, sin que una sílaba de escrito tan orijinal se le hubiera escapado á Maese Carpinetto; el digno tabernero, que empezaba á ver claro el resultado de sus buenos oficios en la intriga á que lo afiliaba el abate, exclamó al fin sin poder contener su emocion:

—Oh! es una gran idea; y monseñor puede aspirar á algo mas alto que á la casulla y al bonete.

—Verdad que serán de ver sus resultados?

—Ya lo creo, yo mismo siento ya las cosquillas del deseo.

—Sibarita, dijo Borelo acariciando á Carpinetto con una mirada afectuosa, los dos llegaremos á hacer grandes cosas. Y asiéndolo familiarmente por el coleto, tomó de un estante la primera botella que le cayó á la mano, y en voz baja y de camino á la sala del festin, expuso á su compinche el plan que debian observar.

—Se hará cual monseñor lo desea, dijo el tabernero abriendo la puerta y entrando á la sala.

—Convenido, contestó el abate, sé prudente y habrás ganado esta noche una pingüe canonjía ó el sombrero de cardenal.

Dispuesto siempre Maese Carpinetto, como toda naturaleza abyecta, á vengar, no importa sobre quién, los ultrajes que recibia, saltó de gozo al reflexionar en la importancia del papel que iba á desempeñar en aquella intriga á que el abate lo asociaba; y sin esperar otras indicaciones que

(4 y 5).—IMPRENTA FEDERAL.

acaso pudieran retardar el desarrollo de aventura tan interesante, partió á cumplir su cometido con la decision que presta el entusiasmo. Mientras tanto, Borelo habia vuelto á ocupar en la mesa su puesto de costumbre, saludado por sus aturdidos compañeros con todas las resonancias hiperbólicas, á que apela la embriaguez para expresar las concepciones de un cerebro incendiado. Pero el abate, como hombre de mundo, que lo era en demasía, no dió más importancia á cuanto en su elojio propalaban sus amigos, que la que á su juicio pudiera merecer una cuadrilla de enajenados; empero, para ganar el tiempo que requeria la ejecucion de sus proyectos, propuso con el mayor desenfado, hacer las paces con Almonte, mediante únicamente la promesa de no reñir jamás.

Justo nos parece añadir en obsequio de Maese Carpinetto, que el digno tabernero se creia transportado aquella noche como en alas de un ánjel, al cielo de todas las venturanzas á que pudiera aspirar su corazon. De víctima perenne, habia encontrado el medio de convertirse en victimario; de enemigo de sus perseguidores, habia pasado á ser su cómplice; y para que nada faltase á su felicidad, el champaña corria con profusion de los antros de su bodega, y "*La Daga de hierro*," favorecida por la suerte, hacia pingües ganancias.

VII

LA ÚLTIMA ESPERANZA.

Cuando Güido salió de los Teatinos, la noche habia sobrevenido: la ciudad estaba desierta, y el cielo tan sombrío, como una inmensa bóveda barnizada de negro.

En las ventanas que daban á la plaza de San Gaetano, así como en la mayor parte de los balcones de la calle de la Giovecca, brillaban algunas luces á despecho del viento que se esforzaba en apagarlas y que solo conseguia mantener diligentes á dueñas y doncellas, que, ocupadas como las sacerdotizas de Vesta, sostenian, no sin dificultad, el sacro fuego del regocijo público, conque la fidelísima Ferrara honraba al nuevo sucesor de San Pedro. Fuera de esta pálida demostracion de júbilo y de los gritos de entusiasmo que resonaban en algunas tabernas, entusiasmo turbulento y profano, en el que mas parte podia recla-

mar Baco que el Pontífice, la ciudad ostentaba como siempre su habitual melancolía. Pero por más profunda que esta fuese, podia pasar por una fiesta, comparada con la tristeza que Güido encerraba en el alma.

Su amor por la condesa, tan puro é ideal como hasta entonces habia sido, era juzgado, por su exaltada delicadeza, como un crímen horrible, del que ningun tribunal podia absolverlo, ni para el que, á su propio juicio, pudiera haber atenuacion. Leonora era la esposa de su protector, del hombre jeneroso que le habia servido á él, huérfano sin fortuna, de padre tierno y cariñoso; á quien debia la educacion que poseia, la posicion social de que gozaba, y la mediana fortuna de que podia disponer. A mas de todo esto, la debilidad que hácia él tenia el conde, la solicitud paternal de que siempre habia sido objeto, y la confianza sin límites que le dispensaba, hacian aún mas terribles los cargos que debian pesar sobre el traidor de tantas consideraciones y el ingrato á tantos beneficios.

Si para los corazones verdaderamente honrados, es un dolor la violacion de toda lei moral, pueda esta violacion emanar de circunstancias ajenas á la voluntad, ó ser del número de esas debilidades que se cometen bajo la ciega esclavitud de las pasiones, no debemos extrañar la profunda tristeza que el jóven Salvi encerraba en su alma.

Güido era poseedor de una de esas naturalezas pródigas en nobles sentimientos; de una de esas almas levantadas, para las que el deber es una relijion, y el honor la lei suprema: pero con todo ello,

su espíritu era esclavo; y esclavo encadenado por la pasion mas exijente de cuantas pueden dominar el corazon humano.

Luchar es fácil y vencer posible, cuando se tienen por contrarios, ajena voluntad que ambiciona oprimir, ideas falsas que nos toca esclarecer, ó principios antipáticos á los que íntimas convicciones nos exijen derrocar; pero cuán difícil de éxito favorable, cuán terrible es la lucha, cuando el enemigo que debemos combatir existe en nosotros mismos como una parte de nuestro ser, quizás como la más vehemente aspiracion del alma. Oh! entonces, como en la brega desesperada entre el náufrago y las olas, entre un poder sobrenatural y nuestras fuerzas limitadas, el temple de la enerjía se pierde; el alma desfallece; todo esfuerzo por vencer, es un golpe que robota sobre nosotros mismos, y á cada herida que hacemos á la pasion ó al afecto que combatimos, el que se desangra es nuestro propio corazon.

Combate horrible, oculto, concentrado; donde no se oye el crujir de las armas, ni el estampido tempestuoso de las repetidas explosiones. Donde el silencio hace las veces del estrépito, y sostiene encendido el fuego abrasador de la conciencia. Batalla pavorosa, que da por prez al triunfador mustia corona; maldiciones y amarguras eternas al vencido. En la que por sangre corren lágrimas que se pierden sin ruido en los surcos abiertos por el dolor, y en la que dejamos por despojos, lauros malditos, desencantos del alma y pedazos del corazon.

Después de dos años de aturdimiento y de febril

delirio, de reacciones momentáneas, de abandono, y de punibles complacencias, Güido habia despertado al fin como de un sueño angustioso, con el alma dolorida por el remordimiento; y sin dejar de amar á la condesa, amándola por el contrario con mas vehemencia y mas ternura, midió aterrado la profundidad del abismo sobre que estaba suspendida su honra, gracias á uno de esos prodijios de la innata virtud que sostiene en el alma preponderante siempre el principio del bien, aun en medio del torbellino de las pasiones y de la coaccion de los sentidos.

Espantado de tanta debilidad, y más aun del crímen al que insensiblemente resbalaba por la pendiente de un amor impetuoso, Güido intentó el último y mas heroico esfuerzo que un corazon apasionado haya podido pretender: huir de la mujer amada, é ir á buscar lejos, mui lejos, no la tranquilidad sino la muerte.

Vana quimera, pretension insensata! que no se desarraigan en un dia y á nuestra voluntad, vicios inveterados y pasiones exaltadas por deseos no satisfechos.

Una lágrima, una sola lágrima echó por tierra todos los propósitos de aquella alma jenerosa. Y ni la voz de la conciencia, ni el grito del deber conculcado, ni todos los juramentos hechos á Dios para fortalecer, con el respeto debido á la divinidad, la flaqueza del corazon, bastaron á sostenerle, apesar de no ocultársele, que caer de nuevo bajo la seduccion inmediata de Leonora, era no sólo retroceder hácia el abismo que queria evitar, sino buscarlo para hundirse en su seno profundo;

y que tentar una vez más los arrebatos de un amor ardiente, hasta entonces contenido por un reflejo de celestial cordura, era reincidir en una falta grave, imperdonable, después de encontrarse alertado por la conciencia.

¿Pero qué sino miseria y debilidad es lo que constituye nuestra naturaleza?

Güido habia ofrecido á la condesa ir á decirle aquella noche el último adios, y no tenia valor para dejar de cumplir esta promesa, quien faltaba por ella á los mas sagrados propósitos.

—Oh! soi un miserable, exclamó deteniéndose de pronto, después de repasar en su mente todos los peligros á que le exponia esta postrer debilidad; un miserable á quien Dios no podrá perdonar. Pero Señor, añadió, volviendo al cielo los ojos suplicantes; si es verdad que he delinquido como hombre, tambien lo es que he luchado como jigante para no consumar una falta á que me arrastra el fuego que pusiste en mi alma. Ella tambien ha sufrido; ella tambien ha luchado, pero como yo, es debil, como yo, ama y no se pertenece. Yo, Señor, no puedo más, estoi vencido; y si tu poder no me sostiene, caeré esta vez, para levantarme..... execrado,

Tras este último grito de desesperacion, Güido inclinó abatido la cabeza. Gruesas gotas de sudor humedecian su rostro, y obedeciendo á un impulso maquinal fué á enjugarlas con el pañuelo que tenia en la mano; pero apenas aquel pañuelo hubo tocado su frente, cuando de súbito la sintió abrasada como por el contacto de una llama invisible; y un recuerdo chispeante, á la

vez que sangriento, cruzó las sombras que oscurecian su memoria.

—Sforzzi! Sforzzi! exclamó oprimiendo entre sus manos el pañuelo que el marqués habia arrojado á la condesa y con el que inadvertidamente acababa de enjugarse; eres mi única esperanza!

Y aturdido y medroso, como si de cada sombra temiera ver surjir un airado fantasma, y en cada rayo de luz creyera tropezar con una mirada acusadora, atravesó la plaza, penetró en la Giovecca que luego abandonó para tomar una estrecha callejuela y, pasando de esta á una calle solitaria, desapareció tras la portada de un antiguo palacio.

Era este, uno de aquellos pesados y pretenciosos edificios, semi conventos y casas señoriales, que durante muchos siglos se multiplicaron en Ferrara como la mas preciada obra de los injenios arquitectónicos de la época, y que mas tarde quedaron eclipsados con la aparicion de aquel estilo majestuoso y elegante, de que aún exhibe la abatida ciudad, como muestras soberbias de su pasada grandeza, los palacios Sagrati, Pallavicini, Arredi-Trotti, y el renombrado Villa ó Diamante.

Los jefes de la noble familia San Germano, ocupados constantemente en guerrear al servicio de la Serenísima República ó bajo las banderas de la Roma pontificia, cuidaron poco de hermosear aquella morada de sus abuelos, que sombría como un nido de buhos, llegó á poder del esposo de Leonora, no menos absorbido que sus antecesores en las contiendas de su época.

En la noche á que nos venimos refiriendo hacia

apenas cuatro años que el último conde de San Germano, tras largas y repetidas aucencias de la patria, habia tornado á habitar definitivamente la morada de sus projenitores.

Fatigado de la vida ardiente de los combates y de las cortes, después de haber probado todas las amarguras de la ingratitud, y de haber esperimentado todas las veleidades de la fortuna, el viejo conde venia á buscar en el seno de la familia el reposo que los años le exijian con instancia. Pero esta vez no venia solo; acompañábale una hermosa veneciana que apenas frizaba en los veinte años, y cuya mano habia obtenido el conde, de los ambiciosos padres de Leonora, haciendo valer para con ellos las glorias de su nombre y su inmensa fortuna.

Mas, como nada hai vedado para la maledicencia, la desigualdad de este matrimonio y la belleza deslumbradora de la condesa hacian correr entre las malas lenguas, que San Germano, apesar de su reputacion caballeresca, de su inmensa fortuna y de las mil prendas morales que poseia, no habia obtenido de su esposa, á la que profesaba tanta solicitud como ternura, sino la pasiva abnegacion de un corazon resignado; ni que otro móvil lo habia atraído á Ferrara, que el de esconder entre los espesos muros de su antiguo palacio, aquel tesoro de hermosura, codiciado por tantos ojos, y para el que ninguna seguridad parecia brindar al poseedor la vida opulenta y las seducciones de Venecia.

Es posible que estas voces no anduvieran descaminadas; pero si en todo lo que se murmuraba

habia algo de verdad; esta verdad no habia trascendido á la calle, de una manera evidente; y era cuerdo limitarse á creer que, cansado San Germano de cruzar el Adriático en las galeras de la Serenísima República, y de dar caza en los mares del archipiélago á piratas arjelinos, ambicionara para sus viejos dias la tranquilidad del hogar y los dulces goces de la familia.

A los sesenta y dos años el conde habia amado por la primera vez, y con ese egoísmo de las nacientes pasiones, no habia titubeado en sacrificar á las exijencias de la desconocida ternura en que su alma rebosaba, á aquella entreabierta flor, ante quien los risueños horizontes de la vida se dilataban entre las nubes de nácar y los brillantes reflejos del cielo de la felicidad.

Sin otro afecto hasta entonces en el mundo que el casi paternal que profesaba á Güido, San Germano no habio perdido con los años los tesoros de sensibilidad que todo corazon levantado conserva aun en medio de las visisitudes de la existencia. El amor encontró en su corazon campo fértil donde echar raíces, y feliz con la ventura que sus propios sentimientos le proporcionaban, compartia entre Güido y Leonora los últimos latidos de su noble corazon.

Como es fácil suponer, Güido Salvi vivia en la mas estrecha intimidad con el anciano conde y la jóven condesa, y tan bien como ellos cónocia el palacio San Germano, en cuya sombría portada acababa de deslizarse, acosado por el febril delirio en que ardia su cabeza. Sin hacerse anunciar, ni menos hacer caso á los agasajos de un

antiguo criado que encontró en la escalera, atravesó una antecámara de cuyas paredes colgaban algunos retratos de familia, entre los cuales y en medio de la ofuscacion que trastornaba su cerebro, creyó distinguir ceños contraídos, sonrisas de desprecio, y miradas terribles, que como dardos encendidos iban á herirle el corazon. Acosado por la severidad de aquellos rostros airados y amenazantes, dió algunos pasos en la inmediata galería, triste y desierta en aquel momento como el alma del que la visitaba bajo tan penosas impresiones, donde tantas veces habia sido feliz, y de la que tantos recuerdos vinieron á agruparse á su mente. Por la soledad que reinaba en aquella estancia y en las vecinas habitaciones, dedujo Güido que las personas que buscaba, á no estar ausentes, debian hallarse aún en el comedor del palacio, á donde se dirijió con paso incierto, oprimido el corazon y presa el alma de abrumadoras emociones. Pero si hasta entonces habia podido sobreponerse á las opuestas fuerzas que combatian en su espíritu, al llegar á las puertas del comedor se encontró vencido, y su frente golpeó los cristales, á través de los cuales, sus ojos atónitos contemplaron la palidez cadavérica que se extendia sobre las facciones de Leonora.

La condesa, sentada á la mesa frente á San Germano, disimulaba con dificultad los violentos latidos de su ajitado corazon, que el confiado esposo no veia estremecer, pero que Güido mas suspicaz, oia palpitar distintamente, con la desordenada rapidez de una campana echada á vuelo.

Después de mil vanos esfuerzos por dominar

la emocion que embargaba sus facultades, Güido creyó oir una voz interior que le gritaba "aléjate!" y cediendo á su pesar, á extraños y amenazadores presentimientos, se disponia á no tentar de nuevo su debilidad, alejándose para siempre de aquella mujer por quien habria dado, sin hacer sacrificio, toda la sangre de sus venas; cuando la puerta se abrió de improviso para dar paso á un criado, y sin que Güido lo esperase, se encontró frente al conde que lanzó al divisarlo un grito de agradable sorpresa.

VIII

EL FANTASMA DE PARISINA.

—Al fin has resucitado, exclamó el conde con manifiesta alegría, al ver aparecer al jóven Salvi á la puerta del comedor. Y por lo visto que estaba reservado este milagro á su santidad Clemente XIV.

E indicándole una silla, en la que Güido se dejó caer como un reo sobre el banquillo en donde debiera ser ejecutado, prosigió con el mismo tono de afabilidad:

—En cuanto á lo demás, llegas á tiempo de acompañarnos á comer, lo que hacemos tarde hoi, contra nuestra costumbre, gracias á esta señora, dijo señalando cariñosamente á la condesa, que ha resultado ser del partido vencedor en el último cónclave, y que tan luego como circuló esta tarde la noticia de la eleccion de Ganganelli, se mar-

chó á los Teatinos á dar gracias al cielo por el triunfo obtenido.

Leonora, sin contestar una palabra, inclinó la cabeza para ocultar á su marido el rubor que repentinamente incendió sus mejillas, y para no ver á su vez la turbacion que se manifestaba en el rostro de su amante.

—Pero qué diablo tienes esta noche? exclamó alarmado San Germano, fijando sobre Güido una mirada escrutadora, ¿has tenido algun percance?

—No á fe mia, contestó Güido haciendo esfuerzos por serenar su emocion.

—Pues estás hecho un estafermo.

—Es posible.

—Ya se ve que sí, continuó el conde, pero no debes extrañar mi ignorancia en lo que te acontece; tú has olvidado confiarme, como lo hacias en otros tiempos, tus alegrías y tus penas; te has hecho reservado; quince dias hace hoi que no se te ve en esta casa, y cuando menos se te espera, te presentas con esa cara que da lástima ver. Por fortuna para ti, mi pobre Leonora á quien han indispuesto los malos aires de los Teatinos, no está de humor de hacer brillar á tus expensas su verbo epigramático, que de lo contrario no saldrias bien librado.

—Oh! exclamó Güido sin saber lo que decia y cediendo tan sólo á las ocultas causas de su profundo abatimiento. Mi mal es incurable.

—Simplezas, amigo mio, contestó San Germano con acento cariñoso; á tu edad no hai males incurables; algun amorcillo contrariado, que acaso no vale la pena de preocuparte tanto! Vamos,

toma un poco de vino para abrir el apetito, prueba luego esta sopa no del todo desabrida desarruga el ceño y conversemos alegremente sobre tus proyectos, tus trabajos literarios, en fin, sobre todo cuanto se relacione con tu vida.

—Como gusteis, dijo Güido, reponiéndose á favor de las miradas alentadoras que brotaban como relámpagos de las negras pupilas de Leonora.

—Oh! no es otro mi deseo; pero sabes una cosa? añadió el conde cambiando el jiro de la frase que articulaba.

—Cuál?

—Que acabo de atinar en este momento con la causa del secreto que me ocultas.

—Cómo! exclamaron á un tiempo Güido y la condesa, profundamente alarmados.

—Como lo oyen ustedes, prosigió tranquilamente San Germano, sin advertir la turbacion que se manifestaba en sus inquietos interlocutores; y á fe, amigo mio, que pruebas, á mi juicio, poca enerjía y menos tenacidad.

—No os comprendo, murmuró Güido mas y mas inmutado.

—Porque dudas de mi penetracion; pero juzga si he acertado. La causa de cuanto experimentas, depende de la poca fe que tienes en tus fuerzas intelectuales, para llevar á término la empresa por la cual vienes luchando ha tantos años.

—Güido y la condesa respiraron con libertad, é incorporándose el primero con la nerviosa rapidez de quien, arrastrado un momento por el ímpetu terrible de una ola irritada, trata en seguida

de esquivar los peligros que le rodean, exclamó con afectada injenuidad:

—Para ciertos seres, aspirar á la gloria es pretender imposibles.

—Quién te ha sujerido semejante disparate? contestó el conde con paternal severidad. La gloria es la aspiracion natural de las almas levantadas; y si es verdad que no se adquieren fácilmente fama y renombre perdurables, tambien es cierto que el talento ayudado por la virtud y la constancia, es el mas poderoso de los ajentes de que puede disponer el hombre para adquirir celebridad. No te desalientes, prosiguió San Germano; sobrado injenio tienes para quedarte á la mitad del camino, si eres perseverante; pero lucha, que para vencer es necesario combatir: el triunfo es el premio del esfuerzo: las coronas que discierne la victoria, no ciñen sino las frentes de aquellos que han lidiado. Ten entendido que conquistarse una reputacion no es la obra de un dia; muchos por adquirirla luchan toda la vida y caen al fin postrados, no dejando tras sí, después de afanes y desvelos infructuosos, sino una pálida estela, que desaparece tan pronto como nos olvidan los amigos que sobreviven.

—Que sobreviven! repitió Guido, con acento de dolor.

El anciano continuó:

—Mas no por eso debemos dar cabida al desaliento; todo lo contrario. El que siente en sí ese jérmen divino que levanta el espíritu sobre el nivel de las medianías, debe estar convencido, de que no se adquiere el esplendor supremo á

que anhela toda intelijencia, sino á costa de heroicos sacrificios: que es tan dura la labor, como preciada la recompensa; y que los caractères enérjicos alcanzan de ordinario lo que se les escapa á los tímidos.

—A los tímidos! repitió maquinalmente Güido.

—Voi á hacerte otra observacion, amigo mio, que no debes olvidar: de todos los caminos que conducen á la inmortalidad, el de las letras es quizás el más difícil de trillar; pero así mismo, la gloria que por él se alcanza, es la más duradera y satisfacctoria. Otras sendas hai más cortas, y aunque sembradas de escollos, en que á cada paso podemos tropezar y desaparecer, son más fáciles de recorrer; porque en ella se pasea la fortuna, deidad caprichosa bajo cuya proteccion se puede ascender en poco tiempo á prodijiosas alturas, donde jamás habríamos llegado sin su poderoso amparo; pero en las que sólo se detienen sus favorecidos para deslumbrar al mundo un instante con galas adquiridas al acaso. Un dia, con la tenacidad y la enerjía que me conoces, emprendí á mi vez la ardua empresa de conquistarme un nombre. Sin tus talentos literarios y sin ninguna ilustracion científica, sólo pude, como mis antepasados, optar á los azares de la guerra como el único medio á mi alcance; y cien veces en ellos ofrendé la vida, en cambio de una hoja de laurel con que adornar mi frente. La fortuna no me fué hostil; alcancé á su abrigo lo que otros, quizás con dotes superiores á las mias, muchas veces no logran, y en el deslumbramiento de mi grande-

za creí eterno lo que apenas iba á durar un instante.

San Germano se detuvo un momento, como absorto en aquellos recuerdos.

—Oh! prosiguió con amargura, dejando escapar un suspiro, sólo se comprende cuán pasajeros son los triunfos alcanzados por la fuerza, cuando la embriaguez de la victoria ha desaparecido, y con ella el prestijio inmediato que tras un éxito feliz adquiere el vencedor. Sin ir mas lejos, tienes en mí un ejemplo elocuente de esas glorias pasajeras. Cuando á tu edad, fuerte y de pié sobre el bajel que sacudian las irritadas olas y los ímpetus del huracan; ya en medio de la borrasca; ya con la bocina en los labios, dominando el fragor del combate, mandaba el abordaje sobre la escuadra jenovesa, y entre ráfagas de metralla, y envuelto por el humo en densa nube como en inmenso sudario, sentia resonar en torno mio el estallido de las bombas, los crujidos del puente sobre el que rebotaban las balas que cortaban los mástiles como débiles cañas, y ese clamor inmenso que se levanta al cielo de en medio del estrépito de un combate naval; mi espíritu se remontaba en alas del entusiasmo á la altura tentadora donde Satanás llevó á Jesús para mostrarle su dilatado imperio. Ciego de orgullo, me creia grande y poderoso como un dios; imajinábame que los elementos con sus voces discordantes y terribles me saludaban como al jenio que preside las tempestades, que desencadena los furores del huracan; y mi sombra, que desde lo alto del alcázar de popa proyectaban en el mar los relámpagos de la bata-

lla, crecia ante mis ojos, hasta tocar el horizonte, cual la silueta inmensa de un jigante. Extravío! ilusion momentánea, que apenas dura lo que la espuma de las olas sobre las rocas en que aquellas se rompen! La calma sucede luego á la tempestad, el silencio al estrépito; lo que un dia fué fragor, y estruendo y rujido, apenas otro dia, y no distante, sólo es ténue murmurio; y pasan los años, y con ellos hasta el recuerdo de esas horas de fiebre y de embriaguez tenidas por inolvidables. El vigor juvenil desaparece; la cabeza, ántes erguida, se inclina abatida sobre el pecho; el orgullo flaquea; la vanidad misma que comienza por hablar bajo á nuestro oído, termina por callar; y el ruido que en el mundo produjo nuestro nombre, cuando le servian de eco los estampidos del cañon, cesa de oirse en absoluto, como se pierde á larga distancia el resónar violento de atronadora catarata, que de cerca nos aturde y que de lejos no se oye. Con mui pocas excepciones, la jeneralidad de estos afortunados de un instante, soles que apenas despiden un reflejo brillante para perderse luego en la profundidad de las sombras, vuelven cansados y sin ilusiones al punto de partida: la insignificancia primitiva; pagados tan solo con dos renglones escritos de lijero por mano indiferente, en el gran libro de la historia, que perezosamente abre sus pájinas á los hechos de aquellos que no tuvieron por norte en sus empresas una idea noble y jenerosa, y que felices se contarian aun si pudieran como yo, amparar bajo la ejida del amor y de la amistad, la parte del corazon que hemos salvado de las borrascas de las pasiones.

Mientras que así disertaba San Germano, la condesa habia levantado de nuevo la cabeza; y á pesar de la angustia y de la inquietud que alteraban su semblante, su hermosura se ostentaba más que nunca deslumbradora bajo el velo de tristeza extendido sobre sus pálidas facciones.

Leonora de San Germano era una de esas bellezas singulares que fascinan á primera vista, y que examinadas luego con detencion seducen hasta el punto de enardecer los sentidos. En ella no se sabia que admirar más, si la pureza de las líneas, que parecian copiadas de esas estátuas que Phidias y Praxiteles legaron á la posteridad, ó la gracia y el encanto del conjunto, en que á la voluptuosidad pagana iba hermanado el candor de las Madonnas de Rafael.

Con inquieta emocion prestaba atento oído á las frases sentenciosas que brotaban sin afectacion de los labios del anciano; al mismo tiempo que reanimaba con su mirada ardiente la postracion moral á que Güido se abandonaba.

—Y bien? preguntó San Germano, después de una larga pausa, en la que en vano habia esperado una respuesta de su preocupado sobrino. Nada tienes que observar á cuanto acabo de decir?

—Nada en realidad, contestó Güido suspirando, pero llegan tarde para mí vuestros consejos; mis aspiraciones han muerto; nada ambiciono ya.

—Mi pobre Güido exclamó San Germano visiblemente conmovido; el estado de tu espíritu me alarma sobremanera, y si no fuera que presiento que una pasion de amor, no satisfecha, es la causa de todo el desaliento que llevas en el alma,

yo no sabria que creer del cambio que últimamente se ha operado en tu carácter.

Güido se estremeció al oir revelada por los labios del conde, una parte de su secreto, y sin hallar una respuesta digna de la paternal solicitud de que era objeto, inclinó la frente sin contestar una palabra.

San Germano prosiguió :

—Pero casi no es posible concebir que haya una sola mujer que no te ame y que no se crea feliz al poseer tu corazon. No piensas como yo, Leonora?

Fué esta vez la condesa quien experimentó el profundo sacudimiento que poco antes habia conmovido á su amante; pero con más dominio sobre sí, como lo tienen de ordinario las mujeres en análogas circunstancias, se repuso con rapidez; y en vista del peligro que corria de descubrirse, si no se armaba de entereza, exclamó tratando de desviar la conversacion del punto peligroso en que se sostenia.

—No os preocupeis, señor; las amarguras de Güido son como los pesares de los niños, nubes pasajeras que á la menor brisa se disipan.

Güido la contempló con asombro.

—Defiéndete, defiéndete, exclamó San Germano, recuperando su primitivo buen humor, gracias al prestijio que tenia sobre su alma la voz arjentina de Leonora; y alegremente añadió después de breve pausa: confieso que me has pillado con ese tono elejíaco de que te sirves esta noche para disculpar el abandono en que nos tienes; pero á

Dios gracias, cuento con un aliado á quien no puedes engañar fácilmente.

—Si os he mortificado....

—Nada, amigo mio, dijo el conde interrumpiéndole; punto por esta vez al sentimentalismo. Hablemos de otra cosa, y sirviendo á su mustio convidado algunas confituras, añadió en el mismo tono de jovial agasajo:

—Vamos, á qué altura te encuentras de tus trabajos históricos sobre el ducado de Ferrara?

—Mui al principio todavía, y ya me siento cansado.

—Debilidad es esa, de que no debes vanagloriarte. No hai carga pesada para hombros robustos, ni empresa difícil para claras intelijencias y enérjicos corazones.

—Precisamente porque no poseo lo que para empresas semejantes se requiere, es que me abruma el desaliento.

—Supongo que no pretendes arrancarnos con esa afectada modestia, todo un capítulo de elojios?

—Líbreme Dios.

—Entonces, entremos en materia; por más que hayas desperdiciado el tiempo, habrás llegado por lo menos al siglo XVI.

—Absolutamente; apenas he bosquejado la peregrinacion á Roma de Alberto de Este, y algunas apreciaciones sobre su reinado.

—Entonces nada has adelantado; tres meses hace que no pasas de ese punto, y por quien soi! que no parece sino que tienes miedo de encontrarte cara á cara con Nicolas III, ó que temes verte seducido por el infortunio de Parisina, hasta el

extremo de no tener valor para tratarla con la severidad á que se hizo acreedora.

La condesa y Güido palidecieron; el nombre de Parisina pronunciado por San Germano, resonaba para ellos como la voz aterradora de un anatema.

—He carecido para entrar en esa época, de datos indispensables, contestó Güido venciendo con dificultad la turbacion que nuevamente se apoderó de su ánimo.

—Sin embargo, añadió San Germano, no faltan algunas crónicas de aquellos tiempos con las que pudieras ilustrar tu criterio.

—Verdad es que no faltan esas crónicas; pero las más, ó no son claras ó se contradicen entre sí.

—Exajeras, mi solícito historiador; lo que en verdad me sorprende, por ser la exajeracion contraria á tu carácter. Aunque lejos ya de nuestros dias, el fin trájico de la hija de Malatesta es uno de los episodios mas populares de nuestra historia patria; y tan es así, que yo mismo puedo narrarte esa triste aventura que sé desde la infancia, y que hasta hoi no han desmentido los cronistas de aquel tiempo, ni los posteriores al suceso.

—Oh! no os tomeis por hoi ese trabajo, exclamó Güido esforzándose por conservar su aparente serenidad.

—Cómo! te imajinas por ventura que cuando se trata de algo que debe interesarte, puedo callar sin faltar á mi deber? No lo creas. Además, continuó el conde dándose graciosamente los aires de un profundo erudito: quiero probar al poeta mi sobrino, que no carezco en absoluto de erudicion histórica. Dirás acaso que le rindo tributo á la

más necia vanidad? Sea: algunos cumplimientos debemos hacer de vez en cuando á esa vieja cortesana que solo se alimenta de requiebros.....

—Me abrumais.

—Déjate de exclamaciones. Nada mejor podemos hacer después de un dia tan ruidoso como el qué acabamos de pasar, que entregarnos al recuerdo de aquellos antiguos tiempos, casi olvidados del todo, y de cuya corrupcion apenas podrian darnos al presente una idea, aunque débil y mezquina, las torpes aventuras de ese marqués de Sforzzi, que el cónclave en mala hora nos envia: las de su inseparable coadjutor, el abate Borelo, y la de los cuatro ADLÁTERES que manejan: aturdidos y sensuales todos, como aquellos turbulentos señores de nuestra edad de hierro, que parecian haber venido al mundo con la mision expresa de revolver la sociedad con sus pasiones desordenadas, la espada siempre pronta para hacer correr la sangre. Así, pues, déjame que te cuente como Dios me ayude ese terrible episodio, que tu sabrás al trasmitirlo á tu vez, darle todo el colorido que tu pincel de artista encuentra siempre en la inagotable paleta de tu imajinacion.

San Germano hizo una pausa; Güido y Leonora cambiaron entre sí una mirada profunda que solo á sus ajitados corazones les era dado interpretar; y sin hallar como explicarse la insistencia del conde en aquel símil que sin querer establecia, entre el amor culpable de Parisina y el que ellos ocultaban en el fondo del alma, esperaron inquietos el término fatal de la historia prometida.

—Nicolás, prosigió San Germano, bastardo lejitimado de Alberto, que á su vez fué uno de los diez hijos naturales de Obizzon III y de Filippa Ariosto, ó de la bella Lippa, como plugo calificarla al poeta del mismo nombre, al cual envanecia tan ilustre parentezco, fué un príncipe terrible á quien las contiendas dinásticas siempre permanentes entre los miembros de la familia Este, dieron sobrado campo para poner de relieve la ferocidad de su carácter y los odios reconcentrados en una alma desapiadada.

—Pero que diablos! exclamó el conde interrumpiéndose, teneis ambos los ojos tan abiertos que espantan! Es que temeis por ventura, ver surjir de debajo de la mesa la sombra airada de Nicolás III?

—Líbrenos Dios, murmuró la condesa estremeciéndose.

—La sorpresa no seria pequeña, añadió Güido esforzándose por sonreirse.

—Pues te aseguro, volvió á decir San Germano dirijiéndose á este, que tus ojos espantados van á darle pesadilla á mi pobre Leonora, no acostumbrada á tan terríficas manisfestaciones.

La condesa quiso contestar algo para calmar á su marido, pero le faltó aliento.

El conde continuó; mas esta vez exaltándose sin de ello darse cuenta, á medida que el trájico suceso que narraba se hacia más odioso á su alma.

—Nicolás, como no lo ignoras, casó en segundas nupcias con una hija de Malatesta, señor de Rímini; jóven hermosa y seductora, al decir de sus contemporáneos; la cual apareció en la corte de

Ferrara, por entonces sombría y cautelosa, como una estrella de vivos resplandores en medio de la oscuridad de una noche profunda. Parisina fué la luz, la inspiracion, el alma que reanimó y dió vida á aquella corte tenebrosa; en poco tiempo ganó la estimacion y el afecto de cuantos la rodeaban; fiestas y regocijos se sucedieron en su obsequio; el mismo Nicolás, de terrible que era, se hizo tierno para agradarla, y todos los prestijios que pueden embriagar el corazon de una mujer jóven y apasionada, mecieron blandamente la existencia de Parisina. La felicidad la sonreia; la vida no tenia para ella sino auroras de rosa, porque sus bellos ojos no habian derramado aun sino aquellas lágrimas sin amargura, que no dejan surco en las mejillas, ni marchitan las puras venturanzas del alma. Presajios afortunados la prometian un porvenir sereno; y perdurable hubiera sido su felicidad, sin la hora triste, que cual sombra fatídica, apareció en el cielo de tan inefables encantos. En medio de aquellos castos goces en que hasta entonces se habia deleitado su alma, los ojos de Parisina se fijaron un dia en la mirada ardiente y apasionada que, como destellos de un amor impetuoso, brotaban de las negras pupilas de uno de los bastardos de Nicolás III. Como Phedra, Parisina sintió palpitar su corazon con las tempestuosas manifestaciones de un amor violento y criminal; y sin virtud para ahogar en su seno aquel afecto impuro, se abandonó á la ardiente sensualidad de Hugo, quien, aturdido y sin freno como todos los de su raza, hizo traicion á sus deberes de hijo, asi como ella violaba los

juramentos de esposa; y ambos á la vez rompieron para siempre los sagrados lazos que no era dado desatar sino á sus almas pervertidas. Pero ay! el castigo de falta tan grave, como bochornosa, no se hizo esperar. Por más oculto que el crímen se deslice, deja una huella que lo vende, alerta ojos que lo siguen sin perderlo de vista en su marcha tenebrosa, y provoca delaciones que un dia se dejan oir con acento terrible. Ese dia llegó; dia de luto y de sangre: la adúltera implora de rodillas el perdon de su crímen sobre el cadáver ya mutilado de su cómplice: vana plegaria; la justicia humana la habia condenado como criminal; el suplicio esperaba á la culpable.

—Oh! era inocente, era inocente! exclamó Güido sin poder dominar su exaltacion.

—Eso lo sabe Dios! replicó San Germano con severidad; y golpeando la mesa con el puño cerrado, añadió con voz sorda:

—El hacha levantada por el verdugo, cayó mordiendo el tajo con su afilado diente, y la cabeza de Parisina, inocente ó culpable, rodó sangrienta y palpitante.

Un grito terrible, grito de horror y desesperacion, se le escapó á la condesa, y como herida por el rayo, cayó sin sentido sobre el respaldo del sillon que ocupaba.

Güido quedó atónito.

—Qué acontece? qué tienes? exclamó alarmado San Germano apresurándose á dar auxilio á su esposa. Leonora! mi pobre Leonora! Qué te pasa? habla, dime?.....

—Ah! no es un sueño.... murmuró la condesa

aspirando el pomo de sales que la mano trémula del conde le aplicaba. He creído morir.... morir como ella.... como ella, Dios mio!

—Confieso que he sido un insensato, un monstruo, decia y volvia á repetir San Germano sin fijarse en las traidoras expansiones de aquel corazon desgarrado, y tratando por todos los medios que se le ocurrian de reanimar á su esposa: pobre amiga, añadia, perdóname aunque no lo merezco; y culpa más que á mí de lo que sufres, á este tonto de Güido que me ha inducido á relatar tan espantosa historia.

—Vive, vive.... volvió á decir Leonora, pero esta vez con extraña exaltacion; y abriendo los ojos inundados de lágrimas, lanzó á Güido una mirada que le bastó para reconocer la inminencia del peligro que corrian, y la necesidad en que se hallaban de poner término á tan embarazosa situacion.

—No ha sido nada, exclamó incorporándose; un accidente que me viene amagando desde esta mañana, y del que un poco de reposo me repondrá enteramente.

Y sin mas auxiliar en que apoyarse, que en la propia inspiracion, la condesa hizo un esfuerzo para dominar su espíritu abatido; y dejando caer una pulsera como por efecto de la casualidad, se puso de pié resueltamente.

—Vas á retirarte? preguntó San Germano con afectuosa solicitud.

—Si me lo permitís?

—Cómo no, cómo no; el sueño es el remedio contra las exaltaciones nerviosas.

Y mientras que el conde se inclinaba para recojer la pulsera que habia rodado sobre el pavimento, Leonora estrechó con ternura la mano helada que Güido le tendia; y más que con la voz, con el aliento, le dijo con rapidez:

—Quiero verte, quiero hablarte sin testigos una vez esta noche; después nos separaremos para siempre.

Y saludando á San Germano, desapareció detrás de las cortinas de la inmediata galería, como se desvanecen los vaporosos fantasmas que en sus delirios forja la imajinacion.

El conde la acompañó hasta la puerta del comedor; y volviéndose á Güido, que á su vez se disponia á retirarse, exclamó deteniéndolo:

—Amigo mio, no puedo negarlo; soi feliz, pero la felicidad aun no me ha hecho egoísta. Esa tristeza cuya razon me ocultas, me hace daño.

—No os preocupeis por ello, contestó Güido, creo haber encontrado el medio de desterrarla de mi alma.

—Y por qué no lo pones en práctica al momento?

—El primer paso está dado; y Güido hizo un esfuerzo para terminar la frase que brotó de sus labios como un alarido: mañana dejo á Ferrara para siempre.

—Cómo! exclamó San Germano sorprendido, partes mañana sin habernos prevenido antes? sin decirme á dónde vas? y es así, con esa calma, que me lo participas á estas horas? Yo no te creia ingrato, pero te aseguro que semejante proceder..

—Oh! no soi ingrato, no lo creais nunca, nunca,

exclamó Guido abandonandose á su pesar á todas lás visibles manifestaciones del dolor y de la del sesperacion. Un deber imperioso, sagrado, ineludible, me obliga con la fuerza de un mandato del cielo á abandonar esta tierra para siempre.

—Es posible!!!

—No me pidais explicaciones, no me exijais que os revele mi secreto; dejadme huir y olvidadme si podeis.

—Pobre alma, exclamó San Germano enternecido. Y enjugando dos lágrimas que corrian por sus mejillas, añadió tratando de ocultar tan manifiesta debilidad: tranquilízate; tu corazon da bandazos sin concierto como un barco sin timon. A qué aflijirse? yo no quiero saber la causa de tu partida; guarda para ti ese secreto; pero ya que es forzoso abandonar á Ferrara, hagásmolo juntos.....

—Qué decís! exclamó Guido interrumpiéndolo.

—Lo que oyes; estoi seguro de que Leonora no se opondrá á hacernos compañía. Nos fijaremos en Francia, en Alemania, donde tu elijas, que para mí la patria será siempre el país en que tú y mi Leonora puedan vivir á mi lado.

—Oh! exclamó Guido, aturdido por tanta ceguedad como afecto. Eso es imposible, imposible!

—Repite esa palabra cuantas veces se te ocurra; pero no hablemos mas del caso, contestó el conde, y tendiéndole la mano añadió con tranquila y firme resolucion: mañana partiremos y no ha de ser el cielo el que lo impida.

Luego, con paso lento se dirijió á su habitacion dejando á Guido atónito.

Largo rato trascurrió sin que este hiciera un solo movimiento, ni dejara notar en su fisonomía una sola manifestacion que no fuera la de un dolor intenso sin esperanza de consuelo.

Los minutos se sucedieron, el péndulo que colgaba de una de las paredes del comedor dió las once. Su agudo tímbre debió herir de una manera extraña los oídos de Güido, porque abriendo los ojos con espanto y volviendo á todos lados su mirada extraviada, exclamó como enajenado dirijiéndose apresuradamente á la inmediata galería para ganar la escalera:

—El cielo me ha cerrado sus puertas, y, maldito por Dios, sólo me esperan los tormentos del infierno.

—No! te engañas, exclamó una voz interrumpiéndole, si para álguien el cielo estará siempre abierto, es para tí, mi pobre Güido.

—Leonora! exclamó el jóven retrocediendo.

—Silencio, murmuró á su oído la condesa.

Y sin que Salvi pudiera darse cuenta de cuanto le pasaba, se encontró en el apasento de Leonora, á donde jamás se habia permido penetrar.

IX.

SOMBRAS.

Profundamente conmovido por los extraños incidentes de aquella íntima velada, San Germano se dirijió á su aposento, sintiendo por la primera vez después de muchos años de imperturbable calma, una inquietud inexplicable en el ánimo, y algo, semejante á una mano de plomo, pesar sobre su corazon.

Las habitaciones del conde, así como las de su esposa, estaban situadas en el cuerpo principal del palacio, pero separadas entre sí por el paréntesis de una antecámara, cuyos balcones como los de ambas habitaciones, daban á la misma calle.

Sin pensar en desvestirse, el conde se dejó caer en un sillon apenas llegó á su aposento; y por algunos minutos permaneció absorto en muda y concentrada meditacion.

—Pobre Güido! exclamó luego suspirando, cuánto debe sufrir! Pero por qué guardar conmigo tal reserva? no he merecido siempre su confianza?

Y poniéndose de pié se acercó á la cabecera de la cama, tiró del cordon de una campanilla y comenzó á recorrer el aposento del uno al otro extremo, hablando siempre en alta voz, pero con acento dolorido:

—Mi cabeza se pierde en conjeturas. Qué puede motivar en él tanto abatimiento y tal congoja? Qué misterio es ese tan profundo que no se atreve á revelar? En fin, ya que se niega esta vez á confiarme sus secretos, lo que casi me parece una ingratitud, respetemos su silencio que de seguro se lo impone un noble sentimiento.

—Ya estaba en el tercer sueño, dijo cortando la palabra á San Germano, un vejete soñoliento, que abriendo suavemente la puerta entró restregándose los ojos y rascándose la cabeza.

—Te he incomodado, Martino, dijo el conde volviéndose al viejo dormilon, que entre otras funciones, hacia mas de medio siglo que desempeñaba el honorable cargo de mayordomo del palacio; porque es necesario que te apresures á hacer esta misma noche mi equipaje y á prepararlo todo para partir mañana.

—Para partir mañana? repitió Martino abriendo tamaños ojos.

—Si á ello no se opone la condesa, contestó San Germano, mañana dejamos á Ferrara; alístate á tu vez porque partes conmigo; ahora dame

un pedazo de papel para pedir algun dinero á mi banquero.

—Es cosa decidida?

—Decidida, si á ello como ya te lo he dicho no se opone la condesa.

—Y á donde vamos, señor conde, ó mejor dicho, á donde me llevais, si no es una impertinencia de mi parte tratar de averiguarlo?

—No lo sé, amigo mio.

—No lo sabeis! exclamó el criado con extrañeza y como dudando de haber oído bien.

—No.

—Hé aquí pués, una de esas cosas que yo nunca he podido comprender, dijo asombrado Martino, y por las que mas de una vez me habeis llamado cabeza dura, gruñon, empecinado, mala....

—Sí, sí; ya entiendo, y todo lo demás que Dios permita que no se te ocurra repetir, dijo el conde con impaciencia, cortando al viejo la palabra. Sinembargo, esta vez no habria razon para calificarte tan duramente.

—Pues señor, de mal en peor; no comprendo como es posible que....

—Ya comprenderás, mi viejo amigo, cuando sepas, si te lo dejas decir, que Güido parte mañana y que nosotros le seguimos.

—Pero el señorito sabrá al menos donde ya, que de lo contrario se me desvanece la cabeza y me dan calofríos de pensar que vamos á no se que parte, ni por no se que camino, ni á no se qué....

—En ese punto lo creo tan adelantado como tú, agregó San Germano con benevolencia é impidiendo á Martino dar soltura á la lengua; pero

no te inquietes por eso, ya en el camino, lo menos difícil será elejir donde llegar.

—Sin embargo.....

—Oh! no insistas; dame recado de escribir.

Y sentándose junto á una mesa, á la que Martino se apresuró á traer lo que le habian exijido, San Germano volvió á caer de nuevo en su interrumpida preocupacion, olvidando completamente la presencia del criado; mientras que éste á su vez, conteniendo á duras penas los ímpetus de su charlatanismo, se desahogaba haciendo muecas y jesticulaciones, como quien sostiene consigo mismo ó con invisible interlocutor acalorada discusion.

—En realidad, decia el conde cavilando en voz alta, la conducta de Güido, de dos años acá, ha debido impresionarme antes de ahora. Su carácter se ha modificado; hace tiempo que no le veo reir, lo que es tanto mas extraño, cuanto que era tan festivo antes, como hoi se muestra reservado é hipocondriaco. Qué causa puede haber cambiado de esa manera su bella índole y las francas expansiones de su alma? Por qué no hacer uso del crédito ilimitado que le he abierto en casa de mis banqueros? Ayer.... sí, ayer nada menos, me decia Fiori asombrado, que hace dos años que Güido no toma un ducado de la caja de su banco. Esto es incomprensible; casi es esa la misma fecha que hace vino á Ferrara, después de terminar sus estudios y de dar punto á sus viajes. De donde diablos puede provenir tan exajerada delicadeza? habrá creído, porque me encontró casado cuando vino, que no tenia derecho como antes, á

todo lo que es mio? no sabe por ventura, tambien como yo lo sé, que soi suficientemente rico para los dos? no he sido para con él un verdadero padre? Todo esto no pasa de ser una solemne tontería. Pero vamos, añadió escribiendo algunas líneas, no podrá rechazar sin tener antes conmigo una seria explicacion, esta letra de cuarenta mil francos que le haré entregar mañana.

—Realmente, señor conde, exclamó Martino, sin poder dominar por mas tiempo la lengua, ha meses que vengo notando triste al señorito.

—Tú tambien lo has notado?

—Cómo no, si eso se deja comprender al primer golpe; esta noche por ejemplo, cuando le vi entrar al palacio, corrí á la escalera para saludarlo y reñirle á la vez por su larga ausencia de esta casa; pero en vano le hice cortesías y amonestaciones y agasajos; perdí todo mi latin: ni siquiera se dignó contestarme, y eso, que ya sabeis el cariño que le tengo desde que era pequeñito, y las pruebas de afecto que le he dado, y los sudores que me ha hecho pasar, y lo que mis pobres piernas han sufrido corriendo tras él por el jardin, y la muerte de mi cotorra del Brasil ahogada en el estanque, y mis reliquias de la Tierra Santa que enterró para santificar el huerto, y....

—Sé todo eso, Martino, dijo el conde con benevolencia é interrumpiendo al viejo charlador: pero ni tú ni yó sabemos hasta ahora la causa de su tristeza.

—Perdonad, señor conde, yo sé que....

—Basta, bien! tú lo sabes todo y no sabes nada.

—Pero es.... insistió el viejo.

—Qué?

—Que me duele ver triste al señorito.

—Tienes razon, á mí me sucede otro tanto. Yo habria deseado que nos hubiera salido mas calavera, aunque sus locuras le hubieran inducido á derrochar mi fortuna. Pero no debe uno quejarse: lo que Dios ha hecho, está bien hecho, agregó levantándose; y si son simples caprichos y necias preocupaciones las que hoi le perturban, dia vendrá en que todo se aclare, y entonces á cara descubierta habrá oportunidad para reñirle.

El conde despidió á Martino, quien en vano insistia por dar suelta á la lengua, y que, corrido, salió gruñendo como un perro regañon; luego escribió algunas cartas, volvió á pasearse de nuevo preocupado, y sin poder tranquilizar su espíritu, se dirijió á uno de los balcones para aspirar el aire fresco de la noche.

Al abrir el balcon, San Germano notó con extrañeza que uno de los vidrios habia sido roto como por la accion de un proyectil lanzado desde la calle, pero sin dar mayor importancia á este accidente, que la que á primera vista pudiera merecer, fué á apoyarse de codos en la torneada balaustrada, y sus miradas se perdieron en la oscuridad de aquella noche negra y profunda, como la boca inmensa de un antro misterioso.

A medida que el conde recibia las aromadas emanaciones de los jardines cercanos, que una brisa sutil ajitaba con sus lijeras alas; sus ojos vagaban inciertos en medio de aquel piélago de sombras, donde nada resaltaba, donde no lucia un solo rastro luminoso, donde todo parecia

haberse fundido en las tinieblas, y donde no se producia una sola manifestacion que no fuera la del quietismo mas absoluto, unido á la oscuridad mas completa. En el cielo, ni una pálida estrella, ni siquiera una nube aplomada: todo negro crespon. En la tierra, ni una fosforescencia, ni matiz alguno que pudiera revelar la vida: todo sombras. El reflejo mismo de la bujía que ardia en el aposento, no alcanzaba á la calle, detenido como estaba por la espesa pantalla de las cortinas. Las sombras vencedoras extendian por doquiera su inmenso manto fúnebre.

En vano trató San Germano de habituar sus pupilas á aquel indeciso y profundo horizonte, que se extendia ante ellas como la eternidad, sin principio ni fin; que atraia sus miradas con la vertijinosa atraccion del abismo; y que despertaba en su alma una de esas misteriosas inquietudes, especie de alucinaciones supersticiosas, que á veces traducimos por funestos presentimientos. Después de larga lucha entre sus ojos y la inmensidad de aquel pavoroso y aparente vacío, el conde se disponia á dejar el balcon, abrumado como estaba con el peso de sus propios pesares, y por la contemplacion de tan triste espectáculo; cuando á falta de luz, oyó en la calle pasos que se acercaban, y que al fin se detuvieron bajo los balcones del aposento de la condesa.

Un reloj lejano dejó oir, en aquel momento, algunas confusas campanadas que se perdieron sin eco en la lóbrega quietud de la noche; y casi al mismo tiempo, y en la direccion en que los pasos

se habian detenido, chispeó un pedernal con intérvalos repetidos hasta encender una pajuela que brilló cual rojo meteoro en medio de la oscuridad, y á cuya luz mezquina divisó San Germano dos hombres embosados, que consultaban en un reloj de bolsillo la hora que habia sonado á lo lejos. Luego las sombras se tragaron la débil luz de la pajuela, y todo volvió de nuevo á las tinieblas.

Una viva inquietud se opoderó del conde; la escena de que habia sido testigo, aunque sencilla de por sí, dejó en su imajinacion un rastro fantástico difícil de borrar. Repentinamente recordó el vidrio roto del balcon, como tratando de relacionar aquel extraño accidente, con la presencia de aquellos desconocidos que se habian detenido bajo los balcones del aposento de Leonora; y doblemente preocupado, se esforzaba en penetrar la oscuridad, cuando un murmullo semejante al de una voz que se cuida de no dejarse oir, llegó confusamente á sus oídos. San Germano redobló la atencion sin alcansar á percibir de una manera intelijible lo que tan misteriosos interlocutores platicaban en la calle, é inmóvil, y conteniendo la respiracion, como si estuviera próximo á descubrir un secreto que anhelaba saber, permaneció en el balcon presa el alma de indecible emocion.

Los dos embosados por su parte, no creyéndose espiados, ni menos descubiertos, en una noche como aquella, tan propicia al misterio, se habian acercado á la fachada del palacio, y en voz baja pero clara, aunque no tanto como para llegar hasta

el conde, dijo aquel de los dos que parecia tener mayor autoridad:

—Despachémonos. La carta está ya adentro?

—Sí, monseñor.

—Tienes seguridad completa?

—La piedra á que iba atada, subió como estaba convenido, rompió los vidrios que oí estallar claramente, y no volvió á caer.

—Está bien. Cómo se hace ahora la ascension?

—De la manera mas cómoda que os podeis imajinar, señor abate. Cómo ya lo he practicado por via de ensayo, trepo ayudándome en estas gruesar molduras, que no parece sino que fueron hechas con el laudable objeto de permitir escalar fácilmente los balcones de este palacio. Dios tenga en su santa gracia á tan injenioso arquitecto.

—Sé que has trepado por esa pared como si fueras un lagarto, y que volverás á subir sin dificultad; mas por lo que á mí hace....

—Notad, excelencia, que los balcones no son altos; apenas si se elevan veinticinco palmos del suelo.

—Ya lo veo, agregó Borelo tratando de medir con los ojos la distancia indicada; ¿pero cómo diablos te imajinas que puedo yo subir?

—Descuidad, que eso corre de mi cuenta.

—A menos que no quieras poner á prueba mi ajilidad, y en peligro mi futura grandeza, no se me ocurre, cómo podrás vencer esa dificultad á que mis piernas, y sobre todo mis manos, añadió el abate acariciándoselas, se resisten desde luego.

—Monseñor va á salir de la duda, dijo Maese

Carpinetto, sacando de debajo de la capa un paquete de cuerdas que presentó al abate con ademan de triunfo.

—Esperaba que se te hubiera ocurrido algo semejante, contestó Borelo; pero te advierto que no expondré mis pobres manos, á trepar como las de saltimbanquis, por una cuerda semejante.

—Reparad que no es una simple cuerda lo que os ofrezco, contestó el tabernero, sino una escala en toda regla, sólida y cómoda, como para trepar los mismos ánjeles al cielo, si no tuvieran alas.

—Confieso que eres un prodijio de injenio, mi querido Carpinetto, exclamó Borelo examinando la escala: no hai más que desear.

—Ahora, señor abate, agregó el tabernero, hacemos la siguiente operacion. Yo subo como ya os lo he explicado, apoyándome en las molduras de la pared; ato en los hierros del balcon uno de los extremos de la escala; bajo por ella para ganar tiempo, y entonces sostengo el extremo flotante, para que suba vuestra señoría con más comodidad.

—Convenido: se hará como lo dices, dijo Borelo frotándose las manos con nerviosa alegría; pero dime antes de ascender á mi palco: estarán ya los actores en escena?

—Hace un cuarto de hora que se oye platicar tiernamente detrás de esas cortinas.

—Entonces, manos á la obra, mi carísimo Carpinetto. Cuida de no romperte la crisma, y ya tendrás para reir por todo el resto de tu vida.

—Nó hai cuidado, monseñor, el camino del cielo se me ha hecho familiar.

Y tomando en los dientes uno de los extremos de la escala, Maese Carpinetto se disponia á trepar por las molduras, cuando de improviso se sintió agarrado por el cuello con violenta rudeza.

—Qué acontece? exclamó el tabernero sorprendido.

—Espera un momento, dijo Borelo con voz sorda y sujetando siempre á Carpinetto.

—Falta alguna precaucion por tomar, excelencia?

—No, contestó secamente Borelo; pero espera.

Y acaso por la primera vez, la frente del abate se inclinó pensativa, y del fondo de aquel corazon empedernido por el libertinaje hasta adquirir con la dureza del granito, la frialdad del témpano de hielo, brotó un relámpago de sensibilidad que, mas que un destello de la conciencia, fué la postrera manifestacion de la hidalguía de la sangre al rebelarse contra aquel cobarde proceder. Pero este rayo luminoso, esta chispa brillante, duró apenas un momento: el alma pervertida del abate volvió de nuevo á las tinieblas, en que para siempre habia de estar sumida; Borelo irgió de nuevo la cabeza, y arrojando un formidable juramento, apuntalado entre las ásperas cadencias de una risa satánica y burlona, exclamó indignado contra sí mismo:

—Que se desplome el cielo y caiga si le place.

—Temeis, señor abate, que no sea fuerte la escala? preguntó Carpinetto.

—Yo nada temo, nada, exclamó Borelo con amenazante entonacion.

—Entonces?.... agregó el tabernero.

—Arriba..... y que el diablo cargue contigo.

—Descuidad, monseñor, lo que es á él no le temo, dijo Carpinetto trepando con asombrosa ajilidad por las molduras de la pared; y no le temo, desde que tuve la fortuna de colocarme bajo vuestro patrocinio.

Por toda respuesta, Borelo hizo chispear de nuevo el pedernal y encendió la pajuela, para dar á sus ojos el curioso espectáculo de las acrobáticas contorsiones que ponia en juego el tabernero para escalar el balcon.

Y el jigantesco lagarto fué ascendiendo lentamente, con gran satisfaccion de parte del abate, y grande asombro de parte de San Germano, quien, dudando de sus ojos, quedó por algunos instantes como petrificado.

X.

FATALIDAD.

Mientras acontecia en las habitaciones de San Germano y bajo los balcones del palacio, cuanto acabamos de referir, una escena completamente opuesta á aquellas, y que podria estimarse como la verdadera antítesis de las ya bosquejadas, tenia lugar en el aposento de la condesa.

Dos almas embriagadas de amor y de felicidad, olvidaban en medio de los arrebatos de su mutua ternura, la lei inexorable que pesaba sobre ellas: la que en breve habria de separarlas, y que en dolor acerbo y desesperacion, vendria á trocar la suprema expansion de sus afectos, la dulce venturanza de aquel divino éxtasis, alcanzado por el amor sobre el duelo del corazon.

¡¡Cuántos arcanos encierra el corazon de hombre!! qué fuerza oculta, qué dualidad misteriosa se desarrolla en él para sentir; para sentir á ve-

ces, inundados los ojos de lágrimas amargas, trasportamientos de infinita ventura, que ganan en intensidad lo que aparentemente menguan las manifestaciones del sufrimiento.

¡¡Dolor!! por mas negro que seas, por mas hondo que puedas herir el corazon, tu poder no avasalla jamás en absoluto esa íntima aspiracion á Dios, que es la esperanza; y que cual luz inestinguible alienta á los infortunados, quienes del seno mismo de sus profundas congojas, ven despuntar radiante la aurora de la inmortalidad.

Enlazados en casto y convulsivo abrazo la condesa y su amante, unian á sus lágrimas, caricias llenas de ternura, juramentos de fidelidad, y consoladoras esperanzas cifradas en el mas allá de la existencia.

El amor con sus ímpetus apasionados, parecia haber borrado de sus almas, con el recuerdo de todos los dolores hasta entonces sufridos, la pena aun mas amarga por que habian de pasar.

Pero cuán rápidos se deslizan los instantes en que la felicidad nos acaricia con su aliento embalsamado! qué cortos parecen los momentos en que nuestras almas desprendidas de los lazos terrenales ascienden, como en alas de jenios invisibles, á esas rejiones venturosas de los dulces arrobamientos, y de las inefables expansiones!

Apenas para aquellas dos almas, esos instantes duraron lo que dura un suspiro en exhalarse; lo que una pulsacion del corazon, en suceder á otra, de las del mesurado ritmo de lo latidos invisibles.

Como el verdugo en demanda de la víctima, el recuerdo del infortunio vino de súbito á la me-

moria de Leonora á cortar de raiz aquellas plácidas emociones de su alma enamorada. Un grito desgarrador se escapó á la condesa, y desprendiéndose de los brazos de Güido, exclamó fuera de sí:

—¡Qué horrible fatalidad, Dios mio! Qué sueño! Qué despertar! Güido, mi adorado Güido! por qué nacimos, si estaba prohibido á nuestras almas reconocerse como hermanas y amarse como esposas. Ah! prosigió la condesa sollosando, y no sernos permitido ni aun siquiera morir juntos! Si nuestra existencia hasta hoi ha sido un sueño, de hoi en adelante no será sino eterno suplicio.

—Oh! tú no debes morir, tú no te perteneces, exclamó Güido con profunda amargura; deja á mí solo la expiacion, que contigo, ánjel de amor y de virtud, será clemente el cielo

—No, esa clemencia seria para mí el mayor de los castigos.

—Que sufrirás siendo inocente? cuando el verdadero culpable he sido yo? Yo que te he arrastrado á la desesperacion, después de haberte robado á la ventura eterna á que estabas destinada.

—No, Güido, no blasfemes así de nuestro amor; no mancillés con recriminaciones, hijas solo del despecho, el altar que levantaste en mi alma, y en el que eres adorado como un dios.

—Leonora, esa soblime ternura acrecienta los remordimientos que me devoran; yo daria toda mi sangre por enjugar una sola de esas lágrimas que te arranca el dolor.

—Y en cambio, amigo mio, yo las bendigo y no de ahora. Cuando tus ojos incendiaron mi alma

y fué tuya toda entera, no se me ocultaron, ni en el primer momento, las hondas pesadumbres que un dia, por nuestro amor tendria que padecer; y de antemano bendije las lágrimas que por ti pudiera derramar, como hoi bendigo el acerbo dolor que experimento.

—Exajeras para consolarme.

—Te engañas; si en cambio de una de esas horas de inefables dulzuras, en qué juntos hemos soñado con un cielo vedado á nuestras almas, me ofrecieran de nuevo los tormentos que sufro, y aun mayores, si es posible que existan; yo correria á abrazarlos, y destrozado luego el corazon por ellos, te diria como ahora: los amo y los bendigo porque vinieron de tu amor.

—Calla, no hables así que vas á enloquecerme. Mi espíritu se abrasa en las llamas de un infierno que forman en mi alma mil pasiones opuestas y encontradas. Siento la voz del egoísmo gritar más alto que el reclamo de la conciencia. Leonora! no creo tener ya fuerzas para abandonarte. Y por qué abandonarte? exclamó Güido con enérjica y despechada resolucion; ¿no eres mia como mi propio corazon? puedo acaso arrancarmelo del pecho y destrozarlo sin pasar por un mónstruo abominable? No; nada es capaz de autorizarlo; no hai una lei tan bárbara que nos condene al suicidio.

—Qué pretendes entonces? exclamó alarmada la condesa.

—Puedo saberlo? puedo preveer lo qué el destino nos haya reservado? Leonora, Leonora mia! Vivir léjos de ti es un suplicio al que mi alma se

resisté indignada. Mentir, engañar, hacer traicion á mis deberes, sufocar el clamor de la conciencia, arrastrarme en el fango de la ignominia, y con esas faltas, todas las miserias y todos los crímenes que de ellas se derivan, y que hasta hoi he rechazado con la entereza de la virtud, me parecen mas fáciles de realizar en este instante, que el decirte para siempre adios.

—Güido! no erés tu quien me habla! exclamó la condesa asombrada. Tu razon se extravía; lo que pretendes es horrible. Yo no te amaria así..... pero no, miento, miento, añadió Leonora ahogada por el llanto. Hasta envilecido, mi alma no sabria sino amarte; pero serias tú entonces quien no podrias amar á quien así te amase.

—Entonces.... á morir! dijo Güido con acento sombrío.

—Ah! lo habia olvidado, tornó á exclamar Leonora palideciendo de terror.

—No me queda otro camino.

—Oh! no lo repitas si no quieres que muera de desesperacion. Ese duelo es imposible; tú no puedes batirte, por que no tienes derecho á exponer una vida que no te pertenece. Separémonos, Güido, huye de mí, aléjate, pero vive, vive para yo vivir. La idea de la muerte me aterra, sus misterios me espantan; sólo á tu lado y arrojando en tu seno el último suspiro, tendria valor para esperarla con resignacion. Pero sola, abandonada, sin tu presencia que me dé valor, es horrible, espantosa. Ten piedad de tu pobre Leonora.

(8).—IMPRENTA FEDERAL.

Y por sus pálidas mejillas corrieron nuvas lágrimas.

—Mi honor está empeñado, contestó Güido esquivando el poder fascinador de aquellas lágrimas que surcaban el rostro de su amada.

—Di mas bien que te ciega el orgullo.

—Leonora.....

—Y que á él me sacrificas sin compasion y sin remordimiento.

—Piedad; mi cabeza se incendia; mi corazon va á estallar en pedazos. ¡Qué tormento y qué lucha tan horrible!

—Es demasiado tentar á Dios, amigo mio; no insistamos en esa via de culpables extravíos. Seamos fuertes hasta cumplir el sacrificio que nos hemos impuesto; que nuevos remordimientos no turben de hoi en más la serenidad de nuestras almas depuradas por el martirio. Como última gracia al amor inmenso que rebosa en mi sér, concédeme tu vida; sé jeneroso, desoye los reclamos de un orgullo insensato, piensa en mi tranquilidad, y no agregues nuevas penas á quien vive con tu vida y siente con tu alma. La separacion para nosotros no es un obstáculo á la felicidad; si nuestros cuerpos van á estar separados, nuestras almas, por el contrario, vivirán siempre juntas; los ensueños del espíritu llenarán el vacío de las largas horas de la ausencia, la esperanza alimentará constantemente nuestros corazones, y puede que llegue un dia, en que, apiadado el Señor, de nuestras amarguras, nos sea lícito acercarnos de nuevo, para no separarnos jamás.

—Eres un ánjel de resignacion, mi adorada Leonora, pero mi suerte está ya decidida.

—Cruel!

—Pérdóname! perdóname! No sé lo que digo ni menos lo que pienso; mi razon vacila, estoi loco: sí, loco, pero no hasta el punto de dejar de comprender, que de ese duelo que te esfuerzas en impedir, depende tu futura tranquilidad. Sforzzi conoce nuestro secreto; ese secreto que no nos habria arrancado la tortura, y que hoi va á divulgarse si no logro que el marqués enmudezca para siempre.

—Oh! no hablará; mi corazon me dice que él tendrá piedad de nuestras penas.

—Te engañas! Él se vengará de tus desdenes condenándote á la deshonra. Y puedo tolerarlo? exclamó Güido indignado con tal suposicion. Imposible! Ese hombre debe callar, ó yo morir.

—No, no lo repitas; por tu vida no hai sacrificio á que no esté dispuesta; deja que me calumnie, que arrastre mi nombre por el fango.....

—Deliras, Leonora, exclamó Güido interrumpiéndola; yo seria un miserable si permitiera semejante posibilidad. Ese hombre habrá muerto mañana. Así podrás esperar el porvenir, si no tranquila, por lo menos resignada; de lo contrario tu misma tendrias derecho para maldecirme y rechazarme de tu lado como indigno de tu amor. Adios!

—Júrame antes que no te batirás, exclamó la condesa poseída de violenta desesperacion.

—Tu honra reclama lo contrario, de lo que piden tus labios.

—Mi honra?

—Sí.

—Oh! yo la desprecio y la maldigo si ha de costarte la existencia.

—Leonora, no piensas lo que dices; el nombre que llevas es sagrado para mí, y por no verlo escarnecido, seria capaz de todos los sacrificios y aun de todos los crímenes.

—Comprendo que tú sientas así, exclamó la condesa en el paroxismo del dolor; pero yo no puedo conformarme con la idea de que puedes morir en ese duelo. Piensa que me volveria loca; que en el extravío de mi razon le diria al conde lo que hasta hoi le hemos ocultado, y que para no dejarme en el porvenir una sola esperanza de sociego, me calumniaria hasta gritar ante mis padres: despreciad á vuestra hija, por que está deshonrada.

—Callaos, desdichada!! exclamó San Germano arrojando un alarido desgarrador desde la inmediata estancia, á tiempo que un cuerpo pesado golpeaba la puerta del aposento de la condesa.

Leonora lanzó un grito de supremo terror; y trémula de espanto fué á caer en los brazos de Güido, yerto y atónito á su vez, cual si un rayo lo hubiera anonadado.

—Abrid, señora, abrid! prosiguió San Germano con acento terrible, sacudiendo la puerta con violencia.

Pero como si realmente el terror los hubiera convertido en estátuas, ni Leonora ni Güido hicieron un movimiento que traicionase alguna vida en el fondo de sus corazones paralizados; y con los ojos fijos é inmóviles en aquella puerta que

aún los separaba de la última vergüenza y de la justa venganza de San Germano, oyeron de nuevo la voz ahogada del conde que repetia golpeando la puerta con los piés y las manos:

—Abrid, abrid, señora, ó hago que los criados vengan á ser testigos de vuestra infamia y de mi deshonra.

—Oh! El infierno se ha abierto al fin bajo mis piés, murmuró Güido derramando una lágrima, lágrima ardiente que semejante á una gota de lava, cayó abrasando la frente de Leonora.

La condesa experimentó un violento sacudimiento al contacto de aquella lágrima, y poseída del innato sentimiento de la conservacion, corrió á echar nuevos cerrojos á la puerta que cedia.

—En vano tratarás de oponerte á la justicia divina, dijo Güido cuya extremada palidez lo asemejaba á un cadáver. Abre más bien la puerta y que nuestro destino se cumpla.

—Antes es necesario que huyas, que te ocultes, que desaparezcas de este aposento, le contestó la condesa con esa verbosidad inconsciente, que produce el terror, cuando no paraliza la circulacion y amordaza la lengua.

—Huir!! dijo Güido con desdeñoso asombro, ¿sabes lo que me propones? Crees por ventura que sea tan miserable que esquive la responsabilidad después de haber causado el daño?

—Pero, piensa, insensato, que no debe hallarte aquí, exclamaba la condesa, esforzándose en persuadir á Güido. Este es mi dormitorio, un hombre en él á estas horas es la evidencia del delito, y yo no soi tan culpable.

—Abrid, repetia iracunda la voz de San Germano.

Y violentas sacudidas hacian crujir la puerta, que resistia con la tenacidad de un cómplice pagado á peso de oro.

—Leonora, volvió á decirla Güido, esta escena no puede prolongarse por más tiempo. Si tú no abres, yo lo haré.

—Oh! no lo intentes, exclamó Leonora deteniéndolo, si no quieres verme morir de vergüenza á sus piés.

—Nuestra última hora ha llegado.

—Sálvame, Güido, sálvame! Si en el fondo de tu alma queda aun para esta mujer abandonada un resto de piedad, no me entregues á su desprecio en tu presencia; yo te lo suplico de rodillas, por nuestro amor y por mis lágrimas.

Y la desventurada cayó ante Güido de hinojos, los brazos extendidos, é inundados los ojos de amargas y copiosas lágrimas.

—Leonora! exclamó Güido levantándola.

—Además, prosiguió la condesa, con creciente exaltacion, él no debe saber nunca que eres tú el hombre por quien yo lo he traicionado; tú no podrás tampoco soportar su mirada acusadora, y sobre todo, Güido, seria horrible y cruel de tu parte, presentarme tú mismo como culpable de una falta mayor en apariencia, de lo que es en realidad.

Dominado por el dolor y la desesperacion de Leonora, Güido se detuvo, y sus ojos recorrieron el aposento como buscando una solucion á aquella escena desgarradora.

Entre tanto la condesa con la respiracion contenida y el corazon paralizado, como el que espera la última palabra de vida ó muerte, pendiente de los lábios de un juez inapelable, lo contemplaba con esa angustiosa y lánguida mirada con que las víctimas en el último trance suelen volverse al cielo.

Esta escena muda, de supremo dolor y de íntima agonía, calma más espantosa aun que los rujidos del huracan y que la voz terrible de la venganza, duró apenas el tiempo que tardaron los ojos espantados de Güido en recorrer el aposento. Y de en medio de las imprecaciones que proferia San Germano desde la vecina estancia, y entre el ruido de los golpes violentos que rebotaban sobre la puerta, la condesa oyó de súbito un grito ahogado escaparse del pecho de su amante.

—¿Qué esperas? Qué tienes? preguntó Leonora estremeciéndose de espanto. La puerta va á ceder; se ha roto ya uno de los cerrojos; va á encontrarte aquí. Sálvame! sálvame!

—Cálmate, contestó Güido con acento profundo, fijando en el balcon del aposento una mirada de suprema meloncolía.

—Pero si ya va á entrar!!

—No! tornó á decir el jóven sin apartar los ojos del balcon: aun no está todo perdido, pues que me quedas tú, sombra de las sombras, lóbrega eternidad, para ocultar mi vergüenza.

—Qué me quieres decir? Me muero de terror! articuló débilmente la condesa.

—Por el contrario, vive; prosiguió Güido trocándose su aparente calma en desesperacion

Vive Leonora para protestarle mi virtud, para significarle que he sido fuerte en la lucha y que muero por salvarle el honor.

Y atrayendo á sus brazos en un postrer arranque de apasionada ternura, á aquella mujer tan ardientemente amada, depositó en su pálida frente un beso cuyo eco remedó una plegaria.

Luego, con voz cortada por el llanto, la dijo rechazándola de súbito, y corriendo aturdido al abismo que le ofrecia la altura del balcon:

—Adios, adios, hasta la eternidad!

La condesa lanzó un grito.

Güido cerró los ojos, y fué á lanzarse al abismo.

Pero un hombre, que á horcajadas sobre la balaustrada del balcon, trataba en aquel momento de atar á ella el cabó de una escala, detuvo sin quererlo la impetuosa resolucion de Güido. El choque fue violento; la sorpresa de ambos indecible. Dos gritos resonaron á un tiempo, y una lucha encarnizada se trabó entre los dos.

Carpinetto defendia su vida con la enerjía que presta la desesperacion. Güido ansiaba la muerte, y pugnaba con la tenacidad de la locura, por arrastrar consigo hácia el abismo, á aquel importuno testigo de su dolor y su agonía. Al fin venció la muerte; las rejas del balcon retemblaron al desprenderse de ellas con violencia las crispadas manos del tabernero, que ensangrentadas por la lucha se asian á los balaustres con desesperacion; y dos cuerpos enlazados entre sí con las nerviosas crispaturas de la agonía, rodaron al abismo, á tiempo que una estrepitosa carcajada resonaba en la calle, y que saltando en pedazos

la puerta del aposento de la condesa, aparecia San Germano.

Si la muerte obedeciera al reclamo de nuestra voluntad, como obedecen al instinto muchas de las acciones espontánes del hombre, Leonora habria muerto de súbito al ver aparecer á su marido, quien, violento como una ráfaga de tempestad, se precipitó en el aposento dando visibles muestras de la mas terrible exaltacion.

Con los vestidos en desórden, pálido el rostro y descompuesto, vacilante el andar, y armado de una desnuda espada que en su trémula mano se mantenia vibrante, San Germano recorre el aposento con la avidez del tigre que, perdida la pista de la presa que persigue, se encarniza en descubrir las huellas que no encuentra, pero que deben existir allí donde las busca. Muebles, tapicerías, cortinas, todo lo palpa, todo lo rejistra en silencio, con anhelante insistencia. Sus ojos, como carbunclos inflamados, despiden rojas llamas. La condesa inmóvil y aterida de pavor lo ve pasar y repasar junto á ella como el airado fantasma de la venganza y de la muerte. San Germano se detiene á veces para lanzarle miradas terribles y siniestras, capaces de penetrar hasta en las entrañas de una roca. Luego torna á jirar como insensato, hasta que acercándose al balcon, su pecho deja oir un rujido, y arrancando las cortinas que arroja en jirones á los piés de Leonora, su mirada torva va á hundirse en las profundidades de aquella noche negra y pavorosa como el encono en que rebosa su alma.

El conde interrogó la impenetrable oscuridad

que, cual un manto fúnebre desprendido del cielo, se extendia sobre la tierra. Pero en vano busca un indicio palpable de la perfidia de Leonora; en vano fatiga sus oídos por percibir rumores exteriores que el viento finje sin engañarle. Nada responde á su solicitud; la enerjía que sostiene la ira, lo abandona; el dolor se sobrepone á los violentos sentimientos que le animan, y agoviado bajo el peso de su inmenso infortunio, deja caer su noble frente sobre la balaustrada del balcon, como rinde el toro, cansado de bregar sin suceso, la enhiesta cerviz al matador.

Cuántos recuerdos pasaron entonces por su mente! qué de sentidas quejas murmuraron convulsivos sus labios! Todos los hechos de su vida, dignos y honorables todos, reaparecieron á la memoria, pero esta vez manchados por la traicion y la perfidia.

Si lágrimas pueden llamarse esas gotas de lava que la indignacion hace brotar de nuestros ojos, como escorias y fuego vomitan los volcanes cuando están en erupcion; el conde derramó copioso llanto sobre la tumba de su honor mancillado, y sobre los manchados cendales de aquel amor inmenso, que en los postreros años de su vida habia llenado su alma.

Leonora para él, más que una esposa, habia sido hasta entonces el anjel protector de su felicidad. Sospechar de su virtud lo habria estimado como dudar de Dios y del honor. De qué altura tenia pues que descender su alma, para llegar á la sospecha!! A qué infierno bajar, para creer en la perfidia de la esposa adorada!!

La duda era mas fácil de ser aceptada por su espíritu, que la evidencia misma de aquella abrumadora realidad.

San Germano dudó; y por un instante, á despecho de los celos, una vaga esperanza hizo latir su corazon.

Esta muda concentracion del conde, y aquella alternabilidad de relámpagos y sombras, que se sucedian en su alma con vertijinosa rapidez, duró lo que los labios de la condesa tardaron en murmurar una oracion. Sin embargo, Leonora contaba los minutos por siglos, y si aun vivia por un capricho del organismo, su espíritu se cernia en el vacío.

De pronto San Germano levantó la cabeza y, entrando de nuevo al aposento, sus ojos volvieron á encontrar la puerta destrozada por los golpes que él le habia prodigado; sintió en su mano el puño de la espada, de la que poco antes se habia armado para vengar su honra; y perplejo, confundido, dudando de la rectitud de su cerebro, bajó los ojos para no ver la palidez y el terror que se pintaban en el rostro de Leonora.

Luego, avergonzado de haberse dejado arrastrar por la violencia de sus pasiones, el conde se dirijió á pedir á la ofendida esposa, una explicacion satisfactoria de cuanto habia pasado. Pero esta al verle aparecer de nuevo, retrocedió aterrada; y lanzando un alarido desgarrador, exclamó indicando con ademan terrible la frente del anciano:

—¡¡Sangre!! ¡¡Sangre!! ¡¡Mirad!! Lo habeis asesinado.

Y como se abate la palmera, arrancada de raiz por la accion violenta del huracan, la condesa cayó inerte á los piés de San Germano.

Por un movimiento maquinal el conde llevó las manos á su frente extrañamente humedecida, y á su vez horrorizado las retiró manchadas de sangre

Sin detenerse fué á tomar una bujía; corrió al balcon y examinó el lugar donde habia apoyado su frente. En la parte superior de la balaustrada lucian algunas gotas de sangre, y entre las rejas divisó un pañuelo blanco cubierto tambien de rojas manchas.

El conde lanzó un grito de rabia; se apoderó del pañuelo, cuyo perfume, como las perniciosas emanaciones de esas plantas mortíferas que envenenan al aspirarlas, incendió de nuevo su cerebro; y examinando el pañuelo á la luz de la bujía, sus ojos descubrieron dos iniciales acusadoras de la evidencia de su deshonra.

San Germano inclinó abatido sobre el pecho su cabeza blanca y respetable, y abrumado de dolor se acercó á la condesa que yacia sin sentido sobre el pavimento.

—Cuán mal has pagado mi cariño! exclamó contemplándola con indecible expresion de desprecio y de lástima. Miserable criatura!

Y oprimiendo contra el seno el pañuelo acusador, como habria hecho un avaro para protejer de mirada envidiosa un tesoro adquirido de improviso, salió del aposento dejando abandonada á la condesa.

XI.

ECOS.

La mañana que siguió á aquella noche de funestos recuerdos, nació pálida y triste de las pasadas sombras, como esas criaturas enfermizas, pobres de sangre y aun más pobres de infantil alegría, que heredan de sus padres con la vida el veneno que acortará sus dias, y los dolores que amargarán las inciertas horas de su existencia.

Sobre nubes de plomo sin trasparencia ni risueños matices, el sol apareció cual un fastasma, envuelto entre flotantes y pardas vestiduras. Sus rayos embotados en la inmensa pantalla que los aislaba de la tierra, apenas alcanzaban á esparcir una mezquina luz crepuscular, melancólica y llena de misterios, como el emblema de la incierta esperanza y de las frustradas alegrías del corazon.

Remisa la naturaleza en despertarse, no sintiendo en su seno los abrasados besos del astro fecun-

dante, parecia dormir á la penumbra de àquel esquivo resplandor que remedaba el dia, como si aun se encontrase arrullada en los brazos de la noche.

Pero apesar del desusado manto de espesas brumas que le ocultaban su cielo azul y los mil cambiantes de la aurora, Ferrara amaneció empavesada como para una de sus antiguas fiestas. Banderas y gallardetes de variados colores flameaban sobre las torres y campanarios de sus templos, en las almenas del castillo ducal y en los balcones y ventanas de sus barrios principales.

Extrañas galas que el subdelegado romano imponia á la abatida ciudad en honor del nuevo Papa, y que contrastaban de una manera repugnante con la profunda tristeza de aquel pueblo humillado y descreído, y con la no menos visible melancolía de la naturaleza.

Con la docilidad de esas esclavas orientales, envilecidas por el sistema administrativo de la cimitarra otomana, Ferrara se prestaba á aquel disfraz, ridículo á su propio criterio, que le imponia la fuerza, como se habria prestado á cualquiera otro capricho de su exijente soberano. Mas no por eso la aparente alegría de la cautiva pontificia, halagaba menos el orgullo de monseñor, el cardenal subdelegado, quien desde lo alto de su exajerada vanidad, no podia estimar debidamente los fenómenos del entusiasmo popular.

En los pueblos oprimidos, los regocijos públicos, si es que así pueden llamarse las manifestaciones de aparente alegría arrancadas por la fuerza, son en lo jeneral el termómetro mas seguro

para medir el grado de desaliento y de miseria á que aquellos se encuentran reducidos. El entusiasmo, patriótica embriaguez que solo experimentan los corazones libres, no es de fácil finjimiento. Los víctores de los pueblos, conquistados por Syla, apenas se dejaban oir mientras duraba el desfile de las picas del triunfador; ni tenian otro eco que el de la voz desfallecida de los cobardes en las luchas que sostiene la dignidad individual contra la corrupcion de la tiranía.

Entre todos aquellos templos y palacios empavesados con los colores pontificios, se notaba sinembargo una casa de mediana apariencia, en cuyos cerrados balcones no lucia una sola demostracion del regocijo que finjian sus vecinas. A primera vista parecia que aquella falta de adhesion al nuevo soberano á quien festejaba la ciudad, la motivaba el largo sueño de los apáticos moradores de aquel tranquilo hogar; pero penetrando en su interior por la entornada puerta que así dejara un criado al escurrirse á la calle, se habria tenido que recurrir á otro motivo que al supuesto para excusar tamaño desacato.

En una de las estancias principales, débilmente iluminada por la escasa claridad del dia, y junto á una mesa cargada de libros y manuscritos en desórden, sobre los que derramaba una lámpara, ya próxima á extinguirse, inciertos y agonizantes resplandores, se hallaba un hombre sentado en un sitial antiguo, apoyado de codos sobre el borde de la mesa y sosteniendo entre sus manos, cual un pesado fardo, su cabeza abatida. Con esa inmovilidad con que encadenan la materia las

abstraciones del espíritu, aquel hombre se mantenia á veces absorto por largos y repetidos intérvalos; luego levantaba la frente surcada por esas arrugas profundas que, cual olas del pensamiento petrificadas por el dolor, acusan la intensidad del sufrimiento que las produce; entonces la mano paralizada volvia á tomar la abandonada pluma que de nuevo corria sobre el papel con rapidez nerviosa, y que no tarde volvia á dejar caer con desaliento, para tornar á su pesar á las sombrías divagaciones del pensamiento.

Este hombre era Güido, Güido salvado de la muerte por el cuerpo de Carpinetto que le habia servido de elástico cojin en la caída del balcon, y que, acaso menos feliz que el tabernero, exento ya de nuevas pesadumbres, saboreaba todavía el amargo cáliz del martirio.

Por lo quebrantado y pálido de su semblante, en que sus ojos negros resaltaban rodeados de esa azulada sombra que sirve como de aureola á aquellos párpados que han prodigado el llanto en demasía, fácil era adivinar cuánto su alma habia sufrido en aquella noche de desesperacion, de insomnio, de dolor acerbo y de lento suplicio.

Rechazado de la tumba, á la que voluntariamente habia ocurrido á refujiarse, huyendo de la mirada acusadora de San Germano, como se apresura el pudor á ocultar de mirada indiscreta, la desnudez en que nos deja la encarnizada lucha de las pasiones, Güido se encontraba de nuevo en la esfera de la vida, más fúnebre á sus ojos que las eternas tinieblas que no habian querido recibirle.

¡Qué triste y qué apesadumbrada debe encontrarse el alma, cuando cifra el alivio de sus padecimientos en lo que más aterra á los mortales! cuando la vida ha perdido para ella encantos y esperanzas, y sólo anhela por dormir tranquila el sueño de la eternidad!

Como esos monomaniacos á quienes solo alienta una idea fija y persistente, lampo de fuego que calcina la materia y deslumbra el espíritu, Güido habia pasado el resto de aquella noche de lágrimas, buscando la manera de hacerse recibir en el mundo de los muertos, sin reincidir en el expediente del suicidio que rechazaban de su alma sus creencias cristianas.

Pero hasta morir es una dificultad para los corazones enaltecidos por el respeto á Dios y á la propia conciencia.

Sinembargo, después de jirar sin tregua ni descanso en el estrecho círculo á que estaban reducidas las que aun podian calificarse de aspiraciones de su alma, Güido adoptó al fin un medio, permitido á su juicio, de conciliar con sus creencias relijiosas aquella necesidad imprescindible de abandonar la vida. Sforzzi tenia en su mano la llave misteriosa que él buscaba para abrirse con ella las puertas del infinito, y era al marqués á quien correria á pedirle, como gracia suprema, que le franqueara el paso á las rejiones del olvido.

No obstante que decidido á llevar á término semejante resolucion, Güido no disfrutaba de esa completa calma, de esa tranquilidad estóica, que lleva al ánimo la adopcion fria y razonada de un

propósito inquebrantable; antes por el contrario, su inquietud era extrema: de la cita que para la tarde de aquel dia habia dado al marqués, le parecia que aun lo separaba todo un siglo; la tardanza se le hacia intolerable; la agonía, lenta, y el tiempo, desesperadamente largo para quien como él cifraba todas sus esperanzas en no poder medirlo en adelante.

A proporcion que escribia para matar aquellas horas de agonía y rendir al amor el último tributo de sensibilidad reservado á su alma, sus ojos se humedecian de ternura; mas pronto tornaban á secarse, como si el consuelo de las lágrimas le estuviese vedado. Una sonrisa amarga plegaba sus labios descoloridos, y suspiros profundos estremecian su pecho.

La emocion que á veces le dominaba, tomaba tal intensidad, que su trémula mano se veia obligada á detenerse en medio de una frase comenzada; la pluma caia pesada de sus crispados dedos, y los renglones que dejaba trazados parecian borrarse del papel que surcaban, como desaparecian de su alma, combatida por el dolor, la resignacion y la enerjía que le venian sosteniendo.

He aquí lo que su pluma, á pesar de tan repetidas interrupciones, dejaba escrito sobre el papel que humedecian tantas lágrimas:

—

"Leonora:

"Como testigo irrecusable de tu desesperacion, vive en mi alma el recuerdo latente de esta última noche de duelo y pesadumbre.

"El jenio del misterio, nuestro cómplice, á quien confiamos el secreto de nuestra inquieta felicidad, nos volvió al fin la espalda, arrepentido acaso de haber protejido con su velo de sombras nuestro amor criminal.

"El cielo se ha vengado, mas no creas que lo maldiga; nada más justo que el terrible castigo que me impone. Yo habria dudado de la divina justicia, sin las torturas en que hoi se destroza mi alma; pero lo que acrecienta mi dolor, lo que me arranca amargas quejas y redobla mi desesperacion, es que el golpe que me abate, te alcance á ti, víctima inocente, cuando el verdadero culpable he sido únicamente yo. Yo, que no he tenido suficiente enerjía para detenerme en la pendiente del abismo á que nos hemos precipitado. Yo, que te he seducido hasta finjirte rosas las espinas que brotan en la senda del crímen; y que con mas deberes que tú para con el conde, te he dado el ejemplo de la traicion y de la infamia.

"Maldíceme, Leonora, maldíceme por haberte robado del cielo de la tranquila y bien hallada dicha, para arrojarte luego al infierno de la culpa y del remordimiento.

"Oh! cuán distante me siento de merecer ese afecto abnegado, esa ternura sin límites que de tu alma pura se ha elevado hácia mi, cual celestial perfume: tanto amor para quien por un exeso de refinado egoísmo quiso cortar las alas al ánjel de tu pureza, es casi inconcebible.

"Olvídame, olvídame para siempre! que mi recuerdo no vaya á turbar la paz que acaso un dia puedas gozar de nuevo sobre la tierra; que no

lleve al sepulcro, abierto ya á mis piés para recibir el mezquino despojo de mi ser, mi único asilo y mi sola esperanza, el consuelo de que tus oraciones y tus lágrimas puedan ir á aplacar la justicia de Dios.

"Abandóname, escarnéseme, olvídame; asi será mayor la expiacion de mi falta.... Pero no.... no me oígas,.... yo deliro.... Perdóname, Leonora, perdóname; estoi loco. ¿Cómo puedo exijirte lo que el cielo con todo su poder no podria desterrar de tu espíritu, sin aparecer inconsecuente en sus obras mas perfectas? Cómo esperar que tu alma, que es más mia que la que aun me alienta, se vengue del amor en su afecto más puro? Y en fin, como pretender arrancar de tu mártir corazon el dardo que le hirió para siempre?

"Delirio, delirio inexcusable! Verdad es que cuando el alma se deja arrebatar por el dolor, siente un placer amargo en herirse á sí misma en los afectos que le son más caros, sin reparar, poseída del vértigo á que la arrastra el sufrimiento, que cada fibra que se arranca, puede tener en otro corazon un eco doloroso.

"Perdona mi extravío! Cuanto te he amado, y cuanto te amo todavía; hoi más que nunca es que puedo medir la intensidad de tan dulce sentimiento. Si á él debo mi martirio, bendito sea! tú me enseñaste á bendecirlo, y yo no lo he olvidado.

"Pero á qué más sombríos pensamientos, si ellos tendrán no tarde, vasto campo donde extender sus tétricos crespones? Que por última vez se me permita abandonarme á tu solo recuerdo. Ya

medio hundido en el sepulcro, seáme lícito evocar tu memoria, con toda la ternura del que va acariciar su única dicha por la postrera vez.

"Entre las sombras de la muerte, cuando todo lo que nos ha halagado va á desaparecer; cuando la vida aun nos alienta, por que la mano que la va á detener tarda al trazar estas lineas, en tocar á las puertas de la eternidad; hai un secreto encanto en volver los ojos al pasado, y tratar de descubrir en el incierto horizonte que se desvanece á lo lejos, el indeciso resplandor que iluminó nuestra felicidad.

"Oh! Cómo es grato á la vez que doloroso, detenerse un momento á las puertas del alcázar sombrío, y volar con el alma, antes de que la envuelva para siempre la onda del olvido, á esas rejiones venturosas, á esos campos de amor y juventud, donde cada hoja que la brisa estremese, simboliza un recuerdo, así como cada rosa que se abre á la mañana, un beso perfumado.

"Esta será mi última falta; la imajinacion en su postrer destello se vuelve á esas horas dichosas para recojer todas las impresiones que la recrearon en tiempos mas felices, y engalanar con ellas la eterna duracion del gran sueño.

"Tú leeras estas pájinas que escribo para ti, mi adorada Leonera; ellas quizá te servirán de excusa ante el severo tribunal de tu conciencia.

"Hasta hoi he creído vivir, sólo he soñado; y soñando cambiaré de forma é iré á admirar las maravillas de lo Alto. Tú me buscarás, estoi seguro, en esas rejiones de la inmortalidad, cuando llegue para ti la hora de abandonar esta bola de

tierra, cuyas profundas cavidades han recojido una á una las lágrimas del hombre, hasta convertir en océanos las grietas del planeta. En ese mar tempestuoso, alimentado por el dolor de infinitas jeneraciones, naufraga nuestra felicidad; por fuerza habríamos de morir ahogados por las lágrimas.

"Antes que apure la última gota de llanto que siento desprenderse de mis ojos, permíteme sustituir al acíbar de nuestra presente desventura, el néctar de los recuerdos de aquellos dias dichosos, en que á nuestras almas sonreia la esperanza y enloquecia el amor.

"Oh! cómo se agolpan á mi memoria esos caros recuerdos!.... deja que los coordine; pero, qué confusion! todos vienen á la vez á acariciarme, como si temieran que en los cortos instantes que me restan de vida, no tuviera tiempo suficiente para despedirme de todos y de cada uno. Oh! ya siento sus besos! todos vienen perfumados con el aroma de tu aliento, todos repiten tu nombre, todos me hablan de tu amor!

"¡Queridos recuerdos! únicos ámigos que me alentais en mi última hora, cómo podré abandonaros?.... La vida sin vosotros me habria sido indiferente; arrullado por vuestras tiernas alas, casi me veo intentado á amarla todavía.... Leonora! tú eres digna de ellos y de la tempestad que levantan en mi seno.

"No he olvidado uno solo. Mi alma fué tuya desde aquella tarde en que por la vez primera nos encontramos en Venecia, sobre las mórbidas ondas del gran canal. Cuán bella estabas! y cuánto

fué mi asombro al recojer en mis pupilas tu mirada lánguida y seductora. Bajo los balcones del palacio Barbarigo, fué que se cruzaron nuestras góndolas; yo tenia veintitres años; acababa de terminar en Padua mis estudios; mi alma no habia amado todavía.

"Después me has dicho muchas veces, que al encontrarnos experimentaste una extraña emocion. ¿Seria un presentimiento?

"—Seguid esa góndola que pasa, dije con rapidez á mi sorprendido gondolero, arrojando á sus piés todo el oro que llevaba conmigo: seguidla y no la perdais de vista.

"Antes de que mi barca hubiera tenido tiempo de jirar, dos veces volviste hácia mí tus negros ojos, y otras tantas sentí palpitar mi corazon con inusitada rapidez.

"Hacia apenas diez dias que me hallaba en Venecia; la reina del Adriático recojia las primeras impresiones de aquel largo viaje que me ordenaba hacer el conde, para complementar mi educacion.

"Más de una vez su historia, cuando yo era niño, habia exaltado mi alma soñadora. Aquella tarde en que nos vimos, me dirijia á contemplar, á los postreros resplandores del crepúsculo, al leon terrible de San Marcos. Tu encuentro me hizo cambiar de rumbo; los prestijios de la poesía histórica se eclipsaron á tu sola presencia; seguí la blanca estela que dejaba tu góndola, como obedece el deseo á la seduccion de un sueño encantador; y oí resonar en mi oído tu voz vibrante y melodiosa, tu risa franca y arjentina, y las gra-

ciosas pláticas que entretenias con tus alegres compañeras.

"Varias veces dejaste el gran canal y á él volviste de nuevo; un sentimiento doloroso me oprimia el corazon; creia que buscabas el medio de esquivar mi importuna insistencia; mas no por eso dejé de persistir en mi propósito. Una fuerza extraña me arrastraba hácia ti con poderosa atraccion!

"Más tarde me has asegurado, que aquellos rodeos improvisados, sólo tenian por objeto probar mi perseverancia, y que á cada vuelta en que creias que te habia abandonado, te arrepentias de no haber seguido una direccion decidida.

"Qué instantes aquellos! Mi alma, como esas flores que se espanden al recibir los besos de la aurora, se abria toda entera al fuego de tus miradas y exhalaba dichosa los primeros perfumes del amor.

"Con cuánto misterio se hundió el sol tras el arco del Rialto, y sobrevino la noche con su astro de plata y sus fantásticas trasparencias.

"Yo te seguia sin perderte de vista.

"Como un cisne de ébano entre reflejos nacarados, tu góndola se mecia blandamente sobre las ondulaciones del canal. Esta fué para mi la última vision de aquella noche de inefables encantos; desapareciste luego, y quedé sumerjido largo tiempo en esa misteriosa vaguedad que precede al completo despertar de un sueño seductor.

"En vano te busqué después; los remos de mi góndola fatigaron en vano las turbias aguas de Venecia. Cada góndola que encontraba me pa-

recia ser la tuya; cada estela que se dibujaba á lo lejos tras la rápida barca que cortaba las ondas, me atraia como iman misterioso; pero ningun rumor lejano de femenino acento llegó á engañar mi oído, donde el eco de tu voz no interrumpido resonaba como el suspiro tenue de un ánjel invisible.

"Mis ojos no volvieron á verte, pero tu imájen seductora embriagaba mi alma con la dulce sonrisa de tus labios de rosa, y los puros destellos de tus ojos de fuego.

"Perdida la esperanza de encontrarte de nuevo, empecé á creer que habia sido el juguete de una alucinacion de mi fantasía, exaltada por la dulce embriaguez con que arroban el espíritu, los misterios tantas veces poetizados de aquella ciudad encantadora.

"A mi alma enamorada, aparecias entonces como un meteoro resplandeciente, que las brisas de las lagunas llevaban en sus alas lijeras: á la par que volabas, volaba mi anhelo y mi esperanza; y cuando mis manos, engañadas, creian alcanzar el foco ardiente que huia rápido de ellas, la luz desapareció de improviso, y me encontré envuelto en las tinieblas.

"Entonces, abatido, como si ya tuviera un desengaño que llorar, decidí continuar mi viaje interrumpido. Tomé pasaje para Trieste con intencion de ir á verme de paso con mi tio que desempeñaba en la corte de Viena una mision diplomática del gobierno veneciano; y ya posaba el pié sobre el bajel que debia conducirme, cuando recibí una carta del conde, en la que me ordenaba le

esperase en Venecia para un asunto de la mayor importancia.

"Fatalidad!! Leonora; sin aquella órden que no podia desobedecer, otra quizá habria sido tu suerte. En mi memoria habria quedado tu recuerdo como el símbolo de la más pura y seductora idealidad con que puede soñar el alma á los veinte años; y aunque menos feliz de lo que he sido, hoi no me roeria el remordimiento de haberte hecho desgraciada.

"El destino, al sonreirme, te condenaba al martirio: crueldad inexplicable á que no eras acredora.

"La decision del conde me produjo una extraña satisfaccion; como por efecto de un conjuro, la perdida esperanza tornó de nuevo á confortarme; el encanto de aquel primer destello de tus ojos, casi perdido entre las sombras de la alucinacion, volvió de súbito á apoderarse de mi alma y á cobrar mayor imperio sobre sus nacientes espansiones.

"A mi imajinacion se agruparon á un tiempo todos los detalles de tu hermosura, y todas las escenas seductoras de aquella tarde en que nos vimos.—No es una ilusion, me decia á cada instante; ella existe y yo debo encontrarla.

"Mi góndola, como un ave marina, afanada en buscar á su perdida compañera, volvió á cruzar de nuevo y sin descanso los innumerables estrechos de la inmensa laguna. Cinco veces bajó el puente del Riálto, mecido por las ondas y evocando tu seductora imájen, me sorprendieron los pálidos reflejos de la luna, que veia rielar en torno

mio con profundo abatimiento, mientras mi complaciente gondolero tarareaba con cadencioso ritmo las octavas del Tasso.

"El conde, entre tanto, habia llegado á Venecia, y se ocupaba en obtener para mí, del gobierno de la República, una plaza de agregado á la legacion acreditada en la corte de Francia. Dada la influencia que gozaba mi tio, este modesto cargo no fué difícil de concedérseme; pero á la vez que lo obtenia, se me iba á hacer portador de pliegos reservados para el ministro veneciano residente en París, y aquellos pliegos tardaban en llegar á mis manos.

"Yo no te olvidaba un instante; con una perseverancia inquebrantable te buscaba noche y dia, y como aquellos echizados por los antiguos dioses, tornaba y retornaba al lugar donde el encanto se habia apoderado de mi alma.

"Una mañana recibí por fin, con una esquela de invitacion para un baile que se daba esa noche en obsequio del conde, los despachos que esperaba, y la órden de partir al dia siguiente sin pérdida de tiempo.

"No puedes imajinarte con cuanta tristeza vi acercarse el momento de abandonar mis esperanzas; me habia habituado hasta tal punto á aquel vivir soñando, á aquella persecucion constante de una ilusion que se alejaba sonriéndome á medida que á ella creia acercarme, que la sola idea de volver é la vida ordinaria, me causaba verdadera amargura.

"Profundo desaliento se apoderó de mi ánimo al verme obligado á abandonar, acaso para siem-

pre, mi primer sueño de amor; creo que llegué á maldecir mi destino, y á tratar de cruel y despiadada la voluntad que me forzaba á romper el encanto de aquel prolongado éxtasis en que se adormecia mi existencia.

"Más con el ánimo de ir á darte mi postrer adios, en medio de aquellas aguas testigos silenciosos de mi primer amor, que con la esperanza, ya tantas veces frustrada, de encontrarte de nuevo, remonté aquella última tarde el gran canal, á la hora de costumbre.

"El sol inclinaba su disco refuljente sobre la incierta línea del horizonte; la doble cúpula de Santa María *della Salute* brillaba como entre las llamas de un incendio; cien góndolas cortaban el canal al compás de sus remos que hacian chispear las adormecidas aguas, cual un brasero inmenso removido por innumerables tenazas.

"A pesar de la animacion que reinaba en torno mio, en medio de aquella hermosa tarde resplandeciente de luz y de pomposa majestad, una profunda melancolía se habia apoderado de mi alma; é indiferente á cuanto pudiera halagar la imajinacion, con los prestijios siempre nuevos de la poética laguna, recorrí lentamente la primera curva del canal, é hice detener mi góndola bajo los balcones del palacio Barbarigo, donde te habia encontrado la primera vez.

"Siempre que me acercaba á aquel lugar inolvidable, acrecia mi emocion; á cada instante me parecia que llegabas á mí en tu lijera góndola, ó que surjias del seno de las aguas como la diosa protectora de aquella rejion de inefables encan-

tos; pero esta vez, como otras tantas, vanas fueron mis esperanzas, y paseando en torno mio una mirada de supremo desaliento, torné á seguir mi habitual itinerario hasta el arco del puente, donde después de infructuosas pesquizas, habia ya muchos dias que veia morir el sol y levantarse la luna, tan melancólica siempre como mi alma.

"Repentinamente experimenté una extraña inquietud: en la brisa que pasaba ajitando mis cabellos, me pareció notar un seductor perfume.

"Adelante! dije á mi pasivo gondolero, que intentaba detenerse bajo el puente.

"*Sia di lungo!* gritó este, para advertir su paso á las barcas que venian y cruzaban el arco.

"Pero apenas habia tenido tiempo de abarcar con la mirada la nueva curva del canal, cuando un grito de indecible alegría se escapó de mi pecho. Una góndola se desprendia lijera del estrecho muelle de un palacio, y al lado de un anciano, mis ojos admirados te encontraron de nuevo.

"Apenas veinte brazas nos separaban; mi voz llegó á tu oído porque instantáneamente volviste la cabeza, para fijar en mí tus ojos sorprendidos; ébrio de amor creí notar en tus labios una sonrisa de infinita dulzura; me habias reconocido; mi pecho suspiró de placer.

"No detenido como la vez primera por exajerada timidez, te seguí mas de cerca. Mi alma rebosaba de emocion; sin cuidarme del anciano que te acompañaba, y que mas tarde supe era tu padre, navegaron tan unidas nuestras barcas, que la

espuma que ajitaban los remos de la tuya, á veces me salpicaba el rostro.

"En cambio mis ojos no te abandonaban: absorbia por ellos el fluido embriagador que exhalaban tus brillantes pupilas. Vanamente te esforzabas en esquivar tanta audacia; en vano volvias hácia otro lado tu hechicera cabeza; en vano para ocultarme tu emocion hundias tus rojos labios en el follaje de un ramillete de violetas que tus manos acariciaban, y cuyo perfume delicado, cual si fuera el hálito abrasado de tu aliento, exaltaba mis sentidos. Yo insistia en admirarte, y tú no te enojabas.

"Todos los ensueños y todos los encantos provocados por tu májica hermosura, que guardaba mi memoria como el mayor de los tesoros, palidecieron ante la suprema seduccion de tu belleza anjelical.

"El paseo de aquella tarde fué mui corto; diez minutos hacia apenas que te seguía, cuando tu góndola, acercándose lentamente á la ribera, se detuvo de pronto frente á la embocadura de una calle desierta. Yo imité su movimiento, y casi al mismo tiempo atracaron nuestras barcas.

"Apoyada en el brazo del anciano, te internaste en seguida por la desierta callejuela; te seguí á pocos pasos de distancia, y más de una vez te vi volver el rostro con disimulada insistencia.

"Así llegamos á una plaza desconocida para mí, que atravesamos en direccion á una iglesia de mediana arquitectura, levantada en uno de sus ángulos. Los últimos fuegos del crepúsculo iluminaban aun las naves solitarias de aquel templo;

mas no vencian las sombras de una oscura capilla donde fuiste á arrodillarte al lado de tu padre, junto á un sepulcro de mármol. Detenido á la puerta de aquel santuario de tu culto, por respeto al altar que tu fervor habia escojido para elevar sus preces, me postré en aquel sitio como tú lo habias hecho en el interior de la capilla, y maquinalmente murmuré una oracion por la paz de los restos que encerraba aquella tumba.

"Eran los de tu madre. Después de muchos años, tu piedad filial iba á rendirles diariamente homenaje de respeto y de lágrimas. Aquella tarde, otra plegaria no menos sentida que la tuya, subió al cielo por ella: la inspiraba el amor que habias despertado en mi alma.

"Trascurrió media hora; yo habia dejado de orar: soñaba despierto. Una de esas fantasías ideales, sin forma decidida: vaguedad misteriosa que deleita á la vez que entristece el espíritu, se habia apoderado de mi alma.

"Sobre el mudo sepulcro que humedecian tus lágrimas, te vi deshojar una parte del ramillete de violetas que no habias abandonado; luego besar el duro mármol con relijiosa piedad, y más tarde, volviendo á mí los ojos con indecible expresion de dulzura, levantarte y salir de la capilla.

"Este último movimiento fué tan rápido, y estaba yo tan embebido en la enajenacion de aquella escena conmovedora, que no me diste tiempo de ponerme de pié antes de que te hubieras alejado de la tumba. Para disimular la turbacion que me produjo tu proximidad, oculté el rostro entre las manos, y cual si hubiera sido acariciado por el ala

de un ánjel, sentí el roce de tus vestidos á la vez que caian junto á mí los preciosos restos de tu deshojado ramillete.

"Oh Leonora! cómo se extremeció todo mi sér al contacto de aquellas tiernas flores! mis labios sedientos se apresuraron á recojer en ellas el soplo de tu aliento que acrecentaba sus perfumes, y los besos que tus labios habian depositado entre las leves hojas.

"Cuando llegué á la plaza era de noche; apoyada en el brazo de tu padre te dirijias de nuevo hácia el canal; tu góndola esperaba, y en ella te alejaste después de prodigarme una mirada seductora, que mis ojos supieron disputar á las sombras.

"Yo á mi vez habia corrido en busca de mi barca y con profunda desesperacion advertí que me habia abandonado. En vano llamé á voces un gondolero que pasaba; no quiso oirme: en vano grité desesperado á los barqueros que cruzaban por la opuesta ribera; ninguno vino á mí; y entre las brumas del canal, primero como un cisne y luego como un punto, te ví de nuevo desaparecer.

"Solo Dios sabe lo que sufrí en aquel instante. Por la primera vez experimenté entonces la atraccion misteriosa de la muerte; me parecia que el canal, que dormia bajo mis piés, se hundia lentamente haciéndose cada vez mas profundo, y que desde su seno de tinieblas me ofrecia sus turbias aguas como remedio á mis quebrantos.

"No sé por cuanto tiempo acariciaron mi alma tan lúgubres visiones.

"El conde me esperaba con impaciencia; yo debia acompañarle á aquella fiesta con que le obsequiaban sus amigos; imposible fué excusarme, y maquinalmente me dejé conducir al sarao, como me hubiera dejado conducir al suplicio.

"Por toda realidad de aquel sueño de amor, poseia tu ramillete de violetas, que mis labios no se cansaban de acariciar, pero cuyo aroma no alcanzaba á confortar mi corazon.

"Cuando llegamos al palacio Grimani, eran las once, la fiesta aun no habia comenzado; pero apenas se presentó mi tio, la orquesta dejó oir sus alegres armonías y las cuadrillas principiaron. Esquivando las exijencias de la sociedad en que me hallaba, me dirijí á uno de los balcones que se abrian sobre el canal; y mientras mis ojos volvieron á fijarse en aquellas aguas donde te habia perdido, tornó mi alma á los espacios misteriosos en que la tuya debia vagar mecida por mil sueños de amor.

"De pronto, al terminar la primer cuadrilla, sentí un rumor inusitado entre las personas que llenaban el salon. Motivaba tal ruido y movimiento la llegada de un nuevo convidado cuyo nombre, para mí desconocido, oí anunciar, con extraña emocion. No sé explicarme aun lo que pasó por mí; el corazon me palpitó con rapidez, y cediendo á una invencible curiosidad, levanté las cortinas que me ocultaban. El singular rumor que me habia impresionado, era debido al asombro que entre mas de cien mujeres verdaderamente hermosas, producia tu belleza deslum-

bradora. El nombre que habia oído, era el nombre de tu padre.

"La sorpresa y la felicidad me dejaron cortado y sin aliento, luego hice un esfuerzo para conjurar mi turbacion, y corrí al grupo de jóvenes señores que se disputaban el honor de servirte de caballeros.

"Tú debes recordar, mi adorada Leonora, la extremada emocion que embargaba mi alma cuando te fuí presentado por un amigo del conde, y no habrás olvidado, estoi seguro, la timidez con que me atreví á invitarte á bailar, y el temblor que extremeció mi mano cuando estrechó la tuya.

"Ah! tú tambien estabas tan conmovida como yo; tu seno se ajitaba con violencia; respirabas con dificultad; tus ojos no se atrevian á levantarse de la alfombra en que tus piés resbalaban. Sin cambiar una sola palabra que nuestros labios no se atrevian á articular, te abandonabas en mis brazos á los jiros del wals que la orquesta ejecutaba; mientras que yo, embriagado con tu aliento, sentia dichoso, como jamás lo ha sido otro mortal, palpitar junto al mio tu vírjen corazon, con unísona celeridad.

"Vencida esta emocion primera, me atreví á recordarte el ramo de violetas que junto á mí habias dejado caer en la capilla; y mostrándote sus marchitas flores, que desde entonces me acompañan y que hoi mismo no me canso de besar al invocar esos tiernos recuerdos;—"Guardadlas,"—me dijistes con acento dulcísimo, teñidas de carmin las mejillas, y con tal expresion de ternura y de

amor, que el eco de tus palabras casi produjo en mi alma una dolorosa sensacion.

"Qué hermosos horizontes se dilataron entonces delante de nuestros enamorados corazones! qué de proyectos de inefable esperanza concebimos aquella noche! qué de protestas nos hicimos para lo porvenir! y cuántos juramentos nuestros labios balbucientes pronunciaron á la hora de separarnos! Tu mano estrechaba la mia cuando descendíamos por la escalinata del palacio.—"Me olvidarás Leonora?" te pregunté suspirando, al ayudarte á bajar á la góndola,—"*Jamás!*" me contestaste, y alejándote mecida por las ondas, el eco de tu voz vino con dulce ritmo á modular otra vez á mi oído:—"*Jamás!*"

"A poco de habernos ausentado del palacio Grimani, yo dejaba á Venecia.

"Las fiestas que el sibarita del Parque de los Ciervos prodigaba en la corte de Francia, no lograron desvirtuar la naciente semilla de aquel amor inmenso, y como inmenso puro, que habias depositado en mi alma. Durante un año, pedí diez veces mi retiro al Senado veneciano; mi tio, sin yo saberlo, se oponia. El se esforzaba en que yo adoptase una carrera digna de mi nombre, é inocentemente contrariaba mis ardientes deseos de volver á tu lado.

"Al fin triunfó mi empeño; pero cuando lleno de alegría me disponia á volver, recibí una carta del conde que me dejó aterrado. En ella me anunciaba, ajeno de mi afecto por ti, que acababa de cometer lo que él llamaba su primera debili-

dad. Eras tú la mujer á quien habia escojido para darle su nombre.

"Ai! te habian sacrificado al vano orgullo de una inmensa fortuna y de un nombre esclarecido. Criminal ceguedad!

"Tú conoces mis congojas; mil veces me has hecho repetir para llorar conmigo, la historia de los tormentos, la desesperacion y la eterna pesadumbre que llenaron mi vida desde entonces. Tambien conoces mi renuencia á volver al lado de mi tio, á pesar de sus sentidas quejas, de las súplicas constantes que me enviaba y del dolor en que mi ausencia le tenia sumerjido. Mi resolucion era irrevocable: yo no debia volver á verte: entre los dos se habia abierto un abismo, entre los dos mediaba el infinito; pero el antro de ese abismo, como la inmensidad de ese infinito, lo llenaba mi amor, más vehemente cada dia, á proporcion que eran mayores las distancias que crecian separándonos.

"Quise aturdirme y olvidar; mi memoria no pudo conjurar tu recuerdo, mi espíritu se mantuvo inflexible.

"Dos años mas corrieron. De los hielos de la Islandia á las márjenes del Bósforo, habia cruzado la Europa, no tras el vivo halago de gratas impresiones, sino en pos de esos restos de pasada grandeza sepultados por el tiempo en el polvo de los siglos. Mi corazon desolado buscaba por doquiera ruinas, y soledad, y campos yermos, donde evocar en silencio tu nombre, y con tu nombre, la tempestad de mis pasiones sometidas eternamente á la absoluta represion del deber.

"Arrastrado por esta misteriosa atraccion, visi-

taba en Sicilia las ruinas de Agrijento, cuando una carta del conde, mas sentida y afectuosa, si es posible, que cuantas hasta entonces me hubiera dirijido, llegó á mis manos anunciándome, que una cruel enfermedad le amenazaba: que mi obstinada ausencia no era extraña á sus males: que le habian recetado como único remedio el aire de los Alpes y una completa tranquilidad de espíritu; pero que ni una ni otra cosa eran posibles, dado su estado de moral abatimiento, si yo no me apresuraba á devolverle con mi presencia la enerjía que le faltaba.

"Ante semejante exijencia en que se interesaba su salud y acaso su vida, resistir habria sido un crímen. Pero lo que tanto habia temido hubo de suceder. Te vi de nuevo, y mi amor tomó creces, que alarmaron mi conciencia. Quise huir otra vez; el conde se opuso abiertamente. La intimidad en que vivíamos, trajo como era de esperarse, expontáneas é íntimas confidencias: ellas me probaron que en tu alma, no solo no se habia apagado la chispa que encendiera mi amor, sino que por el contrario, esa chispa habia crecido hasta convertirse en incendio que todo lo abrasaba. Todo esfuerzo por evitar su contajio, fué nulo; el vértigo nos arrastró al abismo; las llamas de nuestros corazones se juntaron, y el incendio creció ajitado por el soplo del misterio. Oh! con qué ímpetu volaron nuestras almas una á otra. Desde entonces, qué lucha han venido librando á las flaquezas de la materia! cuántos sacrificios! y, hoi, por resultado de tanta virtud y abnegacion, qué castigo tan terrible!

"Pero á qué volver al duelo de nuestra triste situacion? á qué cortar el hilo de esas horas dichosas, en que tus ojos y tus labios me protestaban incansables tu amor y la certidumbre de tu felicidad? Como se lanza el torrente al cauce abierto que le ofrece su lecho de guijarros, para correr libre de estorbos hasta perderse en el abismo de los mares, así corramos, hasta llegar á aquella noche de supremo delirio, de inaudito heroísmo.

"Oh! no habrás olvidado aquel verano que pasamos en Como, á las márjenes del lago azul ribeteado de espumas. Qué paraíso puede imajinarse comparable á nuestra íntima existencia! Cómo nos sonreia la felicidad! cuán imponentes se mostraban las montañas coronadas de nieve! Qué trasparente lucia el cielo! cuán hermosa y seductora te ofrecias á mis ojos! y cuán inmenso se ostentaba el Creador! A pesar de mis faltas, nunca me ha parecido estar tan cerca de su infinita omnipotencia. Sentia con tal vigor hervir la sangre entre mis venas, y ascendia mi espíritu tan alto, en medio de aquella naturaleza abundosa de savia, que llegué por un momento á olvidarme de mis propias flaquezas y á creerme superior á mi propio destino.

"Sublime delirar! aquella vida de inagotables venturanzas no parecia posible sobre la tierra: era mas bien un robo que habiamos hecho al cielo.

"Lo recuerdas?.... Cómo te lo pregunto? podria olvidarse nunca la fuente bienhechora que apagó nuestra sed?

"Cada instante de aquellos dejó una huella

impresa en nuestras almas, huella profunda que no podrá borrar el tiempo, ni la desgracia, ni aun la misma extincion de la existencia.

"Creo en este momento, rechazando las sombras que me invaden, tener ante mis ojos el *Chalet* que ocupábamos, las verdes cortinas de sus ventanas; el bosque de castaños seculares, cuyas raíces lamian y relamian como blancos corderos las espumas del lago; el risueño jardin donde corriamos tras los insectos de las alas doradas; tu huella impresa en la menuda arena; la barca, nuestra muda confidente, que nos mecia en las ondas; y con esas imájenes queridas, el rojo y estrecho corpiño de aquel traje de aldeana tirolesa, que yo te hacia vestir para embriagarme, sin que tú lo supieras, en la contemplacion de los contornos de tus marmóreas formas; tus negros cabellos ajitados por la brisa de las montañas; tus labios en que siempre encontraba una promesa, y el fuego de tus ojos, tan ardiente, como dulce, melancólica y llena de candor era la expresion de tu sonrisa.

"Qué detalles! Cómo se encadenan en mi mente y enloquecen todavía mi espíritu; ni uno solo deja de surjir palpitante; y sobre todos, Leonora, los de aquella noche de suprema embriaguez, en que me abriste tu pecho, para dejarme por completo arrancarte el corazon.

"Aun resuenan en mi oído las doce campanadas que el reloj de la vecina aldea lanzó al silencio de la noche, y el ruido casi imperceptible que produjo aquella puerta oculta bajo los castaños del parque, al abrirse á la presion de mi mano:

tambien aun ven mis ojos y hacen estremecer mi alma con suprema emocion, el pasillo secreto, la linterna que de lejos me guiaba, tu diáfano peinador, tan indiscreto como vaporoso, tus rizos en desórden, tu blanco cuello entre nubes de encajes; la puerta de la alcoba, la pesada cortina que suspendió tu mano; y luego, la incierta luz, el profundo silencio, el aroma de tu aliento, el acelerado palpitar de nuestros corazones; mi amor tan grande, tu debilidad tan suprema; aquel suspiro ahogado, mitad grito y mitad plegaria, que desde el fondo de tu alma se elevó hasta el cielo; y en fin, aquel beso de fuego que tus labios recibieron de mis labios, y que habria sido funesto á tu virtud, si tu ánjel custodio no se hubiera apresurado á interponer entre los dos sus alas protectoras.

"Oh! Leonora, Leonora! el solo recuerdo de esa noche, bien compensa las torturas infernales que en este instante me destrozan el alma."

—

La pluma cayó de improviso de la mano de Güido: la puerta de la estancia acababa de abrirse, y el conde San Germano, pálido y sombrío como el espectro de Banco, entró en la habitacion sin hacerse anunciar.

XII.

EL PAÑUELO BLANCO.

Como tocado el corazon por un hierro candente, Güido saltó del asiento á la vista del conde, y lívido y aterrado quedó inmóvil frente á él.

San Germano por su parte, no menos conmovido, se acercó lentamente á la mesa; tomó la primera silla que encontró al alcance de su mano, y se dejó caer abatido y jadeante, como si los pocos pasos que acababa de dar, hubieran agotado por completo sus fuerzas. Luego, tras el intérvalo de algunos minutos de silencio, que un siglo de agonía parecieron al más jóven de aquellos destrozados corazones, el conde levantó la cabeza, y fijando en Güido una mirada de profunda tristeza, preguntó con acento severo:

—Y bien, no me esperabas?

—No á fe, murmuró Güido próximo á perder el aliento.

—Sabes, prosiguió San Germano con creciente amargura, que no deja de ser orijinal tu abatimiento, y aún más orijinal, que sea yo, de los dos, el más sereno?

—No comprendo, señor..... lo que quereis decir.....

—Oh! bien lo comprendes. Di más bien que no quieres confesarlo.

Güido inclinó la frente avergonzado.

Una nueva pausa, no menos embarazosa que la primera, siguió á estas últimas palabras; y fué el conde quien volvió esta vez á interrumpirla, preguntando de nuevo con su terrible calma:

—Insistes aun en dejar á Ferrara?

—Y para siempre, contestó Güido con acento sombrío.

—Hoi no te lo repruebo ni lo extraño, continuó San Germano; por el contrario esa resolucion me satisface, pues entre otras cosas, vengo á proponerte un compañero de viaje, que espero no rechazarás.

—Un compañero de viaje? repitió el jóven tratando de sondear la profundidad del inmenso sarcasmo que para él encerraba semejante ofrecimiento.

—Como lo oyes; un compañero, pero que menos feliz que tú, no se ausenta voluntariamente de esta tierra querida, sino que huye de ella como pudiera huirse del infierno.

—Y ese extraño viajero....?

—Soi yo, dijo el anciano con precipitacion.

—Vos!!

—Yo mismo, sí, yo mismo; huiremos juntos, tú quizás para volver no tarde, mañana acaso; yo para ir á sepultar mis viejos huesos, lejos, mui lejos de aquí. Pero antes de partir, tengo que llenar un deber imperioso, y que confiarte todas las amarguras de mi alma. Quieres oirme?

Güido se estremeció. Una calma tan grande y sostenida en aquellos momentos, no podia ser á su juicio, sino la última expresion de la crueldad y de la ira concentrada; sin embargo, tal finjimiento era de suyo opuesto al carácter del conde. . Y, sin hallar que suponer, ni que desear, guardó silencio, y esperó resignado el rayo que, para aniquilarle, forjaba la venganza en las fraguas del odio.

—No deseas conocer mis quebrantos? tornó á preguntarle San Germano.

—Os escucho, señor.

—El deber á que me he referido, prosiguió el conde con el mismo tono de forzada tranquilidad, necesita de tus buenos oficios para quedar cumplido. Disimula si vengo á inportunarte; pero, si no es á ti, á quién, sin otros títulos que los de la desgracia, podria ocurrir con más derecho?

—Teneis razon, articuló débilmente Güido.

—Puedo contar contigo?

—Y con toda mi alma.

—Gracias, no lo habia dudado; ahora oye hasta donde puede ser desgarrador el pesar que me atormenta.

—Oh! basta, basta; me destrozais el corazon.

—Si todavía no te he mostrado la herida, ¿como puedes dolerte de su horrible profundidad?

—Es que me estais haciendo padecer los suplicios del infierno.

—Perdóname en razon de que yo los padezco tambien.

Güido se dejó caer abatido en su asiento, y maquinalmente una de sus manos fué á acariciar los frios cañones de dos pistolas, ocultas bajo un legajo de papeles de los tantos que llenaban la mesa.

El conde prosiguió; pero esta vez vencido por las profundas amarguras en que su alma rebosaba.

—Quién hubiera creído, que ya á las puertas de la tumba, y después de largos años de honor sin tacha y de consideraciones justificadas, viniese la infamia á cebarse en mis canas, y que la más ruin de las traiciones habria de aniquilar mi corazon.

—¡¡Horror!! exclamó Güido, ocultando el rostro entre las manos.

—Sí; tienes razon: horror y espanto es lo que provoca esta traicion infame, contestó San Germano; pero mayor será tu asombro cuando sepas que el golpe que me anonada viene del ser en quien habia depositado todo mi amor y mi confianza; y al que habia prodigado con paternal afecto toda la ternura de mi alma.

—¡Tierra, murmuró Güido con reprimida desesperacion, ábrete á mis piés y sepúltame en tus entrañas!

—Te indignas? siguió el conde; ai! á mí ni aun siquiera me asiste ese derecho contra ella.

Por una debilidad inexcusable en mis años, y que hoi castiga el cielo, compré su mano al precio de mi nombre, sin reparar, cegado de egoísmo, que la mujer á quien hacia mi esposa, no habia salido aun de la primavera de la vida, de esa época en que la imajinacion sueña despierta, y da formas corpóreas á los ilusorios fantasmas que evocan las nacientes pasiones. ¿Quién puede asegurarme que al sacrificarla á mis deseos, no destrocé los lazos de su primer afecto, ni si de un amor ya arraigado en su alma, fuí implacable verdugo?

—No la inculpeis así; Leonora es inocente....

—Inocente!.... quisiera creerlo todavía; pero la prueba de su pecado me la han dado mis ojos. Oh Güido! Güido! exclamó el conde con dolorido acento; presérvete el cielo de las torturas que martirizan mi alma!

Y cediendo al fin á la tempestad que encerraba en el pecho, inclinó la cabeza sobre el hombro de su joven sobrino, y de sus ojos secos de ordinario, corrieron abundosas y ardientes lágrimas.

Al contacto de aquellas lágrimas, Güido exhaló un alarido desgarrador, al mismo tiempo que de la mesa arrebataba una de las pistolas para poner término á sus padecimientos. El conde lo detuvo, y como despertando de súbito de aquel doloroso letargo, exclamó con toda la impetuosidad de sus pasiones hasta entonces contenidas:

—Indicándome ese instrumento de muerte, me devuelves á la vida de la venganza; mas no creas que la haya olvidado.

Por toda respuesta, el joven alargó á San Germano el arma que sostenia en su trémula mano.

Frenético de ira el conde se apresuró á tomarla.

—Venga! dijo exhalando un rujido. Si para ella puedo tener piedad, para su infame cómplice ¡venganza! me grita el corazon.

—Santa venganza, murmuró el jóven bajando la cabeza.

—Oh! toda la sangre de ese infame no bastará á saciar la sed que me devora.

—Cien vidas que tuviera, deberíais arrancárselas!

—Así está decidido.

—Y qué os detiene?

—Nada ya.

—Acabad, entonces, dijo Güido, cerrando los ojos y murmurando débilmente el nombre de Leonora.

—Espera, tornó á decir el conde, rejistrando sus bolsillos, de donde extrajo al fin un pliego sellado con sus armas, que arrojó sobre la mesa. Así como puedo darle muerte, puedo tambien morir. Hé ahí mi testamento, por el cual te instituyo mi heredero universal.

—A mí!! exclamó Güido horrorizado.

—A ti! y ahora, vé á retar á ese hombre.

Próximo á perder la razon, apenas pudo el jóven articular confusamente:

—A quién, señor?.....

—Al miserable que ha ultrajado mis cabellos blancos, me comprendes? quiero lavar con su sangre la mancha que ha arrojado en mi honra.

—Ese infame, dijo Güido con profunda desesperacion, ese infame.....

—Insistes por ventura en hacerme creer que no sabes quién es? preguntó San Germano, cortando la terrible confesion que brotaba de los labios de Güido.—Yo sí que le conozco, y no de ahora; apresúrate, vé.

Difícilmente podría darse una idea, siquiera aproximada, de las torturas por que pasaba el corazon de Güido durante esta entrevista. Víctima de propias y de indirectas increpaciones, su alma recibia una doble herida á cada nuevo cargo que pesaba sobre ella. Demudado el rostro, sobre el cual se extendia la azulada palidez de un cadáver, más que un hombre, parecia un espectro; los ojos se le habian hundido entre las órbitas, como tratando de esconderse de la accion acusadora de la luz; un sudor glacial humedecia su frente; é inmóvil, como si estuviera clavado al pavimento, apenas pudo contestar con un jemido ahogado á la imperiosa órden que recibia del conde.

San Germano le contempló con extrañeza por algunos segundos, y sacudiendo luego la cabeza con nerviosa impaciencia, exclamó, exaltándose con el ruido de sus propias palabras.

—Oh! no te creia tan reservado; pero ya que deseas otras señales, hélas aquí, añadió, tirando del bolsillo el pañuelo manchado de sangre, que la noche precedente habia recojido en el aposento de Leonora.

Güido lanzó un grito y retrocedió aterrado.

—En esa cifra, prosiguió San Germano presentándole el pañuelo, en esa cifra está su nombre. Lée!

—Piedad!....

—No! pronúncialo en voz alta, quiero sentir una vez más, resonar en mi oído ese nombre maldito. Lée!

Dominado por el poderoso ascendiente que el dolor, el despecho y la ira daban á la palabra del anciano, Güido tomó el pañuelo, y con un asombro tan solo comparable á su horrible agonía, murmuró:

—Paolo Sforzzi!

—Sí; he ahí al ladron de mi honra, prosiguió San Germano con desenfrenada indignacion: él es el que ha insultado estos cabellos blancos; el que ha arrancado de mi alma el afecto que sostenia mi vida, y escarnecido mi nombre, acaso porque me cree débil, hasta arrastrarlo por el lodo. Pero no, se engaña; el odio me devuelve la virilidad gastada por los años; vé á decirle que es imposible que juntos podamos existir de hoi más sobre la tierra; que tengo sed de sangre, y que es la suya la que habrá de apagarla; en fin, que esta noche, al levantarse la luna, sus pálidos rayos deben iluminar su cadáver ó el mio.

Güido permanecia anonadado. La impresion recibida era profunda, y apenas si podia compararse á la inesperada transicion de la muerte á la vida, que experimenta el infeliz á quien fusilan, y que, después de haber oído la descarga mortífera, se siente ileso y vivo. Además, como era natural, su alma habia renacido á la esperanza, y en su noble corazon se libraba un terrible combate. Incapaz de todo finjimiento, fluctuaba agonizante entre dejar al conde momentáneamente en el error

en que se hallaba, evitándose así la vergüenza de humillantes reproches, ó afrontar á cara descubierta la expiacion de sus faltas, confesándose culpable.

Ante la perplejidad de Güido, San Germano se sintió de nuevo visiblemente contrariado. Semejante proceder se le hacia inexplicable. Por fortuna este estado de anarquía no fué largo; la lucha terminó; el conde arrojó un rujido de rabia; Güido exhaló un suspiro de dolor, y levantando su ancha frente iluminada por una idea repentina, dijo, resueltamente:

—Haré lo que deseais: voi á retar al marqués.

—Si, vé, vé, combate á muerte! Disparar á quema-ropa si prefiere la pistola; tú sabes lo demás,— aquí te espero.

Y dejándose caer en el sillon que hacia poco ocupaba, inclinó la cabeza sobre el pecho, y ocultó el rostro entre las manos.

—Oh! la expiacion y el castigo seran ahora mas terribles, murmuró Güido para sí, y después de ocultar las pájinas que escribia cuando fué sorprendido, abrió la puerta y desapareció.

Agotadas las fuerzas por la violencia misma de los arrebatos á que se habia entregado su alma, San Germano quedó sumido en la mas completa postracion; pero, así como vela en la oscuridad y sobre los despojos del huracan, la débil luz de un faro suspendido entre los escollos que combaten las olas; así su espíritu permanecia, activo y lleno de enerjía, sobre el abatimiento de la materia. Al resplandor de los recuerdos, fanal siem-

pre encendido en el interior de nuestro sér, cruzaban por su memoria los combates sangrientos que habia librado en otro tiempo, las fiestas, las victorias, las demostraciones del entusiasmo popular y el agasajo de las cortes; y oía el fragor de la batalla, el silbo de las balas, el alarido del clarin, las terribles sacudidas de la mar irritada sobre los costados de la nave extremecida, el himno de victoria entonado por mil heroicos corazones, los víctores de la multitud y el eco de su nombre, superior al bramido de la tempestad, recorrer el espacio dominando el inmenso clamor y los eternos ruidos del infinito. Escenas conmovedoras y terribles, tras las cuales el honor y la gloria coronaban de laurel y de mirto su cabeza encanecida á la luz de los relámpagos y á la sombra de las tormentas del océano.

Luego la comparacion del dia radiante de sus triunfos, con las tinieblas de aquella noche que pesaba sobre su corazon, venia de suyo á amargar sus recuerdos y á destruir de un golpe la pirámide de orgullo, levantada por el esfuerzo de su brazo y por la rectitud de su conciencia.

"*Nessun maggior dolore che ricordarsi del tempo felice nella miseria*"

El conde de San Germano, como los condenados del infierno del Dante, sentia en aquel momento toda la fuerza de esta verdad terrible.

Una hora habia trascurrido cuando los pasos de Güido resonaron de nuevo en la estancia silenciosa.

El conde no se habia movido de su asiento, y

en la misma posicion en que le habia dejado á su partida le encontró Güido á su llegada.

Pero al sentir junto á sí aquellos pasos, San Germano hizo un brusco movimiento, é irritado consigo mismo por haberse dejado sorprender en aquel estado de flaqueza, preguntó irguiéndose amenazante á la vez què conmovido:

—Y bien, qué ha contestado?

—Que acepta, respondió secamente Güido.

—A muerte?

—A muerte.

—Marchando el uno hácia el otro y disparando á voluntad?

—Tal como lo deseais.

—A qué hora?

—A las seis.

—Dónde?

—Detras del muro oriental del cementerio.

—Está bien.

Y tomando el sombrero, añadió volviéndose á la mesa:

—Son seguras estas pistolas?

—Oh! y tanto, dijo Güido suspirando, que no confiaria á otras la guarda de mi vida.

—Vé á buscarme con ellas esta tarde á las seis menos cuarto.

—Bien.

—Revísalas, y hasta mas ver.

—Esperad un momento, añadió Güido haciendo detener á San Germano. Aún no habeis oído las condiciones que por su parte ha exijido el marqués.

—Qué! no ha aceptado las mias?

—Todas, pero á su vez impone algunas.

—Cuáles son?

—Primero, que solo concurran al duelo dos testigos.

—Convenido, y qué más?

—Batirse él por su parte, cubierto el rostro con una máscara de seda.

—Miserable! exclamó San Germano con impetuosa indignacion; no tiene derecho de impedir que yo vea sobre su frente el rubor de la vergüenza, quién no temió infamarme. Semejante condicion á más de ser ridícula, es de todo punto inadmisible: quiero verle á cara descubierta, para gozarme en su agonía, si la suerte me favorece.

—Sin embargo, insistió Güido, al marqués como fiel servidor de su Santidad, y en ejercicio de un elevado cargo de la corte romana, le está prohibido el duelo.

—Pero se batirá esta vez! gritó de nuevo el conde, ó me pone en el caso de cometer un crimen.

—Sin la condicion por él estipulada, ese duelo es imposible.

—Lo crees así?

—Antes se dejará asesinar sin defenderse.

—Terminemos, pues. Vuelve á decirle, que no hai sacrificio á que no esté dispuesto, por encontrarme frente á frente con él; y arrojando una sarcástica carcajada, añadió con la expresion de la más reconcentrada ira:—Por lo demas, nada ganará con tan ridículo disfraz, pues yo sabré arrancárselo cuando le vea por tierra, para escupirle el rostro.

—Estais en vuestro derecho, contestó el jóven suspirando.

—Y haré uso de él.

Güido guardó silencio.

El conde le tendió la mano con paternal agasajo, y prodigándole una mirada de indecible ternura, se alejó murmurando:

—Pobre Güido, tiene las manos tan frias y el rostro tan pálido, cual si fuera un cadáver. Sin embargo, apostaria mi cabeza á que se batiria por mí con mas bravura que por su propia honra.

XIII.

TRAS LOS MUROS DEL CEMENTERIO.

Después de haber pugnado el sol durante todo el dia, por asomar su roja faz al través de las espesas nubes que se extendian sobre Ferrara, inclinaba al fin la altiva frente sobre la curva del horizonte, como un guerrero fatigado y cubierto de sangre, que, tras el afanar de la batalla, busca el reposo en el seno de las sombras.

La tarde se ostentaba profundamente melancólica; una brisa fria y destemplada hacia flamear las banderas amarradas á las flechas de las torres; las seis acababa de dar el reloj de la antigua catedral, y con unísono acorde era repetida esta hora por todos los campanarios de la ciudad, cuando un coche se detuvo á la puerta del palacio San Germano.

El cochero descendió del pescante para abrir la portezuela, y un hombre de mediana talla, jóven aún, aunque ya marchita y severa la fisonomía, saltó del carruaje y fué á llamar al ventanillo de la gran puerta del palacio, cerrada á la sazon; á tiempo que se abria en el piso principal el postigo de uno de los balcones, y que una cabeza encanecida por los años y animada de impaciencia y de curiosidad se dejó ver un instante, desapareciendo en seguida.

El desconocido que habia descendido del carruaje, y que por su traje militar debia pertenecer á la oficialidad de las tropas pontificias que guarnecian á Ferrara, llamó repetidas veces á la cerrada puerta, y solo después de fuertes golpes el ventanillo se abrió á medias para dar salida á la encorvada nariz del viejo mayordomo del palacio, quien lleno de inquietud preguntó al oficial:

—Qué deseais, caballero?

—Ver inmediatamente al conde de San Germano, contestó el interpelado, con alguna emocion.

—Siento deciros que el señor conde está indispuesto y no visible.

—Sin embargo, insistió el oficial, es de todo punto indispensable que yo le vea ahora mismo.

—Si no me he explicado bien, tornó á decir Martino, examinando con recelo á su interlocutor, os repetiré de nuevo que el señor conde.....

—Basta: no os tomeis esa pena é id á anunciarle mi llegada.

—Pero es el caso que su excelencia no puede recibiros.

—Ya cambiará de resolucion cuando le digais

que el caballero Péppoli, capitan de las guardias pontificias, solicita hablarle sin demora.

—Ni que fuérais su Santidad en persona os recibiria el conde. Volved mañana, caballero, siguió Martino, tratando de no dejar descontento al oficial; el dia ha estado caluroso y frio, mi amo está achacoso, ya se ve, no es de ayer que digamos, y la menor incomodidad le produce dolorosas consecuencias; pero no creais que haya motivos serios de enfadarse; no señor, aquí nada ha pasado que pueda tener visos de escándalo. Quién ha dicho semejante cosa? el conde es mui feliz y la señora condesa.....

—Me haceis perder el tiempo miserablemente, dijo el capitan, interrumpiendo al charlatan vejete; abrid la puerta é id á anunciar mi presencia á vuestro amo.

—No os empeñeis, señor oficial, él no puede recibiros y además.....

—Con mil demonios, exclamó Péppoli perdiendo la paciencia, haced lo que os ordeno,

—Hola! no teneis buen carácter, dijo Martino con visible inquietud: tanto peor para vos; volved mañana.

Y separando violentamente la cabeza, fué á cerrar el ventanillo. Pero no se escapó al capitan la intencion de semejante movimiento, é introduciendo con rapidez el pomo de la espada por el postigo, frustró las pretensiones del terrible cancervero.

—Eso es ya demasiado, exclamó el viejo encolerizado, y forcejeando por cerrar el ventanillo.

—Me romperás la espada, gran tunante, antes de hacerme ceder.

—Caballero!.....

—Lo que tengo que decir á tu amo, le interesa más que á mí.

—Puede ser, pero.....

—Oh! no hai pero que valga, es necesario que hable al conde; le va en ello el honor.

—Cualquiera apostaria, replicó Martino, pugnando por trancar el postigo, que es el vuestro quien reclama lo que se le ha perdido.

—Miserable!.....

—Si insistís en forzar la puerta, daré voces, llamaré la guardia.

—Con mil rayos, vejete abominable, cierra tu postigo y vé á decir al conde, que Güido salió para Bolonia hace quince minutos y que yo vengo en su lugar.

Y retirando la espada del ventanillo, sobre el que Martino se apresuró á echar dobles cerrojos, el capitan abandonó la puerta y se dejó caer contrariado sobre los muelles cojines del carruaje.

—Adónde vamos, excelencia? preguntó el cochero.

—Espera todavía, que el viejo ha de volver.

Cinco minutos despues se oyeron de nuevo pasos en el umbral del palacio; pero esta vez no fué el postigo sino toda la puerta la que Martino se apresuró á abrir.

El capitan volvió á descender del carruaje y se acercó á Martino.

—Entrad, excelencia, dijo el viejo mayordomo

descubriéndose respetuosamente; el señor conde os espera.

El caballero Péppoli, no se hizo repetir la invitacion y subió la escalera. San Germano le salió al encuentro.

—Señor conde.

—Caballero, dijo el anciano cuyo rostro demudado revelaba una violenta sorpresa á la vez que un profundo pesar. Es cierto lo que me habeis hecho decir?

—Os empeño por ello mi palabra, señor conde.

—Oh! no os exijo tanto, añadió San Germano palideciendo. Entremos á esta sala. Sentaos, y explicadme el objeto que os trae.

—Hace veinte minutos que sentí detenerse á mi puerta la dilijencia de Bolonia, y en seguida, vi á Güido profundamente ajitado penetrar en mi casa.

—Qué más?.....

—Su visita tenia por objeto, suplicarme que le sustituyese como padrino en un duelo que teneis pendiente para esta tarde con el marqués de Sforzzi. La amistad que hace algunos años me une á vuestro sobrino, junto con la inquietud, la desesperacion y el dolor que se pintaban en el rostro de Güido, me rindieron á sus ruegos, acepté y me entregó una caja de pistolas que está allá abajo en el carruaje. A más de esto me impuso minuciosamente de las condiciones del duelo, cuya causa no quise ni deseo saber, y me encargó encarecidamente que os suplicase, le perdonáseis la grave falta que cometia al alejarse de vos, en el momento en que vais á exponer vuestra vida;

pero que os protestaba que no se habia sentido con valor suficiente para presenciar el duelo. Todo fué dicho en medio de violentos arranques de desesperacion y de tales muestras de dolor, que me ha dejado profundamente conmovido. Luego hízome jurar por mi honor el cumplimiento exacto de cuanto me habia exijido; subió á la dilijencia, y á la fecha estará ya á algunas millas de Ferrara. He aquí mi mision, señor conde.

—Ingrato! exclamó San Germano dominando la emocion que entorpecia sus palabras, ingrato hijo!

Y reprimiendo su dolor, con un supremo esfuerzo de enerjía, añadió dirijiéndose al capitan:

—Perdonad, caballero, y recibid por vuestro jeneroso proceder hácia mí, las más sinceras gracias.

—Señor conde, estoi á vuestras órdenes, y podeis contar conmigo como con el mas leal de vuestros amigos.

—Conquistais toda mi gratitud, señor capitan, hasta hacerme olvidar la deslealtad que ha motivado esta entrevista.

—Oh! no inculpeis al pobre Güido antes de haber oído su defensa.

San Germano no contestó esta vez, sacó el reloj, vió la hora, y alarmado de la tardanza en que ya habia incurrido:

—Vamos! dijo, que ya el marqués debe estar impaciente.

—No teneis aún algo que arreglar? preguntó Péppoli.

—Nada; hace una hora que esperaba á Güido; estoi listo; podemos partir cuando gusteis.

—Al instante, agregó el capitan.

Y tomando San Germano el sombrero, que Martino visiblemente conmovido le presentaba, salieron de la sala.

Al llegar al principio de la escalera, el conde se detuvo. En una de las habitaciones inmediatas se dejaban oir sordos y extraños rumores.

San Germano paseó en silencio una mirada profunda sobre todo cuanto le rodeaba. Era aquèlla mirada su última despedida del hogar de sus mayores, donde para él habian corrido las horas mas felices de su existencia. Luego fijó los ojos secos y enrojecidos sobre la puerta de aquella habitacion de donde se escapaban los estraños ruidos, y sus labios se contrajeron con doloroso jesto; ahogó un suspiro que casi lo hizo vacilar sobre sus piés, y ofreciéndole á Péppoli el apoyo de su brazo, descendió la escalera.

La puerta en que se habian detenido los ojos del anciano con tan ardiente fijeza, daba al aposento de Leonora, teatro de la catástrofe de la noche precedente.

La condesa, privada aún del uso de los sentidos, estaba acometida de una fiebre violenta y alarmante. Dos facultativos la habian visto hasta aquella hora, y ambos habian dado á una anciana que velaba á la cabecera de la enferma, mui pocas esperanzas.

Esta anciana que servia de madre á la condesa, èra su antigua nodriza; de sus ojos caian copiosas lágrimas sobre la almohada én que reposaba Leonora, quien á pesar de la palidez y de la extrema depresion de sus facciones, parecia bajo las blan-

cas sábanas del lecho, una de aquellas vaporosas y fantásticas visiones que inspiraron á los poetas del Norte su veneracion por las ondinas, y á las que acaso debió Shakespeare el ideal de Ofelia.

Casi por fuerza acababan de dar á la condesa una pocion medicinal; y después de una inmovilidad de muchas horas, sus músculos comenzaban á contraerse; á sus mejillas pálidas subia una rojiza llama que le invadia lentamente el rostro como una marejada de sangre, y extrañas convulsiones se manifestaban en las extremidades de su cuerpo.

De pronto, el coche que esperaba á San Germano y al caballero Péppoli á la puerta del palacio, partió á todo galope. Leonora lanzó un grito de pavor; sus ojos se dilataron despidiendo relámpagos, y como si estuviera ante un fantasma, solo visible para ella, exclamó con los cabellos erizados de espanto y tratando de ocultarse entre los pliegues de las flotantes colgaduras del lecho:

—Deteneos! deteneos! lo que vais á cometer es un crímen!.... Es él! es él! ¿no le reconoceis? ah! piedad! piedad!

—Leonora, hija mia! dijo la anciana estrechándola en sus brazos y tratando de calmarla.

—Oh! no me toqueis, siento caer su sangre sobre mi cabeza.... Yo sí le reconozco, y el insensato va á herirlo. Deteneos, deteneos!

—Sueñas, hija mia, volvió á decir la anciana. Despierta y nada temas, que Magdalena y yo no te abandonamos.

Haciendo un brusco movimiento, Leonora se incorporó casi hasta arrodillarse, y con los labios

lívidos y entreabiertos, la mirada fija y el seno jadeante, como quien espera con la vida en suspenso el terrible desenlace de un drama desgarrador, lanzó en seguida un agudo alarido y cayó murmurando hasta perder de nuevo los sentidos:

—Misericordia! misericordia! le han asesinado!

Entre tanto el carruaje del capitan rodaba con rapidez hacia el ex-convento de cartujos, fundado por Borso de Este en 1452 y convertido más después en cementerio de Ferrara. Pronto dejaron á su espalda la plaza en que se levantaba la estatua de Alejandro VII, que mas tarde, sustituida por una de Napoleon I, fué á su vez reemplazada por la del gran poeta cuyo nombre lleva en nuestros dias. (*)

A algunos pasos de esta plaza, el carruaje que ocupaban Péppoli y el conde, así como un coche cerrado que los precedia á corta distancia, tuvieron que detenerse para dejar pasar un entierro que, saliendo de una calle trasversal, tomaba la direccion del cementerio.

Media docena de hombres, que por sus trajes parecian pertenecer á la clase acomodada de los hosteleros y fondistas de la ciudad, acompañaban el ataud del difunto que, cubierto con un paño mortuorio, era conducido en hombros por los hermanos de una cofradía relijiosa á la cual pertenecia el finado.

Entre los acompañantes de este entierro, solo uno parecia verdaderamente conmovido; y era este un jóven de veinte años á quien todos trata-

(*) Plaza Ariostea.

ban con especial agasajo, pero sin lograr consolarle.

—Cómo quereis que no se aflija cuando pierde á su padre? y qué padre! decia uno de los miembros de la hermandad relijiosa, á un grueso y colorado especiero de Porta-Mare, que marchaba á su lado.

—Diablo! contestó el aludido; cuando se hereda la mejor taberna de la ciudad, y con ella una cava surtida de los mejores vinos de la tierra, no hai razon para mostrarse tan triste é inconsolable.

—Es, hermano, que el sentimiento.....

—Qué cuernos, ni qué Madonna ¡si fuera pobre, vaya! á no tener nada mejor que hacer, podria llorarse la ausencia de la herencia; pero rico, oh! convenid conmigo en que es una imbecilidad de mui mal gusto.

El entierro pasó, y los dos carruajes, tomando cada uno á su vez la misma direccion, aunque por distintas calles, se internaron en los arrabales y luego en los incultos campos que rodeaban el cementerio.

El carruaje cerrado anduvo diez minutos y fué á detenerse bajo los olmos de una avenida, vecina al muro meridional.

En un claro abierto entre la pared y las malezas que separaban á aquella de la avenida, platicaban alegremente cuatro personas que no nos son desconocidas. Al detenerse el carruaje, una de ellas lanzó un grito de agradable sorpresa, y frotándose las manos con nervioso entusiasmo, exclamó malignamente.

—Llegó el galan, señores, la fiesta va á empezar.

—Ten prudencia y no sueltes la lengua, destornillado abate, dijo el marqués de Sforzsi, sujetando á Borelo que se lanzaba hácia el carruaje. Y tú, Bonasorte, añadió con rapidez, vete presto, que no es digno que encuentre á mi lado tres testigos cuando él solo traerá dos.

—Lo que es irme en absoluto, no lo esperes, contestó Bonasorte; yo quiero ver la fiesta. Así, lo más que puedo hacer, es ocultarme.

Y esto diciendo, fué á esconderse tras un seto de espinos á diez pasos del claro.

El marqués no tuvo tiempo de hacerle otra observacion, porque la persona que esperaban estaba, ya frente á él.

Un saludo jeneral, mitad burlesco y mitad cortés, acojió al recienvenido quien gallardamente devolvió esta atencion no sin cierta ironía.

—No os habeis hecho esperar mucho tiempo, dijo Sforzzi.

—Sin embargo, contestó Güido adelantándose, hubiera deseado llegar antes que vos; mas para venir aquí, he tenido que correr cuatro millas por el camino de Bolonia.

—Y por qué habeis tomado un camino tan largo? preguntó Borelo, siempre dispusto á dejarse vencer por la curiosidad.

—Eso solo me compete, contestó Güido con sequedad.

—Por lo visto, no se enseña urbanidad en las dilijencias ni en los caminos reales, replicó el abate mordiéndose los labios.

—No á fé mia, pero en cambio se aprende

en ellas y en ellos á distinguir al postillon de los caballos.

—Qué me quereis decir?

—Que estoi á vuestras órdenes, marqués, dijo Güido dirijiéndose á Sforzzi.

—Veo con extrañeza que no traeis testigos, caballero, contestó el marqués.

—Así es; por no dar á este asunto más publicidad de la que acaso tiene, me he abstenido de solicitar dos amigos que me sirviesen de padrinos, contando con exijiros, llegado el caso, que me cediéseis uno de los vuestros.

—No tengo inconveniente, pero hai una dificultad.

—Cuál?

—Que estos caballeros, dijo Sforzzi, volviéndose á Mansini y al abate, son demasiado amigos mios, para satisfacer las exijencias requeridas en esta clase de asuntos.

—Estimo vuestra delicadeza, marqués; pero es indispensable saltar por sobre tales exijencias, si no temeis que os crea hoi tan prudente, como menguado fuisteis anoche.

—Cuidado, señor mio! dijo el marqués palideciendo.

—Oh! no os violenteis por tan poco, añadió Güido con solemnidad; antes de que os ciegue el orgullo, quiero persuadiros, para no llevar sobre vos ventaja alguna, que estoi decidido, mejor dicho, que tengo necesidad de mataros; no en castigo de vuestro infame proceder hácia mí, que acaso, sin ciertas circunstancias que hoi lo impiden,

os habria perdonado, sino porque así lo exije la tranquilidad de mi conciencia.

—No deja de ser orijinal vuestra necesidad, replicó el marqués sonriendo con desdeñosa petulancia, pero tened entendido, para que no os sorprenda, que pretensiones como las vuestras son mui difíciles de satisfacer.

—Oh! exclamó Güido con acentuada conviccion, lo que es esta, la creo tan á mi alcance, que no temo aconsejaros que hagais las paces con el cielo, antes de que nos vayamos á las manos.

—Traspàsais los límites de las agudezas tolerables, dijo Sforzzi encolerizado, y os aseguro, caballero, que semejantes olvidos son mui peligrosos con los hombres de mi clase.

—Siento que echeis á mala parte, un consejo que es bien intencionado.

—Basta de semejantes ridiculeces, dijo el marqués con impaciencia: terminemos este asunto.

—Como gusteis.

—Mira, Mansini, dijo el abate señalando á su silencioso camarada la elevada copa de uno de los olmos de la avenida, por primera vez en mi vida, veo á una golondrina hacerle frente á un halcon.

—Maldito si yo veo lo que tú, contestó Mansini buscando en lo alto de los árboles lo que Borelo le indicaba.

—Diablo! replicó el abate, no ves nada, porque buscas mui arriba.

—Señores, dijo el marqués interrumpiéndolos, despachémonos que es tarde. Este caballero se empeña en que uno de vosotros le sirva de testigo; aceptais?

—No me faltan escrúpulos, se apresuró Mansini á contestar.

—Pues yo no los tengo, agregó Borelo, y dado caso que esos *señores*, que nunca le faltan á Mansini, vinieran á importunarme, los sacrificaria al placer de ver á mi protejido parar una vez siquiera la estocada favorita del marqués.

—Señor Abate, dijo Güido volviéndose ó Borelo, haceis bien en aceptarme por ahijado, porque vereis cosas mui bellas, y mui en armonía con vuestros gustos.

—No lo dudo un instante, mi querido señor, contestó el abate con alambicada y punzante ironía; y en cambio de los placeres que me prometeis, os ofrezco desde ahora haceros vuestra oracion fúnebre, y recomendaros al diablo para que no os reciba mal.

—Quedareis satisfecho, dijo Güido volviéndole la espalda.

—A la prueba, pues, replicó Borelo, y corrió á presentarle la espada de combate.

El marqués arrojó por tierra su sombrero galoneado en que lucian las blancas plumas de los caballeros al servicio de la corte romana; se despojó de su casaca de terciopelo azul con alamares de oro y seda; y blandiendo la espada que Mansini habia puesto en sus manos, hizo un gracioso saludo á su contrario, y cayó en guardia con la perfeccion académica de un maestro de armas de la escuela napolitana y la típica arrogancia de los duelistas de su época.

Por la destreza en el manejo de las armas y su bravura reconocida, el marqués de Sforzzi habria

figurado con ventaja al lado de los Létorrières, Sainte-Foix, del famoso caballero Eon y del terrible Saint-George.

A juicio de Mansini, el combate que se iba á empeñar era casi un asesinato.

Güido, por su parte, con la mayor sangre fria, imitó uno á uno los movimientos del marqués; como él y no menos erguido é imponente, saludó con desenfado, y esperando la señal del asalto, quedó en guardia á su vez.

—Bravo! bravo! exclamó Borelo, sin poder dominar la sorpresa que le causaba la desenvoltura de Güido y su aplomo marcial. No apunta mal el *señorito*. Mano firme, elástico jarrete, respiracion tranquila.... Mi querido marqués, si no me engaña mi experiencia, la partida te hace honor.

Sforzzi midió á Güido con una mirada de maestro, y volviéndose á Borelo, dijo en francés, con sequedad:

—*Pas mal.*

—Realmente! agregó Mansini, respirando con más facilidad.

Tres palmadas resonaron á intervalos iguales.

Bonasorte desde el seto en que se habia ocultado, levantó la cabeza para abarcar mejor el campo de batalla.

El marqués hizo un jesto de impaciencia. Güido no alteró uno solo de los músculos de su rostro.

Los aceros se cruzaron como dos vívoras que se acometen para darse muerte; y despidiendo llamas por los ojos, ambos combatientes rompieron simultáneamente la guardia, y uno á otro se lanzaron con la misma frenética impetuosidad.

XIV.

A LA LUZ DE LOS HACHONES.

En tanto que acontecia lo que acabamos de presenciar, entre la avenida de olmos y la pared meridional del cementerio, el carruaje que conducia al conde San Germano y al caballero Péppoli, llegó junto á las ruinas de una antigua capilla, que algunos años antes habia estado anexa al ex-convento de cartujos, y del cual la separaba á la sazon el muro occidental del campo de los muertos.

— Vé á esperarnos á la primera encrucijada de la derecha, dijo Péppoli al cochero, tan pronto como él y su compañero descendieron del carruaje.

Y tomando la caja que guardaba las pistolas, siguió al conde que se dirijia á las ruinas de la capilla.

—El sitio no ha sido mal escojido, tornó á decir el capitan, colocando su terrible carga sobre un trozo de columna que yacia por tierra rodeado de malezas. Entre estas ruinas y el viejo muro de ese claustro sombrío, bien puede uno agujerearse cómodamente el cráneo. ¿No sois de mi opinion, señor conde?

—De un todo, contestó secamente San Germano.

El capitan guardó silencio por algunos minutos: el conde fué á sentarse pensativo sobre un monton de escombros.

Péppoli lo contempló largo rato con respetuoso interés; luego, acercándosele de nuevo, le dijo con alguna emocion.

—Sabeis, señor conde, que entre las instrucciones que para este duelo he recibido, hai una condicion mui orijinal y á todas luces difícil de aceptarse?

—Sin embargo, la he aceptado ya, dijo San Germano.

—No me refiero á la careta con que el marqués tiene el capricho de batirse, sino á mayores irregularidades, no acostumbradas en esta clase de asuntos.

—Por ejemplo?

—Que sean vuestras pistolas y no otras, las que hayan de emplearse en este combate á muerte. Y más que todo eso, que vengan esas armas cargadas de antemano, cuando es de lei, que semejante operacion tenga efecto en presencia de los testigos de ambas partes.

—No os preocupeis por eso, contestó San Ger-

mano ; jamás he hecho uso de esas pistolas, que tampoco son mias, y si vienen cargadas, fué para ganar tiempo, que Güido y los testigos del marqués se anticiparon á hacerlo.

—En ese caso nada tengo que objetar; pero sí añadiré, que habeis sido acertado, en preferir la pistola, tratándose de un hombre tan hábil en el manejo de la espada, como el marqués de Sforzzi.

—Para mí habria sido indiferente la especie de armas que se empleasen en este duelo; pero ha sido mi contrario quien elijió las que habeis tenido la amabilidad de traer.

—Singular me parece la eleccion en el carácter del marqués, quien á la fecha cuenta quince duelos al florete, habiendo salido de todos ellos triunfador. Pero no oís? dijo el capitan interrumpiéndose de pronto, y prestando atencion á un ruido extraño que venia de la parte meridional del cementerio,

—Sí, centestó San Germano, inclinándose para percibir mejor; y si no me engañan los oidos, es el roce violento de dos espadas lo que produce ese ruido.

—Oh! no me queda duda, exclamó el capitan : se baten detras de ese ángulo, y á juzgar por lo repetido de los golpes, la riña debe ser encarnizada.

—Quién será el infeliz, murmuró el conde, que venga así su honor tan cerca de nosotros! E inclinando de nuevo la cabeza, guardó silencio y esperó.

El lejano ruido que al chocarse producian las espadas, se prolongó aún por algunos segundos;

luego cesó de súbito, y un quejido cruzó el aire en las alas del viento.

—Lo que fué, terminó, dijo Péppoli conmovido.

—Está muerto! está muerto! exclamaron algunas voces detrás del ángulo del cementerio.

Y el silencio volvió á reinar de nuevo en torno de la sombría morada de los muertos.

La tarde caía triste en el seno de la noche. Los últimos resplandores del crepúsculo combatian en vano las sombras invasoras, que extendian sus negras alas sobre el dia agonizante, con la suprema majestad de la muerte.

El capitan no insistió en sus observaciones; y mudo como el conde, quien pálido y sombrío como el dios de la venganza, se destacaba bajo los quebrados arcos de la capilla, vió salir de detrás del ángulo del cementerio y por entre los festones de enredaderas que caian de las paredes, al abate Borelo seguído de un hombre enmascarado.

—Hélo aquí! dijo Péppoli sobresaltado é indicando al conde su terrible adversario.

San Germano se estremeció, y con los ojos inflamados como áscuas enrojecidas, se puso de pié en actitud amenazante.

—Por más que el marqués se haya cubierto el rostro con esa máscara negra, tornó á decir el capitan, le reconoceria á una milla por las plumas blancas de su sombrero galoneado y por su inseparable compañero.

El conde guardó silencio.

—Ola Péppoli, díjo el abate adelantándose, y tendiendo al capitan su delicada mano, celebro én-

contrarte, pues tengo que exijirte un servicio de importancia.

—Estoi á vuestras órdenes, señor abate, contestó el capitan; pero decidme ántes que todo, ¿sois el testigo de este encuentro?

—Ya lo ves, *mio caríssimo.*

—Supongo entonces que conoceis las condiciones de este duelo?

—Vaya! como á mis puños de encajes. Pero qué diablos! agregó Borelo notando la oscuridad que empezaba á rodearlos, y tratando de reconocer al conde entre las sombras de las ruinas; dentro de poco quedaremos en tinieblas, y la luna que se levanta, apenas si permitirá distinguirnos.

—No es culpa nuestra el que la noche nos haya sorprendido, contestó Péppoli; hace media hora que os esperamos.

—Teneis razon; pero tampoco puede echársenos en cara la falta de puntualidad. La tarde ha sido laboriosa, agregó Borelo riendo malignamente, y para empezar aquí, era necesario terminar antes allá. Pero no hai cuidado; yo trataré de conciliarlo todo.

Y volviéndose á los dos adversarios que de pié é inmóviles permanecian á treinta pasos de distancia, agregó con su acostumbrada desenvoltura:

—Esperad un momento, caballeros, que podríais haceros grave daño si no vieseis con claridad lo que debeis hacer. Para proporcionaros la apetecida luz que nos niegan los astros, se me ha ocurrido una idea que vale tanto como el famoso *fiat* que iluminó el universo.

—Abusais, señor abate, dijo Péppoli con severidad.

—Oh! no te impacientes, mi querido capitan, contestó Borello con cínica desfachatez; critica solo mi proyecto cuando le conozcas, si es que no lo encuentras adaptable. Como acaso no lo ignoras, el imbécil de Carpinetto, por no saber volar, acaba de llegar derrengado al cementerio, y como buenos amigos que fuimos hasta ayer, espero no me negará dos hachones de los que alumbran á estas horas su respetable figura de tramposo, mientras que el sepulturero le hace el hoyo, y sus cofrades de San Roque le entonan el *de profundis*

Péppoli dirijió al conde una mirada interrogadora.

San Germano ajitó la cabeza en señal de aprobacion, y el abate, confiado en sus prerogativas clericales, corrió á la iglesia del Campo santo, donde el cadáver de Maese Carpinetto recibia de la hermandad relijiosa á que habia pertenecido, las últimas demostraciones de piedad.

La luna se levantaba pálida y melancólica por sobre las copas de los olmos, esparciendo su débil y plateada claridad sobre aquellos campos tristes y silenciosos como los fúnebres claustros que rodeaban, y en los que tantas jeneraciones dormian el sueño del sepulcro.

La ausencia de Borelo duró pocos minutos, en cuyo tiempo ni el capitan, ni el conde, ni el hombre de la máscara, hicieron un movimiento.

—Peste! exclamó el abate presentándose de nuevo y entregando á Péppoli dos negros y robustos hachones: héme aquí, pero casi asfixiado.

Esos malditos plebeyos se corrompen con exajerada facilidad. No eres de mi opinion, capitan?

—No hagamos esperar por más tiempo á estos caballeros, dijo Péppoli.

—Tienes razon, amigo mio, yo sé por experiencia cuánto sufre el que espera ver muerto á su enemigo, y le ve vivo frente á sí. Despachémonos.

Y encendiendo los hachones, los clavó en el suelo, uno frente á otro, á veinte pasos de distancia.

—Ya ves, mi impaciente amigo, volvió á decir el abate dirijiéndose al capitan, que así no hai temor de errar; y que estos caballeros deben agradecer á Carpinetto la muestra de fúnebre cortesía que tan jenerosamente se ha prestado á ofrecerles.

—Basta de sutilezas, señor abate, dijo el conde con enérjica severidad; y decid al marqués que se descubra el rostro, si no quiere obligarme á profanar su cadáver.

Estas solemnes palabras pronunciadas con fuego, pero sin arrogancia, hicieron estremecer al abate, quien, desconcertado y pensativo, apenas pudo contestar confusamente las preguntas que el capitan le dirijió en seguida.

—Me habeis dicho, señor abate, que conoceis las condiciones de este duelo?

—Sí.... así es, capitan,.... las conozco,.... veinte pasos: marchar uno hácia el otro, y disparar á voluntad.....

—Eso es horroroso, dijo Péppoli, pero tales son los términos fijados.

—Oh! no es posible! murmuró el abate, preo-

cupado como hablando consigo mismo, ¿habré oído mal? me habré engañado?

—Qué decís? preguntó de nuevo el capitan.

—Nada! contestó Borelo enjugando el sudor que humedecia su frente; diabluras que á veces se me vienen al espíritu.

—Hé aquí pues las pistolas.

—Los pasos están medidos.

Y entregando cada uno de ellos á su respectivo protejido, el arma que habian tomado á la suerte, el conde San Germano y el hombre de la máscara se colocaron frente á frente, al lado de los hachones que habia encendido el abate.

Pero apenas la rojiza luz del hachon que el conde tenia á su derecha, hubo iluminado su rostro venerable, Borelo palideció profundamente y retrocediendo horrorizado, exclamó sin saber lo que decia:

—No! esto es imposible! señores, este duelo...

—Habeis perdido el juicio? preguntó Péppoli sorprendido.

—Es que yo no me esperaba....

Y Borelo se detuvo cortado. El hombre de la máscara, con un dedo sobre los lábios en señal de silencio, dirijia hácia el abate en actitud amenazante el arma que tenia en la mano.

Péppoli dió la señal de combate.

El conde armó la pistola que empuñaba, y á pasos lentos se dirijió al encuentro de su adversario, que á su vez se habia puesto en movimiento.

Borelo habia inclinado la cabeza, y el capitan sin comprender el motivo de la extraña emocion que se habia apoderado del abate, seguia con el

corazon palpitante la marcha solemne y progresiva de los dos terribles adversarios.

Dos pasos los separaban solamente: San Germano levantó la pistola y apuntó al corazon de su contrario: el enmascarado hizo el mismo movimiento. El conde arrojó un rujido de odio: una ráfaga de viento apagó los hachones: de las dos armas no se oyó sino una sola explosion, y un cuerpo inanimado rodó por tierra hasta tropezar con los piés de San Germano.

—Qué horror!! gritó Borelo cayendo á su pesar y de rodillas junto al cadáver de su protejido.

El conde dió un paso hácia adelante con intencion de arrebatar la máscara que cubria las facciones de su enemigo, pero se detuvo al momento, y volviéndole la espalda, se alejó murmurando:

—Sí! está muerto, me he vengado.... Pero en cambio de esta satisfaccion ¿qué me queda en el alma?

"El remordimiento" dijo á su oído una voz misteriosa.

Un silencio profundo se siguió á estas palabras del anciano.

Péppoli encendió de nuevo uno de los hachones, y acercándose á San Germano, que se habia separado algunos pasos del cadáver, iba á excitarle á partir en el acto, cuando se vió interrumpido por los gritos de Bonasorte y de Mansini quienes, rompiendo las malezas que rodeaban las ruinas, llegaban exclamando:

—Abate del demonio, dónde estás?

Borelo no contestó.

—El marqués está espirando, gritó de nuevo Bonasorte; es necesario que nos apresuremos á llevarlo á Ferrara.

—El marqués ha muerto, dijo Péppoli con solemnidad.

—Te engañas; aun podemos salvarle, se apresuró á decir Mansini; le hemos depositado en la casucha del sepulturero para evitarle el sereno de la noche; pero no debemos perder tiempo.

—Sois todos unos farsantes, exclamó irritado el capitan, que tomaba aquellas nuevas por una burla sacrílega. El marqués está ahí, muerto; miradle.

—Ese no es Sforzzi, dijeron á la vez los dos amigos del marqués.

—Miserables, gritó Péppoli, cómo os atreveis á sostenerme que el que teneis delante no es el marqués de Sforzzi?

—No es él, lo repito, dijo Mansini encarándose al capitan.

—Pues quién es ese hombre? dijo San Germano demudado y acercándose al cadáver.

—El conde!! dijeron á una y retrocediendo Bonasorte y Mansini.

—Contestad, ¿de quién es ese cadáver? volvió á preguntar San Germano, trémulo de pavor y de asombro.

—No lo sabeis?

—He creído batirme con el marqués de Sforzzi.

—El marqués acaba de ser herido de muerte en otro duelo.

—Pues á quién me habeis hecho asesinar, mise-

rable enjendro del averno? exclamó San Germano volviéndose aterrado hácia el abate.

—Oh! no me exijais que sea yo quien lo diga, dijo Borelo balbuciente.

San Germano, confundido y perplejo ante aquella escena inexplicable, dirijió una mirada de estupor á cuantos le rodeaban. Todos bajaron la cabeza.

Luego hubo una pausa abrumadora, en que solo se oyó el susurro del viento entre los árboles, y el agudo chillido de una ave nocturna que pasó rozando con sus alas la cabeza del abate.

Bonasorte fué el primero en reponerse; se acercó al capitan, y lleno de emocion murmuró un nombre á su oído.

Péppoli lanzó un grito de terror.

El conde, sin poder resistir por más tiempo la desesperacion y la agonía que se habian apoderado de su alma, corrió hácia el cadáver y con mano resuelta le arrancó la careta.

—Misericordia! exclamó el abate ocultándo el rostro entre las manos.

—Dios eterno!!!! exclamó el conde retrocediendo horrorizado.

Y un grito unánime de doloroso asombro acompañó el primer alarido de San Germano, quien de nuevo se precipitó sobre el cadáver, repitiendo como enajenado y con acento desgarrador:

—Güido! Güido! eres tú? no me engañan mis ojos? no es un sueño? háblame, mírame; no me maldigas: soi yo, tu padre, quien te ha asesinado sin misericordia.

(13).—IMPRENTA FEDERAL.

Y sacudiendo el cadáver como para devolverle á la vida, añadió fuera de sí:

—Oh! yo estoi loco, no es él, no es Güido; mi mano habria temblado al darle muerte. Decidme, señores, que no es él, repetidlo por Dios. ¿Dónde teneis el corazon?

—Señor conde, dijo Péppoli, ahogado por el llanto y tratando con dulzura de separar á San Germano, del cadáver, abandonemos esta escena de sangre.

—Qué decís? gritó el anciano estrechando entre sus brazos el cuerpo inanimado de Güido: abandonarlo? nunca! jamás! Oh! no teneis entrañas, que de lo contrario ya me habríais atravesado el corazon con vuestra espada.

Y notando en una de las manos del cadáver un pedazo de papel que aun sostenian sus crispados dedos, lo arrebató con desesperacion, y á la luz del hachon que sostenia el capitan, leyó para sí con voz entrecortada por violentos sollozos.

"Perdon señor: ella es inocente; yo solo soi culpable."

San Germano arrojó un alarido y cayó desplomado en los brazos de Péppoli y de los dos amigos del marqués, que se apresuraron á socorrerle.

Solo el abate permaneció de rodillas, inmóvil, en el mismo lugar en que se habia prosternado.

El desvanecimiento del anciano fué de pocos instantes. Sus ojos se abrieron de nuevo, pero esta vez secos y escaldados, y juntando las manos que elevó al cielo con indecible expresion de congoja, exclamó con dolorido acento, volviéndose hácia el cadáver:

—Ai! si me hubieras dicho que la amabas, yo te habria perdonado!

Luego posó los labios sobre la frente pálida de Güido, y levantándose en seguida con violencia repentina, arrojó una estridente carcajada; y mostrando el cadáver á los atónitos espectadores de aquella escena desgarradora, añadió jesticulando como un enajenado:

—Silencio! señores, que el marqués está dormido y puede despertar. No hagais ruido; mirad: el diablo vela junto á él.

Y riéndose nuevamente con extraña y desgarradora expresion, se dejó conducir al carruaje por el capitan y Bonasorte; mientrás que Mansini se alejaba por el extremo opuesto de las ruinas, hácia la casucha del sepulturero, donde habia dejado á Sforzzi moribundo.

El conde San Germano habia perdido la razon.

XV.

NO HAI SACRIFICIO ESTÉRIL.

Borelo, siempre de rodillas, con los ojos fijos en el suelo y los brazos caídos á lo largo del cuerpo, habia quedado solo, junto al cadáver ensangrentado de Güido, al que débilmente iluminaba la oscilante llama del hachon.

Por uno de esos fenómenos extraordinarios, que el hombre prudente no se explica, sino haciéndolos emanar de los ocultos designios de la Omnipotencia, y cuya explicacion psicolójica pondrá siempre en grave embarazo á esa sibila infalible que todo lo descubre, que todo lo analiza y que todo lo esclarece en nuestros dias, apoyada en la prodijiosa palanca de la razon humana, que es como si dijéramos, apoyada en el átomo para re-

mover la inmensidad: por uno de esos fenómenos, que humildemente calificamos nosotros de incomprensibles, el abate sentia latir dentro del pecho su corazon petrificado hacia ya largos años; mientras que en su alma despiadada, y hasta entonces sorda á todo reclamo de la conciencia, levantaban los remordimientos terrible tempestad.

Por la primera vez sentia el abate como suyo, el dolor de la herida que su mano habia hecho en otro corazon; y á la vez que experimentaba el torcedor oculto del remordimiento, se daba á reflexionar en lo que jamás habia pensado: en la responsabilidad moral de sus acciones, de las que un dia habria de rendir estricta cuenta ante el Supremo Juez.

A pesar de su descreimiento, Borelo por fortuna, no profesaba á la diosa ciencia, el respeto y la veneracion que ha merecido del orgullo humano esta hija de la intelijencia limitada del hombre; ni estaba tan adelantado en creencias relijiosas, como nuestros modernos filósofos; que á haber profesado una de esas teorías que limitan su sistema filosófico á la negacion de la espiritualidad de una parte de nuestro sér, y con ella, como lejítima consecuencia, á la irresponsabilidad de nuestras faltas, el abate no habria tenido nada que reprocharse, ni menos que sentir de su conciencia, en la que los remordimientos no habrian tenido razon de ser; por que atribuida la responsabilidad de los hechos del hombre, no al alma, á quien no se concede la inmortalidad, ni á la materia, de suyo irresponsable, sino únicamente á la madre naturaleza que tuvo el poco tino de no

dar á la luz su obra perfecta, de hecho el hombre venia á quedar absuelto.

Borelo, aunque pervertido, conservaba sin embargo en el fondo de su alma la semilla derramada sobre el mundo, desde la cima del Calvario por el Hijo de Dios; y esa semilla, que á veces parece perdida en absoluto entre el fango de los vicios que dominan la humanidad, revive, surje y da copiosos frutos, al menor rayo de fe, de amor, ó de filantropía que ilumina el abismo donde fué depositada.

Como síntoma primero de su arrepentimiento, el abate sintió correr copioso llanto de sus ojos siempre secos, donde jamas habia asomado una lágrima. Y así como tras la nube que se disuelve en lluvia, luce el cielo hasta entonces velado, así al correr aquellas lágrimas, la embotada conciencia del abate cobró toda la sensibilidad que hasta entonces le estuviera vedada.

La sangre de Güido le abrasaba el corazon. Del drama desastroso que habia tenido lugar en aquel sitio, era él la causa y el principal ajente; y todo por una ruin rencilla, unida á la satisfaccion de sus instintos depravados.

Dominado Borelo por la tempestad que rujia en su alma, hizo un esfuerzo y levantó la cabeza. La noche, la oscuridad, la cercanía del cementerio, aquel cadáver sangriento, iluminado por el cirio mortuorio, y la soledad que le rodeaba, exaltaron su espíritu abatido ante aquella escena de profunda desolacion. A su memoria, y como llamados por una voz misteriosa, se agolparon los recuerdos de todos los devaneos y de todos los

horrores de su vida libertina. El silencio se pobló de ruidos discordantes; el viento trajo á sus oídos, con los gritos del festin y las alegres carcajadas de la embriaguez, lamentos y sollozos, y lúgubres quejidos y maldiciones que hacian temblar la tierra. De cada estrella que asomaba en el cielo, temió ver desatarse el rayo de la venganza divina: y de todas las sombras, de las grietas de las ruinas, del follaje de los árboles, y de los mil antros pavorosos que finjia la oscuridad, vió surjir, como aves nocturnas evocadas por el jenio de los sepulcros, numerosos fantasmas que tumultuosamente corrieron á su encuentro describiendo caprichosos jiros, hasta rodearle en un inmenso círculo.

Vestian estos fantasmas, harapos en los que resaltaban pedazos de brocado, cintas de oro y entrenzados de perlas y rubíes. Un pié descalzo, seco y ennegrecido por el polvo de la tumba, holgado el otro, entre pantufla de razo descolorido, bordada de esmeraldas. Mantos flotantes, raídos por el soplo de la muerte; túnicas de encajes que se deshacian al contacto del aire, y vaporosos velos que sostenian sobre las frentes coronas de rosas y azahares marchitos, que lucian como manchas de lodo sobre el blanco y terso cráneo roído por el traidor insecto del ataud. Borelo reconoció á todas estas figuras desde el primer momento; todas le habian acompañado con la copa del deleite en la mano, durante las tempestuosas horas de la orjía.

En medio de esta cohorte de impúdicas bacantes, se destacaban envueltos en sus blancos suda-

rios los compañeros de sus placeres, muertos por extenuacion sobre el campo de batalla de los vicios; y en medio de todos ellos aparecia la figura de Maese Carpinetto, terrible y amenazante, cual la del jenio de las eternas sombras.

Sobrecojido de pavor, el abate dió un grito y cerró los ojos para no ver los jestos, las amenazas y las grotescas actitudes que tomaban en su cínica danza aquellos espectros acusadores. Pero con cerrar los ojos y ocultar el rostro entre las manos, pretendia sustraerse de la vista repugnante de aquellos seres fantásticos que enjendraba su exaltado cerebro, no por ello dejaba de sentir el ruido de las copas que se chocaban entre sí, ni el aire impuro que ajitaban sus desgarradas y flotantes vestiduras, ni los besos helados que todos aquellos labios sin vida, venian á depositar sobre su frente.

Pasando sucesivamente por todas las emociones á que el terror condena de ordinario á sus víctimas, sintió de súbito agotada su enerjía, y acometido de nervioso temblor, rodó por tierra sin sentido.

Un silencio profundo volvió á reinar por algun tiempo en torno de aquellos dos cuerpos inanimados; luego fué interrumpido por el pausado rodar de un carruaje, que pasó á pocos pasos de las ruinas de la capilla, y por la voz conmovida de un hombre que dijo al divisar los escombros:

—Creédmelo, marqués, si cien años viviera, jamás se borraria de mi memoria la escena que he presenciado en esas ruinas.

—Pobre diablo! contestó débilmente otra voz dentro del carruaje, ¿pero murió súbitamente?

—Oh! como herido por un rayo. Cuando Bonasorte y yo llegamos, ya era cadáver.

—Te aseguro, Mansini, que es de los pocos hombres que me hayan engañado: jamás lo habria creído á la altura á que se ha levantado.

—Y vos ¿cómo os sentís con el movimiento? preguntó Mansini.

—No tan mal como suponia.

—Sin embargo, no hableis más, estais mui débil y podeis volver á la postracion que tanto pudo alarmarnos.

—Está bien, callaré; pero dime ántes, qué se ha hecho el abate?

—Esa es toda una historia que os contaré mañana.

—Extraño que no venga con nosotros; acaso fué á acompañar al conde.

—No, Borelo quedó con el cadáver; y no lo vais á creer.....

—Qué?

—Por primera vez lo he visto llorar esta noche.

—Quieres burlarte de mí?

—No marqués; el abate lloró como lloramos todos en presencia del dolor y de la desesperacion de San Germano.

—Oh! si eso es cierto, dijo Sforzzi, el abate se le ha escapado al diablo.

El carruaje se alejó lentamente, y el silencio volvió á reinar de nuevo entre las ruinas de la capilla.

La luna habia recorrido ya la mitad del cielo,

cuando gracias á la accion reparadora de la frescura de la noche, el abate recuperó sus facultades.

El hachon que se habia conservado encendido á favor de un manojo de arbustos que le habian servido de pantalla contra los ataques reiterados del viento, habia mermado notablemente de tamaño.

Borelo tornó á abrir los ojos y á levantar la cabeza; pero esta vez no era el mismo hombre de algunas horas antes: sus cabellos habian encanecido, una arruga profunda dividia del uno al otro extremo su frente pensativa, y de sus ojos tan audaces, habia huido para siempre aquella chispa infernal que encendia sus miradas, dejando en cambio á su fisonomía una expresion inalterable de supremo dolor y de profunda melancolía.

—Oh! no ha sido un sueño, exclamó suspirando y con resignada conviccion; héme aquí frente á él.... y frente á ti, Dios mio! añadió elevando al cielo su rostro envejecido, frente á ti, á quien tanto ha ofendido la impiedad de mi alma.

E inclinándose de nuevo sobre el cuerpo inanimado de Güido, con la enérjica entereza de quien ha tomado una resolucion inquebrantable, posó una de las manos sobre la herida mortal que aquel habia recibido en el pecho, y volviéndose hácia el Omnipotente con la solemnidad y el fervor del arrepentimiento, exclamó ahogado por las lágrimas que abundantes corrian de sus ojos:

—Perdóname Señor! Extiende tu misericordia hasta mi alma envilecida; que yo por esta sangre que humedece mi mano, te juro hacerme digno

del perdon que te implora mi corazon atribulado.

Y como esperando de lo Alto una respuesta á su ferviente súplica, el abate permaneció algun tiempo en la misma actitud.

Vana esperanza! ni un rumor lejano contestó á aquel voto ferviente de su alma, ni una voz misteriosa cruzó el viento: la calma era profunda, la inmensidad se ostentaba impenetrable.

Borelo dejó escapar un suspiro de desaliento y de dolor, é incorporándose sobre las rodillas, iba á levantarse para huir como Cain de la presencia de los hombres, cuando sintió bajo su mano que todavía reposaba sobre el pecho de Güido, un lijero estremecimiento, y luego el ajitado palpitar de un corazon hasta entonces paralizado.

El abate lanzó un grito de indecible alegría: el cielo no era sordo á sus ruegos.

Y trémulo de emocion y de reconocimiento, al par que lleno de piadosa efusion, besó la tierra humedecida con la sangre de aquel mártir de su deber y de su amor; y arrancándo las frívolas galas de su traje, como si fueran ellas los lazos que le ataran al mundo y á su pasado licencioso, se apresuró á devolver la vida á aquel cuerpo ensangrentado, emblema de su arrepentimiento, íris de su esperanza.

La vida humana es una cadena misteriosa, que sostiene en íntima relacion á todos los seres entre sí; uno de sus extremos parte de la naturaleza, es decir, de la madre comun; el otro va á per-

derse en el infinito, atraído por Dios. Sin quererlo, y acaso muchos sin desearlo, todos obedecemos á los mismos propósitos, y mútuamente nos trasmitimos esas sublimes enseñanzas que tienden al desarrollo del principio constitutivo de nuestro sér moral.

Así, no hai sacrificio estéril para el hombre: la sangre jenerosa de Güido redimia el alma pervertida del abate.

XVI.

DOS AÑOS DESPUÉS.

A pocas leguas de Ferrara, más allá de Ponte-Lagoscuro, sobre una de las márjenes del Po, y en medio de esa fértil campiña que se extiende como un inmenso manto de verdura, entre los diques que aprisionan la rápida corriente del ya citado rio y las ondas del Adije, se destacaban á la izquierda del camino que conduce á Rovigo, y sobre una pequeña eminencia rodeada de robustas encinas, los agudos techos de una modesta quinta en cuyo establo pacian holgadamente doce hermosas vacas de esa raza privilejiada de la Friza, y en cuyos campos cultivados con esmero crecian mieses y legumbres, con extremada abundancia.

Dos años han trascurrido después del drama desastroso que dejamos narrado.

Los primeros rayos de un sol de primavera, despuntado entre nubes de nácar y festones de grana, en el remoto horizonte, doraban la empinada techumbre de la quinta y las altas copas de las encinas que la rodeaban.

La naturaleza hasta entonces inmóvil, se estremecia al contacto de los ardientes dardos que el astro-rei desde su carro de fuego, lanzaba sobre ella; y agradecida entonaba al Creador ese himno inmenso de notas y armonías inimitables, en que diariamente toma parte toda la creacion para rendirle homenaje de amor.

El campo se coloreaba de variados matices. Los pesados vapores de la noche, que cual blancos sudarios se extendieran sobre la tierra, subian lentamente á perderse en el espacio. Los arroyos corrian coronados de flotantes espumas. Las flores abrian sus cálices. El viento esparcia la fragancia que robaba á las plantas. Las aves, sacudiendo sus plumas, cantaban en el borde del nido ó cruzaban lijeras el anchuroso azul. El insecto sumbaba, saltando de hoja en hoja. El reptil, atraído por la luz, se asomaba á los poros de la tierra, para gozar á su vez del calor anhelado. Los rebaños salian de los establos, para ir á saborear la yerba nueva impregnada de rocío; y numerosos grupos de robustos campesinos, armados con sus hierros de labor, tornaban alegremente á la diaria fatiga.

Todo era movimiento, alegría, animacion. La aurora, como la juventud, es risueña y festiva: con ella renace la esperanza; con ella da principio la vida. Por eso cuando tiñe el horizonte, el

hombre la saluda lleno de júbilo sincero: en el curso del dia puede tener desengaños, en la mañana todas son ilusiones.

En medio de este cuadro de espontánea poesía, uno de los balcones del piso alto de la quinta se abrió para dar paso á un hombre jóven todavía, pero profundamente pálido y demacrado, quien aspirando con avidez las frescas auras de la mañana, fué á apoyarse en la balaustrada del balcon, á que se enlazaba por mil hilos ocultos toda una cortina de enredaderas y jazmines.

Esa mezcla de apacible tranquilidad y de dulce melancolía que, así como revela la placidez de una alma depurada de funestas pasiones, acusa las más veces un sufrimiento íntimo y concentrado, se traslucia en la mirada triste de aquel jóven, cuyo rostro enflaquecido no habia perdido sin embargo su primitiva hermosura.

Apenas se apoyó en la balaustrada, levantó la cabeza sombreada por ese noble tinte de austeridad que realza en los hombres la pureza varonil de las facciones, sin alterar la injénua expresion de los sentimientos del corazon; y fijando los negros ojos en la rápida corriente del rio que se deslizaba á sus piés, lanzó una mirada investigadora sobre la estrecha senda que enlazaba á la quinta con la aldea de Ponte-Lagoscuro, cuyos rojos techos lucian abrasados por el sol, tras los altos malecones que defienden aquellas comorcas de los siempre amenazantes desbordamientos del Po.

Por más de media hora y con perseverante

tenacidad, sus ojos no se apartaron de aquella zona atravesada por el camino que conducia de Ferrara á Rovigo, y cansado al fin de no ver aparecer lo que anhelaba, arrojó un hondo suspiro y se apartó del balcon visiblemente preocupado, y murmurando para sí:

—Será posible que tampoco venga hoi? Su aucencia empieza ya á in inquietarme.

Pero aun no habia desaparecido completamente del balcon el melancólico y desesperanzado jóven, cuando en uno de los recodos de la senda y marchando hácia la quinta, apareció apoyado en un baston de viaje, la alforja al hombro y los piés calzados de rústicas sandalias, un relijioso de mediana edad y de rostro venerable, que recibia de todas las personas que encontraba en su camino, las más vivas demostraciones de consideracion y de respeto.

—Adios, padre José, decian unos descubriéndose y tratando de besarle las manos que el relijioso esquivaba á tales muestras de veneracion, pero que luego les tendia para estrechar en ellas las no menos robustas y encallecidas de aquellos injenuos campesinos.

—Dios acompañe á su reverencia, decian otros.

—Hoi estoi de fortuna, exclamaba este al divisarlo.

—Bendecidme, buen padre, decia aquel inclinándose.

Y repartiendo entre aquellos agradecidos corazones, ya una palabra de consuelo, ya un consejo cariñoso, ya un agasajo sin afectacion, el padre José llegó á la quinta, de donde salieron á reci-

birle con manifestaciones de alegría, una mujer ya entrada en años, algunos mozos de labor y uno de esos vigorosos mastines de los Alpès, que fué á tenderse á los piés del relijioso, tan pronto como este, deponiendo el morral y arrojando al suelo su báculo de viaje, se hubo sentado, agobiado de fatiga, sobre uno de los bancos de piedra que se hallaban á la entrada de la casa.

—Hoi hace dos semanas que salió de aquí vuestra señoría, ofreciéndonos volver al dia siguiente, dijo la anciana en tono de afectuosa reconvencion; y si no es por Pepino que fué el sábado á Ferrara y que nos trajo la noticia de que os habia encontrado cargando con dos criaturas medio muertas, que con peligro de vuestro vida habias salvado de un incendio, estaríamos á estas horas sin hallar que pensar de una ausencia tan larga.

—Tienes razon, Jovana, contestó el padre José, enjugando el sudor que á pesar de la frescura de la mañana, inundaba su frente: verdad es, que salí con intencion de volver al dia siguiente, pero acontecimientos graves é imprevistos me han detenido hasta hoi en la ciudad; así como otros de no menor importancia, me llevarán mañana hácia Finale, donde se ha declarado una horrible epidemia, y donde muchos desvalidos tienen necesidad de la caridad de sus hermanos.

—Bueno es hacer el bien, padre José, volvió á decir la anciana, pero no hasta el extremo de sacrificarse por salvar la vida ajena. Mirad como teneis los piés de hinchados; yo no sé porque no adoptais otro calzado más cómodo y más sano que

esas toscas sandalias, ni menos, porque no viajais á caballo.

—Oh! no repitas esa impiedad, mi buena amiga, díjola el relijioso con dulzura; los que como yo se han consagrado á aliviar en lo que pueden las miserias de sus semejantes, jamás deben pensar en sí mismos.

—Pero; ¿qué hareis, señor, cuando ya no podais andar? insistió en preguntar Jovana.

—Entonces habrá motivo para dejarme conducir por un asno; pero, á Dios gracias, aun puedo hacer fácilmente ocho millas de una tirada, como las he hecho esta mañana.

—Siempre la misma terquedad, agregó la anciana presentando al fatigado caminante una taza de leche caliente, que uno de los mozos habia traído del establo: está visto que no teneis remedio humano.

—Ai! nada seria eso, exclamó el padre José con profundo desaliento, si en cambio pudiera conquistarme la clemencia del cielo.

Y después de tomar algunos sorbos de leche, añadió interrumpiendo á su respetable ama de llaves que se disponia á replicarle:

—Ocupémonos de algo más interesante. ¿Cómo está Albano?

—Ni más ni menos qué como le dejásteis: siempre triste, pero tambien siempre manso y sin hiel.

—Pobre jóven!.... murmuró el relijioso, secándose una lágrima que se desprendió de sus párpados. ¿Cómo haré para hacerle conocer el motivo de mi ausencia, y sobre todo, los detalles de esa historia desgarradora, que me exije diaria-

mente? Dudo que tenga valor y fortaleza para soportar de improviso la felicidad, así como ha tenido resignacion para sobrellevar la desgracia. Pero en fin, Dios me ayudará.

Y volviéndose á Jovana que le miraba atenta, añadió con su habitual dulzura:

—Supongo que no ha faltado ni la leche ni el pan, que diariamente se reparte entre los niños pobres y los ancianos del vecindario?

—No señor, por el contrario, ayer sobró la porcion correspondiente á los dos hijos del tullido.

—Y por qué? preguntó con sorpresa el padre José; no vinieron á buscarla? y si asi fué, no hubo una alma caritativa que se la fuera á llevar?

—Nada de eso, mi padre, contestó Jovana; sobró el pan y la leche por que los dos niños, que como sabeis, venian enfermos hace mucho tiempo, murieron á la vez y casi repentinamente, á pesar de los cuidados del señor Albano, que no los abandonó sino cuando ya eran cadáveres.

—Pobres criaturas!.... Y dices que Albano los asistió con solicitud?

—No hubiera hecho más por sus hijos.

—Dios mio! Dios mio! exclamó el relijioso elevando á lo alto sus húmedos ojos; él sí que es digno de tu misericordia.

E inclinando la cabeza quedó absorto por algunos minutos; luego dió á Jovana en voz baja algunas instruciones; entró á la casa, y conmovido subió la escalera y fué á llamar á la puerta de la habitacion de Albano.

Componíase esta de dos piezas medianas, con balcones que se abrian sobre el rio. La una le

servia de dormitorio, la otra de sala de trabajo. En la primera apenas se veia un modesto menaje de soltero; en la segunda habia, si no lujo de muebles, por lo menos profusion y aglomeramiento de diversos objetos: las paredes estaban cubiertas por estantes que llegaban al techo, y estos estantes cargados de libros de ciencia, de arte y literatura. Sobre las mesas se encontraban confundidas, obras de medicina y tratados de agricultura, y de botánica, con instrumentos de astronomía, mapas jeográficos, cajas con colores, pinceles, y gruesos legajos de papel que encerraban toda la historia del ducado de Ferrara, desde el siglo en que fué fundada la ciudad por una de aquellas poblaciones del norte de la Italia, que huyeron á la aproximacion de las huestes triunfadoras de Atila, hasta el advenimiento de Clemente XIV al trono pontificio; pero con la singularidad, de que en este voluminoso manuscrito, el historiador habia dejado en blanco la mitad del reinado de Nicolas III, y de consiguiente el sangriento episodio de Parisina.

A más de estos libros é instrumentos que llenaban la sala, se veia en medio de la estancia un caballete soportando un cuadro en que se destacaba el retrato de una mujer de anjélica belleza, y al cual el artista daba en aquel momento los últimos retoques, sentado en una silla junto al caballete y frente á dos retratos más que colgaban de uno de los armarios, representando á la misma mujer, pero en distintas actitudes.

Al sentir que llamaban á la puerta, el jóven pintor abandonó su tarea, en la que ponia tanto

amor como cuidado y contraccion; y fué á abrir, no sin haber acariciado antes su nueva obra con una mirada tan tiernamente apasionada, como las que el enamorado Pygmalion daba á su estatua de Galatea.

El padre José entró en la habitacion de Albano, y este, que no esperaba encontrarse con él, dió un grito de sorpresa á la vez que de alegría, y se precipitó en los brazos que le abria el relijioso, no menos conmovido.

—Padre mio, dijo el jóven, recobrando antes que el sacerdote la alterada tranquilidad, dudaba ya de que viniéseis hoi.

—Y bien, mi pobre Albano, cómo has pasado estos dias en que hemos estado separados? preguntó cariñosamente el padre José dejándose caer sobre una silla

—Oh! cómo quereis que pase el tiempo? contentó Albano con melancolía; siempre lo mismo, ocupando en el trabajo el cuerpo y el espíritu para no pensar en el pasado, que me abruma, ni en el presente, que solo viste galas cuando vienen á mi memoria los recuerdos de mis dolores; ni menos en lo porvenir, que para mí simboliza el vacío, la inmensidad sin luz, y la vida sin objeto.

—Te creia más resignado, amigo mio, dijo el padre José con amargura; pero veo con dolor, que se aumenta tu desesperacion á medida que más conformidad aparenta tu semblante.

—Sí, así es, padre mio, exclamó el jóven con extremada ajitacion, ¿á qué negároslo? el sacrificio que me he impuesto es superior á mis fuerzas. Mi vida se consume entre las llamas de un

anhelo vehemente por romper esta cadena que creí poder arrastrar resignado hasta el sepulcro, y la tentacion cada vez más tenaz y seductora, de extender las alas y volar hácia aquellas rejiones en que ellas se abrasaron un dia en la lumbre del sol de la felicidad.

—Albano, dijo el relijioso con acento severo, si no fuera que Dios es ante todo misericordioso, esos arrebatos de tu alma conturbarian profundamente mi espíritu. Si tú, que fuiste siempre justo, jeneroso y fuerte, no tienes enerjía para luchar, ¿qué me dejas á mí, que fuí liviano y débil, y que no supe refrenar jamás los ímpetus terribles de mis malas pasiones.

—Oh! vos teneis una voluntad incontrastable.

—No repitas ese cobarde sacrilejio; si soi fuerte, es porque tengo fe: porque despues de sentirme tocado por el dedo de Dios, he seguido sumiso y convencido la senda que me trazan mis deberes, sin volver los ojos al pasado, sin dar cabida á un solo pensamiento que me aparte una línea del amor que debo á mis hermanos, ni del respeto que profeso al Creador.

—Perdonadme, contestó Albano conmovido, pero pensad que el mundo tiene para mí lazos sagrados que me atraen, que me llevan á él, y que no puedo romper sin destrozarme una á una todas las fibras del corazon.

—Lazos sagrados! repitió el padre José enjugándose una lágrima de profunda amargura que empañó su tranquila mirada: quizá tengas razon; yo no tuve otros lazos que los que estrechan los vicios á la garganta de sus víctimas, ni disfruté

de otros placeres, que aquellos que deja en el alma, el hastío por todo recuerdo y por toda ilusion.

—Oh! mi intencion no ha sido lastimaros. Bien sabeis que mi alma no encierra para vos sino amor y respeto.

—No te inquietes, volvió á decir con injénua tranquilidad el sacerdote; lo que ayer pudo ofenderme, hoi no me alcanza. El hombre de violentas é infernales pasiones, el libertino impudente y desalmado, el infeliz esclavo de sus vicios, el abate Borelo.... dejó de existir hace dos años; el padre José no cree tener nada que lo asemeje con aquel desgraciado; pero volvamos á ti, hijo mio, que tanto apego muestras todavia por los mundanos atractivos.

—Me abrumais con vuestra alteza y jenerosidad, dijo el jóven profundamente enternecido. Conozco que soi débil, que no merezco ni vuestros consejos, ni el apoyo de la virtud que alimenta vuestro corazon.

—Exajeras ahora. Realmente, amigo mio, tienes enfermo el corazon.

—Es verdad, que así lo tengo; pero, por qué no me dejásteis morir aquella noche? por qué me arrebatásteis á la tumba que se abria para recibirme?

—Y qué! no estas muerto para el mundo? no llevas otro nombre? no existe allá en Ferrara en una de las oscuras naves de la iglesia de los Teatinos, y junto á un monumental confesionario que una noche se abrió para haceros sentir el primer dolor de esta larga agonía: no existe, repito, en

esa oscura nave, una lápida mortuaria, en la cual se ve grabado sobre el mármol con negros caractéres el nombre de Güido Salvi? Y no fuistes tú mismo, quien en perfecto juicio y dueño de tu voluntad, ya salvado por un milagro del Omnipotente, de la herida mortal que habias recibido en el pecho, me obligaste contra mi querer á colocar esa lápida y á hacerte pasar por muerto á los ojos del mundo?

—Así es; yo lo deseé entonces por que la vida me era insoportable.

—Y hoi?

—Oh! lo que es hoi, es otra cosa, porque vos con vuestra mansedumbre me habeis enseñado á tolerarla.

—Por qué no dices á amarla?

—Sí, teneis razon, á amarla, y á vos tanto como á ella.

—Mira, pues, lo que somos: ayer nomás, me maldecias tanto como odiabas la vida; aún creo oir los insultos, los improperios y las fraces de terror y espanto que me arrojabas á la cara cuando curaba tu herida, cuyos vendajes deshacias á cada instante para atraer la muerte que alejaban mis cuidados, y mi eterna vijilia, y el propósito que no se resfriaba en mi corazan, de volver siquiera la salud del cuerpo, á aquel por quien yo habia ganado la rejeneracion del alma. Te sorprende ahora tu debilidad?

—A no ser la elevacion en que manteneis vuestro espíritu, hace dos años que nada me sorprende.

—Pero en cambio, volvió á preguntar el reli-

jioso fijando en su jóven amigo los penetrantes ojos, en cambio ¿insistes en volver á la vida?

—Yo no haré nunca sino aquello que sea de vuestro agrado, aun cuando tenga para ello que ahogar todas las espansiones de mi alma.

El padre Jose guardó silencio, y revolviendo sus miradas por la estancia con aparente abandono, detuvo al fin los ojos largo tiempo en cada uno de aquellos tres retratos de la misma persona, que Albano habia reproducido con extraordinaria semejanza. Luego, moviendo la cabeza como quien se ha penetrado de una profunda conviccion, dijo volviéndose á su interlocutor:

—Todo lo que aquí veo, me prueba que estás hoi y has estado siempre más cerca del mundo, de lo que yo me hubiera imajinado.

—¿Y os mortificará ese convencimiento, padre mio, hasta el punto de no perdonarme tan manifiesta debilidad?

—¿Perdonarte yo, mi pobre Albano, yo que tanto necesito de la piedad de Dios y de la de los hombres? exclamó él relijioso conmovido. Yo nada tengo que reprocharte hoi.

—Y por qué hoi?

—Porque los peligros que temia para tu conciencia, ya no existen.

—Qué me quereis decir? exclamó Albano sorprendido.

—Que estás en libertad de volver á la vida.

—Sin faltar á mis deberes?

—Segun sean los que de propia voluntad te hayas impuesto.

—Lo que decís es imposible!

—Pues nada es más sencillo.

—¿Cómo así?

—Vé á arrancar con tus manos la fúnebre losa que acusa en los Teatinos tu finjida sepultura, y de hecho recuperas la vida.

—Y vos me lo aconsejais?

—Yo nada te aconsejo, pero si te advierto....

—Qué? preguntó Albano con impaciencia.

—Que para arrancar esa lápida, habria sido necesario antes de hoi, vencer la resistencia de un piadoso guardian que velaba junto á ella desde hace largo tiempo.

—Y ya hoi ese ánjel de piedad ha desaparecido? preguntó el jóven demudado y próximo á perder el aliento.

—No, no, se apresuró á contestarle el relijioso, que notó con espanto los estragos que un oculto dolor producia en el alma de Albano; ese guardian no vela ya sobre esa tumba, porque sabe desde ayer.... que no estás muerto.

Albano lanzó un grito de indefinible expresion, y apoderándose de las manos del padre José, añadió con arrebatada impetuosidad:

—Padre mio, padre mio! qué de misterios encierra para mí cada una de vuestras palabras! Hasta hoi no me habíais hablado nunca del conde San Germano, ni menos de su esposa; mútuamente hemos respetado esos nombres, y yo he vivido dos años ignorando la suerte que les ha cabido. Oh! decidme lo que sobre ellos me ocultais, que yo tendré valor para oiros hasta el fin.

—Pues bien, amigo mio, dijo el padre José, la suerte de esos seres que te son tan queridos, se ha

decidido ayer, y es por ellos que he prolongado mi ausencia tantos dias. Pero tendrás enerjía para oir de mis labios la continuacion de la historia de tus acerbos dolores?

—Sí, sí; nada me oculteis.

—Oye, pues, y que Dios te dé entereza hasta llegar al fin. Hace tres dias que uno de los barrios de Ferrara fué presa de un incendio tan violento, que á no haberse ocurrido á él con la rapidez que exijian las circunstancias, habria puesto en conflicto una parte considerable de la ciudad. Como todos los que oyeron la campana de alarma, corrí al lugar de la catástrofe, y tuve la satisfaccion de salvar dos criaturas de pocos años, cuyos padres, á mi llegada, ya habian perecido entre las llamas. La noche habia sobrevenido cuando tuvo lugar este accidente, y de vuelta de la casa de huérfanos, que, como sabes, he fundado con los restos de mi escasa fortuna, y adonde fuí á depositar á aquellas pobres criaturas salvadas milagrosamente, me sorprendió la media noche, de camino hácia el cláustro de San Benedetto, donde me hospedo cuando voi á la ciudad. Alarmado por lo avanzado de la hora, y deseoso de ganar mi asilo, marchaba con rapidez por una estrecha callejuela que habia tomado para acortar la distancia que me separaba del convento, cuando al salir al otro estremo del oscuro callejon, fuí alcanzado por un hombre que á todo correr seguia el mismo camino que yo. Temiendo un mal encuentro, me estreché al marco de una puerta, y dejé el paso franco á aquel hombre que pasó junto á mí con rapidez, pero que inmediatamente después de ha-

bérseme adelantado, se detuvo de súbito y con gran sorpresa de mi parte, exclamó dirijiéndose á mí: —"Es la providencia quien me ha hecho encontraros." —"¿Y qué quereis de mí? le pregunté."—"Yo corria en busca de un sacerdote para que auxiliase á un moribundo, y si no teneis inconveniente os suplico que no os negueis á esta obra de caridad." El que así me hablaba era un hombre entrado en años, y estaba verdaderamente conmovido. Como sacerdote, el deber me imponia acceder á su solicitud; no vacilé y le seguí á donde quiso conducirme. Sin dirijirnos una palabra llegamos diez minutos después á la puerta de un palacio, sin que yo diera gran importancia á la casualidad que me habia hecho tropezar con aquel hombre. Pero apenas nos detuvimos en aquella puerta, que mi guia se apresuró á abrir, levanté la cabeza, y toda una tempestad de emociones se apoderó de mi alma al reconocer la fachada que tenia delante—"Dios eterno!" exclamé retrocediendo, sin poder refrenar mi turbacion.—"Entrad, reverendo, entrad, no perdamos tiempo," dijo mi conductor.

—Oh, amigo mio! agregó el padre José enjugándose la frente y volviéndose á Albano, no era la casualidad sino la providencia la que me conconducia á aquellas horas bajo aquellos balcones. Un temblor nervioso recorrió mi organismo; me pareció ver y oir lo que desearia olvidar eternamente, y una perplejidad casi invencible se apoderó de mi espíritu. Sin embargo, entre los sentimientos que me oprimian el alma y la solemnidad de mis deberes, la lucha no fué larga; el sa-

cerdote triunfó del hombre, y con el corazon palpitante, atravesé el umbral de aquel palacio, subí su ancha escalera, y entré á la estancia mortuoria, donde sobre un lecho en desórden, y rodeado por algunas personas, se veia á un anciano al parecer desvanecido.

—Y ese anciano, padre mio, ese anciano era el conde? exclamó Albano con dolorido acento.

—Sí! era San Germano, contestó el relijioso no menos impresionado que su interlocutor. Era el conde, quien después de dos años de completa enajenacion, abandonaba la vida tras un violento acceso de locura.

Albano exhaló un alarido, y ocultando el rostro entre las manos, dió libertad á sus lágrimas.

—Me has ofrecido tener valor, dijo el padre José ahogando penosamente los sollozos que se desbordaban de su alma.

—Continuad! murmuró Albano.

—Como si hubiera de ser yo, quien en breve debiera presentarse ante el Supremo Juez, me acerqué al lecho á cuya cabezera velaba de rodillas é inundadas en llanto las mejillas, una mujer á cuya mirada triste y candorosa no pude resistir; y tomando en las mias una de las heladas manos del moribundo, le exhorté á deponer en el seno de Dios, el pesado fardo de nuestras humanas miserias. Pero esta exitacion no obtuvo respuesta alguna de sus labios; insistí sin embargo, y el mismo silencio se siguió á mis fervientes súplicas. Entonces el anciano que me habia conducido al palacio, se acercó á nosotros, y en alta voz llamó al conde repetidas veces.

"Que me quieres Martino, dijo al fin San Germano con voz desfallecida."

El criado le impuso de que el sacerdote que él habia enviado á buscar, estaba allí.

"Gracias, Dios mio!" exclamó el conde haciendo esfuerzos por inconporarse, pero sin abrir los ojos. Y volviéndose á mí que le exhortaba á la resignacion, me dijo: "Padre, después de un sueño prolongado en que sólo han poblado mi espíritu escenas desgarradoras y sangrientos y terribles fantasmas, Dios se ha apiadado de mí, hasta devolverme la razon en el último trance de la vida, para que pueda morir como cristiano. Apresuraos pues á oir mi confesion, que acaso va á interrumpir la muerte." El conde pronunció estas palabras con notable entereza. Las personas que rodeaban su lecho, se dirijieron á la pieza inmediata. San Germano y yo quedamos solos. Todo mi cuerpo lo recorrian violentos calofrios, y de mi frente caian gruesas gotas de sudor helado. Conservando siempre los ojos cerrados, el conde me abrió su corazon, donde, al lado de cada una de sus faltas, vi lucir todas las virtudes de su alma noble y jenerosa.

El padre José hizo una pausa, tomó aliento, y prosiguió su triste narracion tan conmovido como Albano, cuyas manos estrechaba.

—De rodillas junto al lecho y más acongojado que el conde, oí con relijioso arrobamiento su franca y espontánea confesion; y terminada esta, bendije con las palabras sacramentales de la iglesia, y en nombre del Dios padre y de su Hijo, la cabeza blanca del anciano. San Germano me dió las gra-

cias con uncion evanjélica, abrió los ojos hasta entonces cerrados, y se dejó caer sobre las almohadas de su lecho. Pero apenas sus ojos dominando el deslumbramiento que en ellos producia la luz, se fijaron en los mios, vi una expresion extraña dibujarse repentinamente en el semblante del moribundo, quien absorto en la contemplacion de mi fisonomía, se fué de nuevo incorporando con alarmada lentitud. A proporcion que sus pupilas insistian en mirarme, se dilataban arrojando siniestros y deslumbrantes resplandores. Al fin el conde quedó sentado junto á mí, y lanzando un grito aterrador que atrajo al aposento las personas que ántes lo habian abandonado, exclamó indicándome á todas las miradas con su mano seca y su dedo descarnado:

"Y es á ti, miserable enjendro del averno, á á quien he abierto mi corazon? es de ti, alma corrompida, larva immunda, sacrílego demonio, de quien yo he recibido la absolucion de mis pecados? Oh! yo no quiero tu absolucion; levántamela, que me abrasa la conciencia; huye de mi presencia, huye, y no turbes por más tiempo la tranquilidad de mi última hora!!"

El padre José tomó de nuevo aliento para proseguir; luego añadió:

—San Germano me cubrió aun de mayores improperios. Ante semejante explosion quedé aterrado. Su voz resonaba iracunda; cada dardo que lanzaba sobre mi cabeza, le provocaba á más duros y terribles denuestos. Y dejándose arrebatar al fin por un acceso de irrefrenable ira, que no detuvo mi impasibilidad, mas bien causa del ano-

nadamiento que de la entereza de mi espíritu, levantó la mano y me abofeteó el rostro en medio de espantosas maldiciones.

—Es posible!! exclamó Albano estremeciéndose de horror.

—Como lo oyes.

—Oh! perdonadlo, padre mio; semejante proceder era hijo de la locura.

—Te engañas, contestó el relijioso con profunda humildad: el conde estaba en la plenitud de su razon; pero no por eso le he negado el derecho que le asistia para tratarme de una manera tan cruel. Al recibir el golpe, incliné la cabeza, y á imitacion del hombre Dios, presenté la otra mejilla á la ira del conde.

"Qué haceis, señor? exclamaron consternados todos cuantos presenciaron esta escena; es un sacerdote al que habeis ultrajado, es á un...." y aquellas buenas jentes me calificaron como plugo á su jenerosidad.

"No! contestó el conde fuera de sí; ese miserable no es un sacerdote, ni un santo, ni cosa parecida; ese infame que veis ahí á mis piés, es el abate Borelo, el corrompido libertino, que acaso ha deshonrado á vuestras hijas." Todos los presentes se apartaron de mí como de la proximidad de una víbora; todos retrocedieron lanzándome miradas amenazantes. Pero en medio de aquel rumor de jeneral descontento, mis oídos oyeron un acento dulcísimo, que habria podido tomarse por el canto de un ánjel: era la voz dolorida de la condesa que exclamó elevando al cielo sus ojos escaldados por el llanto:

"Solo Dios que vé hasta el fondo de nuestros corazones, no yerra al condenar al hombre."

"Arrojad de aquí á ese monstruo," tornó á decir San Germano, y volviéndose á su esposa, exclamó indicándome con un jesto de odio reconcentrado: "Ese que teneis ahí, delante de vuestros ojos, es el verdadero asesino de Güido; él fué quien puso en mi mano el arma que le dió la muerte; quién lo presentó maniatado como un cordero que se ofrece al altar del sacrificio. Oh! que toda su sangre caiga sobre la cabeza de ese abate maldito," gritó el anciano acometido de violentas convulciones. Rebosada la copa de mi vergüenza con esta nueva acusacion, hice un esfuerzo, y desde el abismo de desaliento y pesadumbre á que los reiterados improperios del conde me hubieran sepultado, levanté la cabeza, y afrontando por primera vez la mirada irritada y amenazadora del anciano, le dije con toda la expresion de sinceridad que la verdad supo dar á mi palabra:

"Señor, me habeis castigado cruelmente, pero yo os perdono de todo corazon; y en prueba de ello, sabed que Güido Salvi no está muerto, y que su vida, después de Dios, es á mí á quien la debe." La condesa lanzó un grito y cayó desmayada.

"Qué decís! qué decís!" exclamó San Germano profundamente conmovido.

"Que bajo un nombre supuesto, añadí levantandome, Güido vive no mui lejos de Ferrara; y para que todo lo sepais de una vez, sabed que su jeneroso corazon me ha perdonado."

"Eres un impostor, me dijo el conde.

"Oh! por la salvacion de mi alma, juro que he dicho la verdad."

"El padre José no miente nunca, señor Conde," dijo otro sacerdote entrando á la sazon al aposento. Todas las miradas se fijaron entónces en el Prior de San Benedetto, que al saber la gravedad del conde por otro de los criados del palacio, se habia apresurado á ofrecerle sus servicios espirituales. San Germano reconoció al Prior, y arrojándose en sus brazos tornó á desahogar en el seno del sacerdote y del amigo su corazon atribulado. Luego, tendiendome la mano, que yo me apresuré á estrechar, añadió sollozando:

"No me habéis engañado?"

"Vive señor," le dije, y repetí mi jurramento.

"Oh! si así es, perdónadme como yo os perdono, y haced que le vea antes de caer en el sepulcro."

"Mañana estará aquí," le dije.

"Mañana está mui léjos, pero sabré esperar." Y volviéndose á la condesa, que ya habia recobrado los sentidos, exclamó con solemnidad:

"Leonora, Dios lo ha querido así: él vive y yo muero: sed felices, pero concédeme en cambio tu perdon por las lágrimas que te he hecho derramar." Despues de este supremo esfuerzo, San Germano cayó abatido sobre el lecho; y la condesa se apresuró á estrechar una de las manos del anciano, sobre la cual sus labios, al depositar un beso de piadosa ternura, tropezaron con las alas del ánjel de la muerte. El conde habia dejado de existir.

—Padre mio, exclamó Albano, derramando ardientes y copiosas lágrimas, me habeis destrozado el corazon.

—Pero. en cambio, hijo mio, exclamó el padre José levantándose, la esperanza te abre de nuevo los horizontes de la vida.

Algunos meses después de la muerte de San Germano, se celebraba sin pompa ni ruido un matrimonio en las sombrías naves de los Teatinos.

Terminada la ceremonia, los jóvenes esposos fueron á abrazar al sacerdote que los habia unido para siempre; y á las miradas de los pocos curiosos que se habian deslizado en el templo, aparecieron enlazados sobre las gradas del presbiterio, Güido Salvi, Leonora y el abate Borelo rejenerado por la gracia de Dios.

—Hé aquí, amigo mio, la recompensa que ha deparado el cielo á nuestros sacrificios, dijo Leonora, abrasando con una mirada de infinito amor, el rostro extasiado de Güido.

—Y he aquí el galardon que han merecido vuestras virtudes, dijo un anciano sacerdote acercándose al padre José, y presentándole una bula pontificia, por la cual el Santo Padre le conferia la dignidad episcopal de una de las primeras diócesis de la Romania.

El padre José leyó el despacho del Pontífice con los ojos inundados de lágrimas, y devolviéndolo luego al relijioso que se lo habia presentado, exclamó conmovido y elevando al cielo sus manos temblorosas:

—Señor, yo no merezco tanto; pero si alguna recompensa puede alcanzar de tu misericordia un sincero arrepentimiento, déjame en mi humildad.

FIN.

ÍNDICE.

—

I	Ferrara	1
II	El enviado romano	5
III	La primera piedra	11
IV	Un espía terrible	25
V	La taberna de la Daga de hierro	37
VI	Las travesuras del abate	49
VII	La última esperanza	67
VIII	El fantasma de Parisina	77
IX	Sombras	97
X	Fatalidad	109
XI	Ecos	125
XII	El pañuelo blanco	153
XIII	Tras los muros del cementerio	167
XVI	A la luz de los hachones	183
XV	No hai sacrificio estéril	197
XIV	Dos años después	207

ERRATA SUSTANCIAL.

Pájina 28—línea 17—dice.... jurar: léase.... conjurar

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT